

TALLER
ENCUADERNACIONES
DE
JOSÉ SOLÉR
Union
TARRAGONA.

COLON
LAM
ca

120, 50 - 4

49586

R 16 B

CRISTOBAL COLON.

СЫЗОВАГ СОГОИ

СЫЗОВАГ СОГОИ

URBANO MANINI, EDITOR.

Registro N^o 34409

BIBLIOTECA
SEDE IBEROAMERICANA
UNIA

CRISTÓBAL COLON

DESCUBRIMIENTO DE LAS AMÉRICAS.

POR

M. Afonso de Camartine.

ARREGLADO LIBREMENTE AL ESPAÑOL.

Tomo III.

un
Universidad
Internacional
de Andalucía
A

ADMINISTRACION
CALEE DE SAN BERNARDO, NÚMERO 11.

MADRID.—1868.

LIBRERIA DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS

CRISTÓBAL COLÓN

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PARTE TERCERA.

LAS ARMAS DE LA ENVIDIA.



Capítulo I.

La cueva de una gitana.

I.

A mediados de Enero del año 1494 cruzaba, caballero en una mula, el desierto camino que conducía desde el Guadarrama á Valladolid, un hombre envuelto en un tabardo y acompañado por un guia, rudo campesino que conocia perfectamente los senderos y los atajos, que aceleraban la impaciente marcha del ginete.

II.

Empezaba á oscurecer, y ya hacia largo rato que no veían el sol los caminantes.

Oscuros nubarrones, agrupándose sobre su cabeza, amenazaban con una de esas horribles tempestades, poco comunes en el invierno, pero no por eso ménos horrorosas.

De pronto comenzó á llover, y el ginete dijo á su guía:

III.

—Paréceme que vá á cogernos la tormenta en despoblado, y ¡vive Dios! que no me agradaría gran cosa.

—Si vuesa merced quiere,—dijo el guía,—yo conozco á muy corta distancia del sitio donde estamos una cueva habitada generalmente por gitanos, donde podremos guarecernos.

—Mala compañía me parece.

—Vuesa merced va armado, y además yo soy hombre de puños. No podemos temer á esos mal-sines.

—No es que los tema; es que yo soy cristiano viejo y ellos peor que judíos.

—¿Teme vuesa merced contagiarse?

—No, Anton; pero quisiera llegar cuanto ántes á Valladolid, y me pesa tener que detenerme.

—Aún nos quedan tres leguas pesadas ántes de

que lleguemos á la ciudad, y aunque la mula anda muy bien y resiste el trabajo, lo que es cinco horas de camino no hay quien nos las quite de encima.

IV.

El ginete demostró en su semblante cuánto sentía quedarse á tantas horas de Valladolid.

Tenia que presentarse á los reyes, y no sabia si llegaría demasiado tarde, y tendría que volver piés atrás para dirigirse á Aragon, porque los Reyes Católicos, ocupados á la sazón en negociaciones políticas con el rey de Francia sobre los asuntos de Nápoles, no las tenían todas consigo y estaban muy á punto de abandonar las notas diplomáticas para oponer la fuerza á la fuerza en las fronteras que separan á las dos poderosas naciones de Francia y España.

V.

Pero Anton el guia ignoraba los motivos que agujoneaban al ginete; y como era jóven, gallardo y tenia impaciencia, atribuyó al amor lo que solo era en él ambicioso deseo.

—Arrecia el agua, dijo el ginete.

—Lo peor es,—añadió el guia,—que el camino no es bueno. Hay muchos baches, y aunque la mula es andadora, como es el primer viaje que hace por estos sitios, no conoce el terreno que pisa y pudiera muy bien tropezar.

VI.

— ¡Poco anda, vive Dios!

— Y lo que es el agua no nos deja tan pronto. Ved en un instante qué oscuro se ha puesto el firmamento.

— Allí á lo lejos se vé luz.

— Es la de las cuevas de que os he hablado. Y no sé, francamente, por qué quereis que prosigamos el camino. Aunque sea grande el deseo que tengais de llegar, siempre serán las doce cuando lleguemos á Valladolid y á esa hora podremos darnos por muy satisfechos si nos abren la puerta de un meson.

— No vas descaminado.

— ¡Oh! ¡no por cierto! soy perro viejo y si siguiérais mi consejo nos guareceriamos del temporal en las cuevas de los gitanos, aguardariamos allí á que pasase el chubasco y por la mañana al rayar el alba, la mula descansada y nosotros repuestos, en menos de cuatro horas llegábamos á Valladolid, precisamente en los momentos oportunos para realizar nuestro afan.

VII.

— Tanto te empeñarás—dijo el ginete— que al fin conseguirás tu objeto.

— Por mí no lo hago que yo soy fuerte y estoy acostumbrado al agua, al viento, y á toda clase de intemperies. Pero vos que llegais, según habeis di-

cho, de esos países lejanos donde tanto calor hace, donde siempre reina la primavera, aunque sois jóven y fornido debéis sufrir mas que yo.

—Es cierto y me convencen tus reflexiones. ¿A qué distancia estamos de las cuevas?

—A cuatro ó cinco tiros de arcabuz.

—Pues toma el ramal de la mula y busquemos hospitalidad en la guarida de esos renegados.

VIII.

Hizo, en efecto, Anton lo que le indicó el ginete, y guardando silencio, casi al mismo tiempo que resonaba el estampido del trueno llegaron á la abertura de una de las cuevas practicada en unas rocas.

—¿Quién vá?—dijo una voz femenil desde el fondo de aquella madriguera.

—Somos dos caminantes y venimos á pedir hospitalidad hasta mañana, dijo el ginete.

—No te asustes Remedios, —añadió el guia, —no somos gente desconocida.

—Aunque lo fuerais, —contestó la gitana saliendo con una tea en la mano hasta la puerta de la cueva, —no sería yo quien os negase auxilio.

VIII.

Anton conocia á la gitana, que era una vieja acartonada y casi negra.

—Estás sola?—le preguntó.

—Sola, porque los cuadrilleros se han llevado á mis hijos esta mañana, y las muchachas andan en peregrinacion.

—Pero una mujer como tu debe ser precavida y tendrás provisiones para servirnos una buena cena.

—Qué quereis que tenga una pobre gitana? —

—Te se pagará bien, —dijo el ginete. —

—Ya cuento yo con eso. Pase adelante su merced, que la mula puede quedarse bien trabada al lado de las rocas que la defenderán del viento y de la lluvia.

—Yo me encargo de hacer que no se mueva, —dijo el guia.

X.

El caballero penetró en la guarida de la gitana, que estaba iluminada por una tea de resina, y no tenia mas muebles que algunos asientos hechos con ristras de ajos colocadas en circulo unas encima de otras.

En el centro de la habitacion, formado con tres ó cuatro grandes piedras, se veia una especie de hogar en el que ardian dos leños de encina.

Aquel espacio estaba lleno de humo.

El caballero se desembozó y la gitana pudo ver, á favor de la tea, que era un hombre como de treinta á treinta y cuatro años, alto, de aspecto varonil, de agraciado rostro y de gentil apostura.

XI.

—Ha hecho bien su merced, —dijo Remedios, —en

guarecerse aquí de la tormenta; los hidalgos como vos no pueden resistir la inclemencia del tiempo.

—Y mucho menos mi amo,—dijo el guía,—que viene de un país en donde el clima es suave.

—Ah! eres tu, Anton?—exclamó la gitana reconociendo al guía.

—Pues qué, no me habias reconocido hasta ahora?

—Como soy ya tan vieja, me voy quedando sin vista.

—Cuando un gitano está ciego vé más que un cristiano.

—Calla, perro judío, que tan cristiana ó más que tu soy yo.

—No entremos en cuestiones porque hartó sabes que si los cuadrilleros te llevaran á la hoguera bien merecido lo tenias.

—Calumniador!

—No te quieras hacer la santa delante de mi amo porque yo le he de decir quién eres.

XII.

—Calla, Anton,—dijo el caballero; cualquiera que sea la conducta de esta buena mujer, nos ha hospedado en su albergue, y no debemos pagar con insultos su hospitalidad.

—Bendiga Dios ese pico de oro.

—Lo que has de hacer tu, es darnos una buena lonja de jamon y un jarro de lo añejo.

- Van sus mercedes á pasar aquí la noche?
- Si no te opones.
- Al contrario; tendré mucho gusto en que os quedeis aquí.
- Pero mañana muy temprano te dejamos.
- ¿A lo que se vé, se dirige vuesa merced á Valladolid?
- Allí voy, en efecto.
- Yo tambien he de ir muy pronto á ver si obtengo el perdon de mis hijos, arrojándome á los piés de la reina para pedir su indulto.
- Pues si os portais bien conmigo aquí,—díjole el caballero,—allí encontrareis el premio de vuestros servicios.
- Voy á haceros la cena.

XIII.

Sirvióles, en efecto, poco tiempo después algunos manjares, y con permiso de su amo, Anton, que se caia de sueño, se tendió sobre una manta y se quedó profundamente dormido.

—¿Y vos no dormís?—preguntó la gitana al caballero.

—Yo no; la impaciencia aleja el sueño de mis ojos.

—Sois jóven, y á vuestra edad la vehemencia de los deseos tiene siempre abiertos los ojos. A juzgar por vuestro porte sois hidalgo?

—Sí.

—¿Rico tal vez?

—No mucho.

—Lo sabia, pero por cortesía os he hecho esa pregunta.

XIV.

—¿Lo sabíais? preguntó el caballero con asombro.

—¡Oh! sí; yo leo en el porvenir.

—¿Dices la buenaventura como las de tu raza?

—Nosotras vivimos abandonadas de todo el mundo; arrojadas de la ciudad; execradas por los nobles y los plebeyos; pero en compensacion de este castigo que sufrimos, nos ha otorgado la Providencia un don especial. Leemos en las rayas de la mano el porvenir de las criaturas, conocemos las plantas que curan las enfermedades más dañinas, y aunque sólo nos llaman en los momentos críticos cuando la desesperacion se apodera del que desea ó del que sufre, somos generosas y rasgamos el velo del porvenir para los unos, y ofrecemos á otros el alivio que anhelan.

—¿Y tú serias capaz de adivinar mi porvenir?

—Nada más fácil.

—Mira que voy á cojerte la palabra.

—No sólo puedo indicaros cuál es el porvenir que os reserva la suerte, sino que puedo deciros, y esto os sorprenderá más aún; cuáles son los deseos que abrigais en este instante.

—No tengo sueño; estoy dominado por una febril impaciencia, y anhelo por instantes que luzca el nuevo día. Calma mi ansiedad descifrando ese enigma.

—Como todos los signos indican que he de regalar vuestro oído, aún sin esperanza de dádiva alguna, voy á complaceros.

—Habla.

—Vais á Valladolid, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿En busca de la córte?

—No te equivocas.

—¿Deseais vivamente ser recibido por los reyes?

—Es cierto.

—Venís de lejanos países; tal vez habeis atravesado los mares para visitar esas tierras descubiertas no há mucho por un extranjero.

—Hasta ahora no vas descaminada; he ido en efecto, con ese extranjero.

—¿Y volveis para hablar de su parte á los monarcas?

—Sí; á eso vengo.

—Os protege sin duda el extranjero y el reflejo de la gloria que ha conquistado os hace desear el logro de una ambicion que se ha despertado en vuestro pecho.

XVI.

El caballero llevó instintivamente la mano al co-

razon, porque temia que la gitana viese los sentimientos que en él se agitaban.

—Estas rayas, —continnó la gitana, — me indican que vais á poder conseguir todo cuanto querais por medio del amor.

—Y, sin embargo, jamás me ha dominado esa pasion.

—Por lo mismo que habeis sido ingrato para con él, desea que le rindais homenaje y en ese caso, agradecido, os proporcionará la realizacion de todas vuestras esperanzas.

—Segun eso...

—Id á Valladolid, buscad en la córte de los reyes á una jóven para quien de seguro os habrá dado alguna carta vuestro jefe.

—En efecto, me ha encargado que vea á una mujer que es la que está al cuidado de sus hijos.

—¿Inés Sampayo?

—Cierto.

—Pues bien; esa jóven que es viuda y conserva la belleza que le ha valido en otro tiempo poder abandonar la humilde esfera donde habia nacido, para heredar los bienes de una ilustre dama y mejorar de condicion, os hechizará de seguro, y por su mediacion conseguireis todos vuestros deseos.

—¿Fanta influencia tiene?

—¡Oh! no es ella directamente la que va á proporcionaros la felicidad. Os he dicho que al lado de ella la encontrareis.

—¿Sabes tú cuáles son los deseos que me animan?

—Teneis una gran ambicion; deseais riquezas, pero mas que riquezas honores, importancia, dominio sobre los demás.

—Es cierto.

—Pues lo conseguireis.

—Si tal sucede, búscame cuando quieras y yo sabré recompensarte este augurio dichoso.

XVII.

Remedios experimentó una inmensa alegría.

Una sonrisa diabólica asomó á sus labios.

Un resplandor siniestro brilló en sus ojos.

Acababa de dar un paso para realizar un proyecto fatal que abrigaba hacia tiempo.

El caballero se quedó meditando en las palabras de la gitana, y á poco se apoderó de él el sueño.

XVIII.

Al dia siguiente al rayar el alba le despertó su guia, y abandonando la cueva; montó en la mula y seguido de Anton se encaminó á Valladolid.

Serian las nueve de la mañana cuando penetró en la ciudad yendo á hospedarse á un meson de la calle del Caballo de Troya.



Capítulo II.

Donde Aguiar empieza á seguir el pié de la letra los consejos de la gitana.

I.

Los temores del caminante habian sido infundados.

La corte debia permanecer aun algunos dias en Valladolid.

Despues de acicalarse el viajero, se dirigió á palacio á pedir á los reyes una audiencia con el objeto, segun anunció, de poner en manos de SS. MM. cartas del almirante Cristóbal Colon, del padre Boil y del doctor Chanca.

II.

Inmediatamente fué trasmitida la noticia á los reyes, y como aguardaban con impaciencia la llegada

de emisarios de las Indias, se apresuraron á recibir al enviado de Colón, que se hizo anunciar con el nombre de Juan de Aguado.

En efecto; este era el que con Gorbalan habia partido de la Isabela conduciendo á bordo los documentos en que daba noticia el almirante de todo cuanto habia hecho y enviando algunos indios y españoles que por efecto de sus enfermedades regresaban á España.

Gorbalan se habia quedado con los indios y con los viajeros en Sevilla.

III.

Aguado se habia anticipado para poner en manos de los reyes las cartas de que era portador.

Tambien habia llegado á bordo de una de las carabelas Américo Vespucio, que como recordará el lector, gracias á la condescendencia de Marcos Caña, patron de uno de los buques, pudo ponerse en camino ocupando el puesto destinado á Isabel Monteagudo.

IV.

Américo Vespucio no se detuvo en Sevilla.

Desertando, por decirlo así, aprovechó el primer buque que salió con rumbo á Italia para dirigirse á Florencia y calmar la ansiedad que experimentaba su alma, acerca de la suerte que los celos de D. Al-

fonso, habian reservado á su afligida esposa doña Esperanza.

Ya sabremos cuál fué el resultado de su viaje.

V.

Cúmplenos ahora acompañar á Aguado hasta la régia cámara, en donde antes que todo presentó la carta de recomendacion, que acreditándole cerca de los reyes le habia dado el almirante.

En esta carta decia Colon á SS. MM. que el dador de ella se habia hecho acreedor á toda clase de consideraciones por la actividad que habia desplegado, por la sumision de que habia hecho gala, por las cualidades que le adornaban; y eran tan vivos y tan vehementes los elogios que de él hacia, que los reyes no podian menos de atenderle y honrarle con su real proteccion.

VI.

Felicitáronle por sus virtudes, por su comportamiento, y recibiendo de sus manos las cartas que llevaba, le mandaron volver para ver qué es lo que hacian en su obsequio, puesto que tan acreedor se habia hecho á sus mercedes.

Apenas salió de palacio preguntó cuál era la habitacion de Inés Sampayo, para quien Colon le habia dado una carta acreditándole cerca de ella y de sus hijos.

Fué á visitarla en ocasion en que los jóvenes pajes de D. Juan estaban en palacio.

VII.

Inés le recibió con las mayores muestras de benevolencia haciéndole repetidas preguntas acerca del estado de Cristóbal Colon.

Fueron tan grandes los elogios que hizo Aguado del almirante, que la antigua camarista de Beatriz, deseosa de que oyeran Diego y Fernando hablar de su padre con tanto entusiasmo, le rogó que volviese á verla, no ocultándole la satisfaccion con que le veia y escuchaba.

VIII.

Aguado, que después de lo que había oido decir á la gitana, consideraba á aquella mujer como la flave de la realizacion de sus deseos, prometió complacerla, y al separarse de ella se fué prendado de su hermosura.

Inés aguardó con ánsia la llegada de Fernando y de Diego para comunicarles las buenas noticias que había recibido del almirante.

IX.

La infeliz sufría mucho porque todos cuantos esfuerzos hacia para destruir la melancolía que experimentaba Diego, eran inútiles.

El jóven no habia podido olvidar á María.

El recuerdo de su imágen le perseguia á todas partes, y no hacia más que cumplir estrictamente con sus deberes y volver á encerrarse en su habitacion, en la que pasaba horas y horas en medio de la soledad, sin que bastasen las caricias de aquella cariñosa jóven que hacia las veces de madre á su lado, el cariño que le profesaba su hermano Fernando y las infantiles gracias de Isabel, la hermosa niña hija de Beltran é Inés, sin que bastasen, repito, á sacarle de su abatimiento, á alegrar un instante los horizontes de su vida.

X.

Diego no tenia más que un deseo: el de abandonar la córte, el de correr al lado de su padre á compartir con él los peligros que le amenazaban, el de buscar el olvido en los azares de la guerra, el de alejar los tristes pensamientos que le atormentaban con el espectáculo de lo desconocido; que á cada instante se ofrecia grandioso á su imaginacion.

XI.

Así es que las noticias que tuvo de su padre le animaron un poco, é Inés recibió con la mayor cordialidad á Aguado, porque estaba segura de que en cuantas ocasiones pudiera hablar con Diego, su con-

Fué á visitarla en ocasion en que los jóvenes pajes de D. Juan estaban en palacio.

VII.

Inés le recibió con las mayores muestras de benevolencia haciéndole repetidas preguntas acerca del estado de Cristóbal Colon.

Fueron tan grandes los elogios que hizo Aguado del almirante, que la antigua camarista de Beatriz, deseosa de que oyeran Diego y Fernando hablar de su padre con tanto entusiasmo, le rogó que volviese á verla, no ocultándole la satisfaccion con que le veia y escuchaba.

VIII.

Aguado, que después de lo que había oido decir á la gitana, consideraba á aquella mujer como la llave de la realizacion de sus deseos, prometió complacerla, y al separarse de ella se fué prendado de su hermosura.

Inés aguardó con ánsia la llegada de Fernando y de Diego para comunicarles las buenas noticias que habia recibido del almirante.

IX.

La infeliz sufría mucho porque todos cuantos esfuerzos hacia para destruir la melancolia que experimentaba Diego, eran inútiles.

El jóven no habia podido olvidar á María.

El recuerdo de su imágen le perseguia á todas partes, y no hacia más que cumplir estrictamente con sus deberes y volver á encerrarse en su habitacion, en la que pasaba horas y horas en medio de la soledad, sin que bastasen las caricias de aquella cariñosa jóven que hacia las veces de madre á su lado, el cariño que le profesaba su hermano Fernando y las infantiles gracias de Isabel, la hermosa niña hija de Beltran é Inés, sin que bastasen, repito, á sacarle de su abatimiento, á alegrar un instante los horizontes de su vida.

X.

Diego no tenia más que un deseo: el de abandonar la córte, el de correr al lado de su padre á compartir con él los peligros que le amenazaban, el de buscar el olvido en los azares de la guerra, el de alejar los tristes pensamientos que le atormentaban con el espectáculo de lo desconocido; que á cada instante se ofrecia grandioso á su imaginacion.

XI.

Así es que las noticias que tuvo de su padre le animaron un poco, é Inés recibió con la mayor cordialidad á Aguado, porque estaba segura de que en cuantas ocasiones pudiera hablar con Diego, su con-

versacion le sacaria del desaliento en que estaba, distraeria su espiritu y mitigaria algun tanto sus penas.

XII.

Pero Aguado, que habia vuelto á ser recibido por los reyes, y oido de sus lábios la promesa de que no olvidarian sus servicios, de que los premiarian de una manera espléndida en breve; para calmar la sed de ambición que le devoraba y al mismo tiempo para satisfacer un liviano deseo que se habia apoderado de sus sentidos, en vez de ir á casa de Inés cuando estaba Diego, aprovechaba todas las ocasiones en que el cumplimiento de su deber llamaba al jóven á palacio, é iba á ver á la desventurada esposa cuando estaba sola.

XIII.

El ferviente cariño que demostraba hácia Colon, la costumbre de verle, la actitud franca y sincera que con ella guardaba, aumentaron el afecto que se tenian y establecióse entre los dos una especie de intimidad respetuosa, de la que Aguado fué aprovechándose poco á poco para explorar el corazon de Inés.

XIV.

La jóven esposa no habia olvidado al hombre que tanto amor le habia inspirado, y que por causa de su

hermosura había perecido de una manera tan trágica.

Aunque ya no existía, servíale su recuerdo de eterno compañero y por nada del mundo entregaría su voluntad á otro hombre, que mancharía la honra póstuma del que por tantos títulos se había hecho acreedor á su cariño y á su gratitud.

XV.

En vano había tratado el ambicioso pretendiente de demostrarle que serian olvidados por el tiempo los sacrificios que hacia en obsequio de los dos jóvenes que le había confiado Colon.

En vano le había pintado el abandono en que ella se veria más tarde, cuando colmados de honores y riquezas aquellos descendientes de una familia oscura, renunciasen por no necesitarlos ya á sus servicios.

XVI.

En vano le había mostrado la necesidad que tenia de un nuevo esposo, que fuese al mismo tiempo padre para su hija.

A todas sus observaciones había contestado Inés encomiando los buenos sentimientos del almirante y de sus hijos, mostrándose bastante fuerte para poder por sí sola salvar á su hija de los peligros que corria, manifestándole terminantemente su resolución de

guardar eterna fé al hombre que habia muerto en sus brazos legándole su honra por herencia.

Juan de Aguado no desmayó por esto.

Empleó todos los medios para ganar el ánimo de Inés, le insinuó los deseos que tenia de conseguir apartarla de sus pensamientos, de alcanzar su amor, y la jóven llegó á verse en una situacion apurada.

XVII.

Era D. Juan galante caballero.

No tenia motivo para despreciarle.

Por otra parte, á juzgar por sus palabras, profesaba á Cristóbal Colon un afecto, una veneracion, un entusiasmo sin límites, y como tantos favores le debia la triste esposa de Beltran, se hallaba en la dura alternativa de parecer ingrata, de condenar al sufrimiento á un hombre que tantos títulos tenia á su consideracion, ó de sacrificar á su gratitud el culto que rendia y la fé de su alma á la memoria del padre de su hija.

XVIII.

Diego estaba continuamente triste.

La herida que habia recibido su alma continuaba abierta y los esfuerzos que habia hecho Inés para consolarle habian sido estériles.

No por eso habia dejado el jóven de conocer el interés que despertaba en el corazon de aquella po-

bre viuda, y se habia prometido muchas veces corresponder á su leal afecto.

XIX.

Por aquel tiempo gracias á los desvelos de la Reina Católica habia un medio de que Diego encontrase alivio á sus penas.

Aquella ilustre soberana que habia pasado los primeros años de su vida en Arévalo, en la soledad, al lado de su tierna y cariñosa madre, obedeciendo á sus naturales inclinaciones habia procurado hallar en la ilustracion la luz que habia empezado á brillar en el reinado de D. Juan, su padre, y que si no se habia extinguido se habia ocultado durante los tristes dias de la dominacion de Enrique IV.

XX.

La poesia y la música habian ofrecido el espectáculo de la belleza á la reina Isabel y como el culto de lo bello habia despertado en su alma sentimientos nobles y generosos, creia aquella escelsa reina que produciria el mismo afecto en las demás clases de la sociedad, y á este fin procuró, cuando alejados de España los árabes pudo echar los cimientos de la gran monarquía española, reunir á todos los hombres doctos de la época tanto nacionales como extranjeros, honrarles con su consideracion y encomendarles no solo la en-

señanza de sus hijos, sino la de los descendientes de las familias mas distinguidas de la córte, amparando á aquellos jóvenes plebeyos, que por su clara inteligencia y su constante aplicacion aspiraban á salir de su esfera y á formar parte de esa otra aristocracia del talento, cuyas semillas se arrojaron entónces y han venido fructificando hasta dar á nuestra época sus más preciados frutos.

XXI.

La reina habia estudiado el idioma latino, que era el que entónces servia para escribir á los sábios, con el objeto de entenderse todos gracias á aquella lengua universal; y al mismo tiempo porque era el idioma diplomático, el idioma en que se entendian entre si las naciones para llevar á cabo sus pactos y alianzas, para tratar toda clase de negocios.

XXII.

El ejemplo de la reina habia animado á muchas damas y ¡cosa estraña! las mujeres que más tarde, en el siglo XVIII, habian de volver á caer en el oscurantismo, habian de considerar como cosa supérflua y dañina, los conocimientos de la lectura y de la escritura, impulsaron el vuelo de la inteligencia, llegando hasta el punto de aparecer en las universidades de Salamanca y de Alcalá mujeres ilustradas que esplicaban los principios de las Humanidades.

XXIII.

Una ilustre matrona, Doña Beatriz de Galindo, conocida en la historia de las letras españolas con el nombre de la *Latina*, epíteto que ha llegado hasta nosotros y que se conserva en un establecimiento de Beneficencia que fundó en Madrid y que aun existe para honra suya, fué la que inició en los secretos del idioma del Lacio á la reina Isabel.

XXIV.

Los hombres doctos, como la mariposa á la luz, acuden siempre á las naciones en donde los soberanos dispensan proteccion á las letras y honran á los que las cultivan.

Llegaron, pues, á España invitados por la escelsa Isabel, entre otros humanistas, el famoso Pedro Mártir, italiano, á quien debió España sin duda alguna su importancia científica y literaria, no solo en el reinado de los Reyes Católicos, sino más tarde cuando la nacion española estaba al frente de todas las de Europa, y podia esclamar uno de sus reyes «que nunca se ponía el sol en sus Estados.»

XXV.

Esperanza no solo de los reyes, sino de la nacion entera, el infante Don Juan, pusieronle bajo la di-

rección de Pedro Mártir y dispuso la reina que algunos de los hijos de los nobles que más tarde debían ser adictos servidores de su hijo fuesen sus compañeros de enseñanza.

Sus pajes, entre los que se hallaban como recordará el lector, Diego y Fernando obtuvieron la gracia de asistir á las lecciones que á su régio discípulo daba asiduamente Pedro Mártir, y penetrando los misterios de la ciencia, deleitando su imaginación con las bellezas de la literatura, podían los que hasta entónces habían considerado como única ocupación digna de su alcurnia la carrera de las armas convenirse de que las letras aumentaban su brillo, mientras que Diego Colón recordando las lecciones, que en los primeros años de su vida había recibido del venerable prior del convento de la Rábida, Fray Juan Perez de Marchena, hallaba nuevos horizontes en los que recrear su vista y consuelos dulcísimos que le aliviaban de las amargas que había experimentado su corazón con el primer amor que había sentido.

XXVI.

Los frutos de esta cultura empezaban á notarse en todas partes.

La literatura se generalizaba.

La imprenta protegida por la reina, multiplicaba los ejemplares de las obras que hasta entonces habían sido patrimonio exclusivo de los soberanos y de los grandes por lo costoso de las copias.

Todo anunciaba una nueva era.

XXVII.

Al imperio de las armas, habia sucedido para consolidarse el de la ilustracion, y las universidades públicas comenzaban á poblarse de estudiantes, sus maestros eran objeto de continuas distinciones por los reyes y los grandes de la córte, y si debia influir poderosamente aquel movimiento en la grandeza de la nacion, tambien debia calmar la angustia del páje del infante D. Juan y despertar en su hermano Fernando, que comenzaba á comprender cuanto en torno suyo habia, la aficion al estudio que debia proporcionarle mas tarde la honra de ser historiador de su padre y dejar su nombre á la posteridad como el de uno de los escritores más doctos de su tiempo.

Capítulo III.

Un desaire.

I.

Era distinto el aspecto de Diego, después de haber salido de la cátedra en donde reunia Pedro Mártir al infante, á sus amigos y á sus pajes, que cuando después de haber pasado la noche en el insómnia, se despedia de Inés para ir á palacio á cumplir sus deberes.

La jóven lo conocia, y se guardaba muy bien de hablarle en sus momentos de tristeza, porque su herida era de aquellas que no podian sondarse sin producir un inmenso dolor.

II.

Pero al volver, cuando su frente estaba mas serena, cuando sus ojos revelaban esa tranquila y apa-

cible alegría del hombre que por medio del estudio ha avanzado un paso más en la comprensión de su Creador, se aprovechaba de su actitud benévola, le distraía y le consolaba con la esperanza de que al fin y al cabo el tiempo cicatrizaría la herida, y las riquezas y los honores que por sí propio y por su padre adquiriese, le incitarían á disfrutar del porvenir brillante que le estaba reservado.

III.

Ya estaba Diego acostumbrado á los consuelos de su jóven madre como él la llamaba, y sin embargo, un día al volver de la lección notó que apenas le dirigió la palabra.

Estaba preocupada.

IV.

Al día siguiente sucedió lo mismo.

Trascurrieron algunos días y la que ántes se mostraba tan solícita para con él, la que ántes se desvivía por halagar su imaginación, por recordarle los triunfos de su padre, permanecía silenciosa, preocupada, triste.

¿Qué sucedía?

¿Era él por ventura la causa de la tristeza de Inés?

Existía algún motivo que pudiera turbar el resignado dolor que llenaba su alma.

V.

Diego á su vez se preocupó y al fin y al cabo deseando conocer la causa de aquella situacion incomprendible para él, habló á Inés.

—No es solo en mi deber de gratitud, sino deber de afecto preguntaros cuál es la causa que motiva vuestra tristeza.

—Mi tristeza?—exclamó Inés viéndose sorprendida,—yo no estoy triste.

—En vano quereis ocultármelo; os debo demasiado cariño, sois demasiado buena para nosotros y aunque yo sufró por mis desdichas todavia puede mi corazon sufrir las vuestras.

—No, Diego, no; os aseguro que no sufro.

Pero como á estas palabras acompañaron algunas lágrimas que furtivamente asomaron á sus ojos:

—Decid al menos á vuestro llanto que no brote,—añadió Diego,—y entónces os creeré.

VI.

Inés se serenó.

—Creedme, amigo mio, estoy tranquila.

—Cuando tanto ocultais vuestra pena mi hermano ó yo la hemos causado.

—Oh! no; no lo creais; no habeis sido vosotros,—exclamó Inés.

—Luego ha habido alguien?

—No intentéis descubrir este secreto.

—Teneis secretos para mí? para vuestro hijo, para vuestro hermano?

VII.

No era posible resistir aquella reconvencion,

Inés confió á Diego lo que le sucedia.

No tenia motivos para quejarse de Juan de Aguado que la trataba con la mayor consideracion, que solo aspiraba á labrar su dicha.

Pero habia amado con toda su alma á su esposo, adoraba su recuerdo y queria pasar el resto de su vida unida por aquel lazo espiritual al hombre que estrechando su mano habia recibido al mismo tiempo que ella, la bendicion del sacerdote.

VIII.

Diego, que sobre poco más ó menos se hallaba en el mismo caso, que habia perdido á la que habia considerado desde el momento en que su amor fué correspondido como la compañera de su vida, y no hallaba más consuelo que recordándola, comprendió aquel cariño de Inés y le pareció respetable y digno de admiracion.

Desde aquel momento no tuvo más deseo que librarla de las persecuciones amorosas de que era objeto.

—Tranquilizaos, mi buena Inés,—le dijo,—vuestra angustia cesará, yo os lo prometo.

IX.

Resolvió buscar á Aguado, é invocar la generosidad de su alma para que abandonase sus pretensiones.

Al dia siguiente de dirigirse á palacio fué á la posada donde estaba hospedado el pretendiente.

Habia salido ya.

En efecto; habia acechado el momento en que Diego habia salido de su casa, y resuelto á vencer la obstinacion de Inés, habia ido á verla.

X.

Las insinuaciones se convirtieron entónces en declaraciones formales.

Aguado confió á Inés el amor que le habia inspirado, los vivos deseos que tenia de labrar su felicidad, y al escuchar su negativa habia anunciado que se daría la muerte en su presencia.

Inés habia evocado para apartarle de aquel mal pensamiento las ideas religiosas.

Peró Aguado ébrio de pasion, habia empezado á olvidar las conveniencias, y cayendo á los piés de la jóven la aseguraba que sin la promesa de pagar su cariño, no se apartaría de ella y moriría á su vista.

XI.

Diego llegó bastante á tiempo para sacar á Inés de aquella situacion aflictiva.

Al verle se levantó Aguado, y tomando una actitud arrogante pareció desafiarse al hijo de su protector.

Diego conteniéndose cuanto podía:

—Confío, caballero, —le dijo, —en que no volveréis nunca á esta casa.

—Nunca, —dijo Aguado, —yo os lo prometo, pero el desaire que he recibido tendrá venganza.

—Id en paz, y que Dios os perdone, —dijo Diego.

XII.

Aguado furioso, porque era vehemente y veía malograrse sus deseos, salió á la calle.

Comenzó á andar sin reparar, que una persona que le expiaba, seguía sus pasos.

Dobló una esquina y oyó que le llamaban.

—Queréis vengaros de ella? —le dijo una mujer entrada en años que se acercó al irritado caballero.

—Quién sois?

—No me reconocéis?

—Ah! sí; tu eres la gitana que me dió asilo hace algunas noches cuando vine á Valladolid.

—La misma.

—Y vienes á gozarte en tu falsa prediccion?

—Al contrario; vengo á ofreceros los medios de que os vengueis de esa mujer altanera que os ha despreciado. Vengo además á indicaros el camino que se abre á la realizacion de vuestros ambiciosos deseos.

—¡Ay de tí si me engañas!

—Venid conmigo.

—Dónde?

—A una calle inmediata. En una casa podremos hablar sin ser vistos, y además os pondré allí en relaciones con la persona que os ha de conducir al triunfo.

—Vamos.

—Me vengaré de esa insensata, dijo la vieja.

—Yo humillaré su altivez, yo castigaré la audacia del pajecillo que ha presenciado mi derrota y me ha arrojado de su casa, exclamó Juan de Aguado.

XIII.

Juan de Aguado y la madre Remedios penetraron en una casa de pobre aspecto, cuya puerta abrió la gitana con una llave que llevaba.

—Vives aquí? le preguntó Juan de Aguado.

—No por cierto; pero esta es casa de una amiga que á estas horas estará sin duda en la iglesia entregada á sus devociones, y aquí podemos hablar sin que nadie nos oiga, mientras llega una persona que ha de sernos muy útil.

XIV.

Aguado no las tenía todas consigo, pero recordó que llevaba espada al cinto y aguardó á ver el resultado que tenía aquella escena.

—Al hallaros há poco, continuó la madre Reme-

dios, he visto en vuestro rostro las señales de la más justa indignacion. Os ha despreciado Inés, ¿no es cierto?

—Sí; ha rechazado mi cariño.

—Como una gran señora, sin duda?

—Con una arrogancia incomprensible.

—Y sin embargo; de haber sabido lo que yo sé, podríais haber humillado su altanería.

—Qué decís?

—En primer lugar, que no debeis apesadumbraros por los desdenes de que sois objeto. Yo os anuncié que haciéndola la corte conseguiríais la realizacion de vuestros deseos, pero esto no quiere decir de ningun modo que necesiteis su amor para lograrlo. Y á fé que no me extraña el desden con que os ha tratado. Todo eso es natural en las personas que desde la más baja esfera, saben elevarse á la más alta.

—Y esa mujer?...

—Conozco perfectamente su historia.

—Refiéremela entonces.

—No os he llamado con otro objeto.

XV.

Esa mujer, prosiguió la gitana, nació en el seno de una familia pobre, en un puerto próximo á Huelva que se llama Palos. Su padre era un traginero, un infeliz, que vivía poco menos que en la miseria.

—Y cómo ha llegado á la posicion que ocupa?

—Todo lo debe á unas gitanas, á unas hermanas mías que pasaron por la aldea y compadeciéndose de su misero estado le ofrecieron llevarla en su compañía, proporcionarle una casa donde servir y mejorar su situación.

—¿Y ella les escuchó?

—Con entusiasmo; halagada su imaginacion con las promesas que le hicieron, siguió á las gitanas, y tuvo bastante valor para abandonar á sus pobres padres que lloraron amargamente su ausencia, en tanto que ella, con la esperanza de medrar, se apartaba de su lado sin verter una lágrima siquiera.

XVI.

—¿Y dónde la llevaron las gitanas?

—A Córdoba, allí pensaban colocarla de criada en alguna casa de las más nobles de la ciudad; y confiaban en que, agradecida á los favores que la hacian, partiria con ellas su soldada. Pero la vió un paje de una dama ilustre; aquel paje se prendó de su hermosura, ella á pesar de su inocencia supo muy bien tenderle la red, le aprisionó en sus brazos, y cuando con él abandono á las gitanas, logró entrar al servicio de la dama de quien era paje su amante.

Entre los dos engañaron á la buena señora, y no fué este el único mal que le hicieron.

XVII.

—¿Estás cierta de todo lo que me dices?

—Os lo puedo jurar. La taimada Inés servía en casa de doña Beatriz Enriquez de Córdoba cuando su padre llegó á Córdoba acompañando á la ciudad á Cristóbal Colón, que entonces era un pobre hombre sin más recursos que los que la piedad del prior del convento de la Rábida le había proporcionado.

—Pero, ¿era un extranjero?

—Un extranjero, sí; un extranjero que había engañado al venerable sacerdote y que, habiendo encontrado en Inés y en su amante nuevos cómplices, hizo ver al padre de la jóven que su hija era una santa y pidió á los sirvientes en cambio de este favor, que le ayudaran á seducir á su ama, la cual cayó en el lazo, y por su culpa tuvo que abandonar la córte y murió víctima de su remordimiento después de haber dado á luz á uno de los dos hijos de Colón á quien habeis hallado en compañía de esa mujer.

XVIII.

—Todo lo comprendo, —dijo Aguado creyendo en la calumnia.

—Doña Beatriz era muy rica; Colón tenía demasiada habilidad, y siguiendo de acuerdo con sus cómplices, hizo que su desventurada amante les nombrase herederos de todos sus bienes á sus sirvientes, ántes de morir; estos partieron con su protector las riquezas, y esa es la clave del lazo que los une.

Hubierais podido muy bien al despreciaros esa plebeya, que todo lo debe á su falsía, arrojarle en

cara su pasado, humillarla, escarnecerla; hubierais podido decirle que la honrabais mucho pidiéndola para esposa, á la mujer á quien os seria fácil comprar para manceba.

XIX.

—¿Y por qué no me has hablado ántes de ese modo? dijo Aguado mudando de espresion.

—Todavía es tiempo para vuestra venganza.

Hoy ya sabeis cuál es su origen, cuál el de ese hombre á quien habeis servido y cuya gloria parece eclipsar la de los demás hombres.

La proteccion que le han dispensado los reyes la debe á doña Beatriz Enriquez de Córdoba.

Su amante era una de las damas predilectas de su magestad.

Por ella conoció á algunos ilustres prelados que le han prestado en todo tiempo su proteccion.

Con sus malas artes ha engañado á los reyes, y no falta quien diga que no es el primero que ha descubierto esos paises donde habeis estado.

XX.

—Tú sabes algo acerca de eso? preguntó Aguado.

—Cuentan los que lo saben todo, los que han estado en Portugal, que un viajero ántes que él descubrió aquellas tierras; que arrojado por la tempesta á un pais en donde se hallaba Colon, confió á éste

su secreto ántes de morir, y que gracias á esto ha podido vender como un descubrimiento suyo lo que á otro hombre costó la vida.

Es, pues, lo que ha hecho una usurpacion; las riquezas que adquiere no le pertenecen; los títulos con que los soberanos le honran no son suyos; sus hijos que hoy disfrutan de privanza al lado del infante, son indignos de esta honra.

Hay en España una persona que lo sabe todo; que deseosa de arrancar de los ojos de los reyes la venda que les oculta la verdadera significacion de ese hombre á quien veneran, quiere á toda costa presentarle á sus ojos tal cuál es.

Esa persona á quien aludo tiene gran influencia en la corte, y un emisario suyo no tardará en venir para llevaros á su lado.

Puedo recomendaros á él para que le ayudeis á llevar á cabo su propósito, y no me extrañaria si tal hicierais, que el premio de vuestros servicios fuese la realizacion de vuestra ambicion, de vuestras esperanzas.

XXI.

—¿Pero quién eres tú,—dijo Aguado fijando una penetrante mirada en la vieja,—quién eres tú que tanto sabes, que tienes medios de ponerme en contacto con los enemigos de Colón?

—Yo,—contestó la anciana,—soy la que, arrebatando de la miseria á esa mujer que te ha ultrajado, recibí en premio de mis sacrificios la más negra

de las ingratitudes; yo que he expiado desde entonces todos sus actos, todos sus pensamientos, que la he visto perder á su ama ante la esperanza de alcanzar sus riquezas; yo sé que es mentira todo ese falso culto que tributa á la memoria del que llama su esposo; porque la verdad es que está ligada por un lazo indisoluble á Colon, porque ella fué quien hizo dar muerte á su esposo para estar libre, porque ella es la que vendiendo un cariño maternal á los hijos del almirante, aspira á catequizarlos con el objeto de unirse á su padre y compartir con él los honores y las riquezas que adquiera.

Esa ha sido la causa por la que ha despreciado vuestro afecto; ese es el motivo por el cual la persigo, porque no es justo que los que se cubren con la máscara de la hipocresía puedan engañar impunemente á las almas honradas.

XXII.

—¡Oh! yo os prometo que le arrancaré la máscara, —exclamó Aguado.

—Su ruina y la del hombre que la ampara han de ser vuestro triunfo.

En esto llamaron á la puerta y entró un hombre de mala catadura, á quien saludó la madre Remedios con las mayores muestras de consideracion.

—Pasad, pasad, —le dijo; —aquí teneis al caballero de quien tanto os he hablado. Confíadle con franqueza la mision que traeis.

XXIII.

El recién llegado se adelantó hácia don Juan, y haciendo una seña á la gitana desapareció esta.

—Caballero, —le dijo, —vos sois don Juan de Aguado, no es cierto?

—Para serviros.

—Habeis llegado hace poco de la India con varios españoles, y habeis traído con Gorbalan una misión del almirante Cristobal Colon para los reyes?

—Es cierto.

—Pues bien; vuestro compañero no piensa venir á la córte. Ha dicho la verdad de lo que pasa en la colonia, que habeis fundado en aquellas tierras, y como se trata de la vida de muchos españoles, y de arrancar la máscara á un falsario, si quereis uniros á él para decir la verdad, no sólo ejecutaréis una buena accion sino que hallaréis una gran recompensa.

—Quién os envia á mí?

—Una persona que tiene el sagrado deber de evitar que se engañe á los reyes de España.

XXIV.

—Pero es el caso, —dijo Aguado, — que he presentado mis credenciales á los reyes, y que he hecho en su presencia los mayores elogios de Colon.

—Tanto mejor ; de esa manera vuestras palabras serán mas autorizadas. Teneis vuestra fortuna en las

manos. Es muy posible que accediendo á los ruegos de la persona que me envia á hablaros, nombren los reyes un investigador de todo lo que pase allende el mar, con atribuciones bastantes para examinar los actos de Colon, y suspender sus facultades.

El que logre tal honra, ocupará una de las primeras posiciones del mundo, y bien pudiera ser que ese alto cargo recayera en vos.

—Qué necesito hacer para eso?

—Jurar primero guardar secreto sobre las proposiciones que acabo de haceros, y seguirme despues á donde os esperan para comunicaros lo que debeis hacer.

XXV.

Aguado vaciló un momento.

—Qué resolvéis?

—Guiadme, dijo.

—Es necesario que nos pongamos en camino.

—A dónde hemos de ir?

—A Burgos.

—No me podeis decir quién es la persona que nos espera?

—Jurad antes sobre la cruz de vuestra espada guardar siempre el mayor secreto.

—Lo juro, —dijo Aguado.

XXVI.

—Os advierto añadió el desconocido, que yo no

me separaré un solo instante de vos, y que si faltais al juramento que acabais de hacer, morireis á mis manos.

—No necesito semejante amenaza. Soy caballero, soy cristiano, y acabo de invocar el testimonio de la cruz.

—Pues entonces en marcha.

—Quién nos espera?

—El obispo Fonseca.

XXVII.

Los dos salieron de la casa, fueron á la posada en donde se hospedaba Aguado, éste se despidió, acompañó al emisario del obispo que se llamaba Pedro Ibañez, fueron á otro meson en donde habia mulas preparadas, montaron en ellas y salieron de Valladolid con direcccion á Burgos.

Al cabo de dos jornadas llegaron á aquella ciudad, y Aguado encontró alojamiento en el palacio del obispo.

Al dia siguiente fué presentado á él por Pedro Ibañez.

XXVIII.

El emisario de Fonseca no le habia engañado.

Gorbalan estaba en Burgos, y catequizado por los enemigos de Colon, no sólo habia sido ingrato, sino que estaba resuelto para medrar, á sacrificar al que tantas pruebas de deferencia le habia dado.

Capítulo IV.

Aberraciones.

I.

Parece mentira que un hombre como Colon pudiera inspirar no ya al vulgo envidioso, no ya á los cortesanos émulos de su gloria, sino á los que ocupaban puestos muy distinguidos y sobre todo tenían el deber por ser ministros del Señor, no solo ministros, sino prelados, de ejercer á todas horas el sentimiento de la caridad envidia de ningun género.

II.

Y, sin embargo, el obispo Fonseca que en poco tiempo gracias á su innegable talento, gracias á la predileccion que sentia hácia las artes, que le debieron en aquella época gran parte de su apogeo, se

habia captado el afecto de su soberana que participaba de sus mismos gustos, y en breve tiempo habia llegado desde el humilde puesto de fraile al de obispo de Búrgos.

III.

Mas inverosímil parece aun que un hombre que poseia el sentimiento de lo bello no sintiese desaparecer de su alma las negras nubes de la envidia, al contemplar la grandeza que con su talento habia adquirido Colon á fuerza de infortunios.

Porque si como sucede siempre, las artes tienden á la civilizacion dulcificando los sentimientos de los hombres, hermanándolos con la admiracion y el entusiasmo, natural era que la figura de Colon, de aquel pobre marino que despues de llegar á la córte de varias naciones á implorar la caridad de los reyes de España, habia tenido necesidad de pedir una limosna á la puerta de un convento, y sufriendo desaires y viéndose calificar de loco por los que no tenian capacidad suficiente para comprenderle, habia llegado á fuerza de trabajos, de privaciones, de lágrimas, de dolores, á obtener una licencia de la reina, á conseguir que le ayudase en su empresa, era y no podia menos de ser, no ya para los que comprendieran las artes, no ya para los que apreciaran el sentimiento de lo bello, sino para los que tuvieran una nocion siquiera de la humanidad, títulos suficientes de aprecio y consideracion.

IV.

Pero desgraciadamente las pasiones son mas' vehementes en el hombre que los sentimientos.

Decid, no ya al admirador, sino al mismo artista, decid á Rafael que hay un defecto en su *Pasmo de Sicilia* y le vereis padecer, notareis la ira en sus ojos y vereis que aquel hombre que si le hubiérais enaltecido os hubiera estrechado en sus brazos, os desprecia y siente despertarse en su alma ávida poco antes de belleza, la más negra de las envidias, el más vehemente deseo de haceros daño.

V.

Fonseca que en los primeros años de su vida monástica habia sido un ejemplo de constante virtud, que habia amparado al débil contra el fuerte, que habia empleado su elocuente palabra para mitigar en el corazon del señor feudal la indignacion que le habia inspirado el delito ó la falta de su vasallo, Fonseca que en varias ocasiones habia contrareestado la influencia de Torquemada, cuando aquel hombre fanático llevaba á centenares á la hoguera, á los que no profesaban la religion cristiana, aquel hombre, en fin, que habia logrado despertar un vivo afecto en el corazon magnánimo de la reina, habia sentido primero el torcedor de la envidia, cuando al volver Colon que habia eclipsado, no solo su gloria, sino la de

todos, y el vulgo y los nobles, y todas las clases de la sociedad se habían olvidado por completo de la importancia de los grandes, de la veneración que debían á los prelados, para convertir aquellos sentimientos en una entusiasta admiración, que ofrecían á su paso por las aldeas y las ciudades al que, desafiando las olas del Océano y los furoros de la tempestad, en débiles carabelas había atravesado las turbulentas aguas, y había encontrado inmensos territorios que ofrecer, como una nueva joya que adornase la corona de San Fernando.

VI.

Instintivamente, sin darse cuenta todavía del sentimiento que le impulsaba, se valió de la influencia que tenía con los reyes, y buscó quien le ayudase, para contrarrestar en cierto modo el ascendiente que tomaba Colon.

—Puesto que se han descubierto esas tierras que encierran en sus entrañas grandes riquezas,—dijo al rey;—puesto que en lo sucesivo será preciso enviar allí numerosos bajeles y españoles de todas clases para colonizar aquellas islas, sería muy oportuno que se crease una administración ó superintendencia para entender en todos los negocios de las Indias.

VII.

La idea fué aceptada con entusiasmo por el rey,

y se creyó que una vez establecida aquella superintendencia, gérmen del consejo de Indias, debía ser nombrado jefe de ella el entonces arcediano Fonseca.

Mis lectores recuerdan cómo fué desarrollándose en el corazón de aquel personaje la envidia que había experimentado al ver á Colon regresar triunfante.

VIII.

Pero no era el ilustre marino el que estaba llamado á sufrir la influencia, á resistir la dominacion de aquel jefe.

Con la serenidad del que obra bien logró vencer los obstáculos que le oponian, y Fonseca no olvidó nunca la humillacion de que había sido objeto á sus propios ojos.

IX.

¡Ah, la envidia es un terrible enemigo!

La primera herida es leve, más parece una caricia que una puñalada, y sin embargo, poco á poco vá ensanchándose la herida, poco á poco vá infiltrándose en ella el veneno de que está impregnado el acero, poco á poco toma cuerpo, se convierte en un ódio profundo, y el que no hubiera sido capaz de cometer una mala accion, llega á consumir los más horribles crímenes.

X.

No estaba todavía en aquel periodo el enemigo de Colon.

Pero allí, á sus solas, en esos momentos en que el hombre, sin dar cuenta á nadie de sus ideas, siente agitarse en su espíritu esos dos elementos de la vida que se llaman el bien y el mal; en esas horas de soledad en que la imaginacion trae á nuestros ojos todos los recuerdos del pasado y recorre los velos del porvenir, figurábase el obispo Fonseca á Colon volviendo de las tierras que habia descubierto, no ya con un solo bajel desmantelado, sino con todas las embarcaciones cargadas de oro; y como entonces el oro, como siempre, era el objeto de la codicia de los hombres, figurábase que obtendria el almirante mayores triunfos aún, y dada la rivalidad que existia entre los dos, el apogeo, el esplendor, la grandeza del pobre genovés, implicaba su decadencia, su desgracia, su ruina.

XI.

Y entonces sentia agitarse en su alma, con más fuerza que nunca, la pasion de la envidia, convertida ya en ódio que sentia hácia aquel hombre; y entonces pedia á su ingenio medios para contrarrestar la influencia del victorioso marino; y entonces buscaba, como la cortesana, los medios de urdir una intriga, los medios de tender algun lazo á aquel gigante para que cayese á su piés, y que su caida implicase su ruina.

XII.

En vano le colmaba de honores la munificencia de los reyes.

En vano su palabra arrastraba á los creyentes, porque su palabra era inspirada, porque en los momentos en que se desprendia de aquella pasion que le cegaba era el hombre inspirado por Dios, el hombre que comprendia y llenaba ámpliamente su mision; en vano recibia á todas horas plácemes y felicitaciones, y oia en torno suyo la prediccion de que muy en breve le mostraria el Sumo Pontifice su consideracion enviándole la púrpura cardenalicia.

XIII.

La espina que tenia en el corazon no le dejaba disfrutar de aquellos legitimos triunfos.

A cada instante veia llegar á las playas de España las embarcaciones de Colon, y en todos los puertos habia dado el encargo de que apenas llegase algun buque de la India le enviasen correos para comunicarle la noticia.

XIV.

Colon, como recordarán mis lectores, despachó para España algunas carabelas, y en ellas á Gorbalan, uno de los que habian explorado los alrededores de la colonia, y á Juan de Aguado.

A pesar suyo, no habia podido reunir más que algunas pequeñas cantidades de oro, y aunque en las cartas que dirigia á los soberanos se lisonjeaba de poder en breve corresponder de una manera más espléndida á sus bondades, por entonces sólo enviaba aque-

llas escasas muestras de oro y algunos de los caribes que habia apresado al visitar la Guadalupe.

XV.

Todos aquellos elementos podian muy bien convertirse en acusadores de Colon.

Supo Fonseca que de las dos personas á quien el almirante habia comisionado para informar á los reyes de la situacion en que se hallaban, una de ellas, Juan de Aguado, habia partido á Valladolid, y la otra, Gorbalañ, se habia quedado en Sevilla con objeto de aclimatar, permaneciendo con ellos algunos dias, á los caribes, para poder presentarlos á los reyes, y que dispusieran de su suerte.

XVI.

Inmediatamente despachó un emisario para que se entendiera con Gorbalañ.

Era este jóven capitán ambicioso, y habia sufrido mucho al ver la predileccion que sobre él tenia Colon por Alonso de Ojeda.

El emisario le manifestó que el superintendente de los negocios de Indias deseaba verle, y confiando los caribes al cuidado de Soria, que estaba en Sevilla, mientras que los viajeros buscaban el descanso en sus hogares, partió con el emisario de Fonseca á Búrgos.

XVII.

Al pronto no quiso hacer traicion al almirante, y aunque manifestó que no todas las esperanzas se habian realizado, dijo á Fonseca que creia que las entrañas de los montes del Cibao encerraban mucho oro, y que desde el momento en que pudieran apoderarse los españoles de la comarca, enviarian á cada instante buques cargados con aquel precioso metal.

XVIII.

Pero Fonseca sólo escuchó la triste pintura de las enfermedades que sufrían los colonos, los trabajos que habian pasado en la navegacion, la fatal influencia que ejercia la escasez de viveres, la ferocidad de los caribes, y sobre todo el desastre de la fortaleza de la Navidad, la matanza de los españoles que habia dejado allí indefensos Colon, la actitud hostil de Guacanajari, que era el amigo fiel con que contaba el almirante, y los deseos que abrigaban todos los caciques reunidos de acometer á los españoles para destruirlos.

XIX.

Todas aquellas noticias, abultadas, exageradas por el ódio que sentia hácia Colon, eran muy suficientes para demostrar á los reyes que el célebre marino, burlando su credulidad, arrastraba á la corona de Casti-

lla á aventuradas empresas, en las que era seguro que el producto no compensaria los sacrificios que ocasionaban.

XX.

Pero se habia adelantado Juan de Aguado: debia haber presentado ya á los reyes las cartas de Colon y del doctor Chanca, y si no contaba con aquel emisario, era muy fácil que no se diese crédito á las noticias de Gorbalan.

Necesitaba, pues, á toda costa captarse la voluntad de Juan de Aguado, y no tardó en saber que era un hombre ambicioso, y que la esperanza de importantes empleos le impulsaria á vender á su protector.

XXI.

A Gorbalan le ofreció su influencia para realizar su más vivo deseo, que era partir á Italia y luchar al lado del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, porque no era su ánimo volver á aquellas ignotas tierras, donde tanto habia sufrido.

Si contaba con Aguado, nada más fácil que convencer á los reyes de lo desastroso de los descubrimientos de Colon.

XXII.

La vista de los caribes podia dar una idea de la mayor parte de los habitantes de la isla, á los que seria necesario cazar.

Una ligera dádiva á los colonos que habian vuelto bastaria para que atestiguasen los trabajos que habian pasado y las pocas esperanzas que abrigaban sus compañeros de conseguir el objeto de su viaje.

XXIII.

Por otra parte, si Aguado manifestaba que las cartas de Colon eran falsas, que sólo por un deber de gratitud se habia encargado de presentarlas; pero que antes que hombre agradecido era español y debia la verdad á sus reyes; si describia entonces la situacion de los españoles como la más afflictiva y desesperada, podia muy bien lograr que se enviasen inmediatamente algunos buques para mandar regresar á Colon, y en ese caso experimentar el placer de ver llegar al que poco antes habian aclamado todos los españoles, con el sello de la desgracia y avanzando á confesar su engaño entre los silbidos de la plebe y el desprecio de los grandes señores.

XXIV.

Era, pues, indispensable á Fonseca la cooperacion de Juan de Aguado.

Al efecto, apenas estuvo en su presencia, tratándole con las mayores consideraciones, le pidió en nombre de los sagrados deberes que como español tenia que cumplir, que le revelase la verdad de lo que pasaba.

XXV.

La verdad era triste.

Pero como Aguado estaba ya prevenido, y queria hacer valer su complieidad, manifestó que el contenido de las cartas era cierto, y que, aunque habian pasado grandes apuros, habia seguridad de que muy en breve el oro que podria enviarse desde aquellas tierras bastaria, no sólo para sufragar los gastos, sino para ofrecer pingües ganancias á la corona de Castilla.

XXVI.

—Aunque asi sea,—dijo Fonseca,—mis noticias son, que el admirante, olvidando su origen y su carácter de extranjero, trata á los españoles como esclavos, impone á todo el mundo su voluntad, no hace caso de las observaciones de nadie, y ha tenido ya más de un conflicto con el reverendo padre Boil, el cual en una carta que me ha traído uno de los viajeros dá cuenta detallada de todo lo que pasa en la colonia.

Así, pues, aun cuando pueda prometerse España grandes riquezas en aquellos apartados países, no es justo que los que vayan allí á trabajar para adquirirlas se encuentren lejos de su patria bajo la ominosa dominacion de un hombre que se ha ensoberbecido con sus medros, y considera á todo el mundo inferior á él.

Conviene por de pronto, para castigar su soberbia, que venga á España con el sello de la desgracia, que luego despues no nos faltarán hombres inteligentes, sábios tanto como él, y más aún, en el arte de navegar y en la ciencia de gobernar.

Vos mismo, en quien me complazco en reconocer cualidades superiores, podreis, sirviendo en esta ocasion á vuestra patria, haciéndoos acreedor á la proteccion de los que nos interesamos por su prosperidad; y no seria extraño que algun dia se os confiase el mando de alguna de las colonias creadas ó que se creasen en lo sucesivo.

XXVII.

—¿Y qué he de hacer para obtener tanto favor?— preguntó Juan de Aguado.

—Contribuir conmigo y con los que deseamos ver libre á España de la influencia de ese extranjero, á presentarlo á los ojos de los reyes como un hombre inepto, como un elemento perjudicial á nuestra preponderancia en los paises conquistados.

—Pero si he hablado ya á los reyes elogiándole, ¿cómo podrán creerme?

—El sentimiento de la gratitud es indispensable; pero ahora mismo se prepara una expedicion de tres carabelas, cuyo mando vá á darse á un hermano del almirante, á quien los reyes han sacado poco ménos que de la miseria.

Todo esto origina gastos, todo esto despierta en

muchos el deseo de abandonar su hogar para ir en pos de la fortuna.

—Un hombre de corazón no puede ver con calma estos sacrificios; y sobre todo, vuestro porvenir estriba en eso.

—Si vos supiérais,—dijo Aguado,—los deseos que tengo de humillar á ese hombre...

—Tanto más en abono de mis consejos.

—¡Oh! Sí, contad conmigo para todo.

—Pero no conviene que nos apresuremos. Cuantos más elementos reunamos para poner en claro su iniquidad, será mejor. Sé que no sois rico: disponed de mi bolsa y de mi casa.

XXVIII.

Gorbalan partió á poco á realizar su deseo.

Aguado quedó en Búrgos estrechando cada vez más y más los lazos que le ligaban al obispo Fonseca.

Este, como superintendente del consejo de Indias, no tuvo más remedio que disponerlo todo para la expedición que debía mandar el hermano del almirante.

XXIX.

Pero detuvo la marcha de los buques, á fin de que pudiera llegar á Sevilla una persona de toda su confianza que debía formar parte de aquella expedición.

Esta persona era Pedro Ibañez, el cual llevaba órdenes secretas para Pedro Margarite, Bernal Diaz de Pisa y el padre Boil.

XXX.

Margarite habia sido muy recomendado por Colon á los reyes.

En su carta decia á los soberanos que era uno de los más valientes capitanes, y que se hacia acreedor á que sus majestades velasen por la suerte de su esposa y sus hijos, que estaban en España.

XXXI.

Si un hombre que inspiraba á Colon tanto afecto se convertia en un testigo contra él, las probabilidades de éxito de los planes de Fonseca eran mayores.

La conjuracion adelantaba.

Pero aun necesitaba un elemento más.

Era preciso que no fueran sólo españoles los que le acusasen.

Podria parecer aquello odiosidad de raza.

XXXII.

Aguado habia dicho á Fonseca que en su carabela habia regresado á España un marino italiano, el cual podria tambien corroborar las acusaciones de los españoles, y en este caso, el testimonio de un extranjero, de un compatriota del almirante, debia pesar mucho en el ánimo de los reyes.

Habia desembarcado en Sevilla, y envió el obispo

Fonseca una comunicacion á Soria para que le buscasse.

XXXIII.

Cuantos pasos dió con este objeto fueron inútiles.

Lo único que pudo averiguar, es que Américo se habia embarcado inmediatamente para Italia; y como él era florentino, enviaron un emisario á Florencia para que le buscasse.

Tiempo es de que nosotros le sigamos tambien, para asistir al desenlace del drama á que su criminal pasion le habia conducido.

Capítulo V.

La venganza de un marido.

I.

Isabel de Monteagudo habia revelado la verdad á Américo Vespucio, á bordo de la carabela que les conducia á América.

Don Alfonso habia condenado á vivir á Esperanza, y aquel castigo era para ella mucho más cruel que si hubiera clavado un puñal en su pecho; porque sentir bullir en sus entrañas el fruto de su amor criminal, era un tormento que no puede describirse, que hace crizar los cabellos sólo al pensar en él.

II.

La pobre esposa creyó que no podria sobrevivir á su desventura, y se resignó á sufrir la suerte que le deparase la Providencia.

Su marido renunció al alto empleo que desempeñaba en la factoria del duque de Médicis, y se dirigió

á Florencia con su esposa, dispuesto á entregársela á sus padres, para aumentar de aquel modo el castigo que le preparaba.

III.

No volvió á despegar los lábios el ofendido esposo hasta que le anunció su proyecto, hasta que desembarcaron en Italia y se dirigieron á Florencia.

Allí permanecieron en una hospedería, y don Alfonso le habló de esta manera:

IV.

—Voy á anunciar á vuestros padres mi resolución de que volvais á su lado.

La infeliz le oyó sin contestar una palabra.

Don Alfonso se dirigió á la aldea en donde en otro tiempo habia visto por la primera vez á su esposa radiante de alegría, con todos los encantos de la juventud y de la belleza.

V.

Cuando llegó el anciano halló á la familia de su esposa reducida á su padre.

Hacia muy pocos dias que habia bajado al sepulcro su pobre madre, y el viudo, agobiado bajo el peso del dolor y de los años, habia ocultado aquella desventura á su hija para no turbar la felicidad de que la suponía rodeada.

La llegada de don Alfonso le sorprendió.
Al verle se inundaron sus ojos de lágrimas.

VI.

—¿Vos aquí?—exclamó.—¿Habeis sabido nuestra desgracia?

—No, pero vengo á comunicaros la mia.

—¡La vuestra! Pues qué, ¿acaso mi hija?... ¡Oh! ¡No faltaba más que eso despues de haber perdido á su madre!

—¿Ha muerto vuestra esposa?

—Hace muy pocos dias iba á comunicaros esta triste nueva, y no me atrevia por no turbar vuestra felicidad.

—¡Las desgracias no vienen solas!

—¡Ah! ¡Me dais miedo! ¿Vive mi hija?

—Vive, pero más le valiera haber muerto.

—¿Qué decís?

—Perdonad, pobre anciano, si aumento vuestra desventura con una confesion dolorosa.

VII.

—¡Hablad, hablad, por Dios!—dijo el pobre padre.

—Ya recordareis, que prendado de las virtudes de vuestra hija, le dí el nombre de esposa, le ofrecí cuanto tenia, me desvelé por labrar su ventura.

—Es cierto.

—Pues bien: ella ha pagado tantos sacrificios con la más negra ingratitud.

—No es posible.

—Ha olvidado sus deberes, ha delinquido, y trae en sus entrañas el fruto de su crimen.

—¡Qué horror! ¡Qué horror!—exclamó el pobre anciano, deshaciéndose en lágrimas.

VIII.

Hubo un momento de pausa.

El anciano reponiéndose un tanto:

—¿Y no habeis clavado un puñal en su pecho?—exclamó.

—No.

—¡Hija desventurada!

—El pobre sér que lleva en sus entrañas no tiene la culpa de que lo haya engendrado un crimen. Es necesario que viva, y creedme, ese será su mayor castigo. Pero como comprendeis, yo no puedo vivir á su lado, y he resuelto traerla á vuestra casa.

—¿Y yo he de verla? ¡Oh, no!

—Es necesario que la recibais, que viva á vuestro lado, que sufra al hallarse en vuestra presencia la expiacion de su delito. Quiero además que cuando nazca el desventurado sér que tiene en sus entrañas, le alimente con su propio seno. Despues, cuando no la necesite para nada, la separaré de su lado y consumaré mis planes.

IX.

El anciano no contestó.

Su corazón latía con tal violencia, que parecia próximo á saltarse de su pecho.

Don Alfonso se alejó.

Volvió á Florencia, y aquella misma noche, para que no se apercibieran en la aldea de la llegada de su hija, alquiló una silla de mano para Esperanza, y escoltándola á caballo, se encaminaron á la aldea.

X.

El padre no quiso ver á su hija.

Esperanza volvió á la habitacion en donde habia pasado su niñez.

Al entrar allí vertió abundoso llanto.

Don Alfonso permaneció á su lado mucho tiempo sin despegar los lábios.

Cuando vió que los sollozos de su esposa no eran tan continuos le habló.

XI.

—Aquí vais á quedaros bajo la vigilancia de vuestro padre,—dijo.—Yo tambien os vigilaré. Ahora cumplid los deberes de la naturaleza, y despues yo cumpliré los míos.

Y dirigiéndole una mirada aterradora, se alejó.

Al despedirse del anciano,

—Vos me respondeis de vuestra hija,—le dijo.

Y partió.

Padre é hija deseaban y temian hallarse frente á frente.

XII.

En el primer momento, el anciano Andrés, que este era su nombre, habria castigado con mayor severidad á la esposa culpable que el marido ofendido.

Poco á poco fué el amor paternal ganando terreno en su corazon, y á la indignacion sucedió la piedad.

Trascurrieron dos dias, y Andrés se presentó en la habitacion de su hija.

XIII.

—¡Desventurada!—dijo.—¿Qué has hecho? ¿Cómo has tenido valor de cometer tan negra ingratitud, de deshonar las canas de tu anciano padre?

—¡Perdon, padre mio, perdon!—dijo la jóven, cayendo de rodillas á sus piés.

—No lo mereces; y sin embargo, todavía tengo piedad en mi alma para tí.

—¿Y mi madre? ¿Cómo no viene mi madre á consolarme?

—Dios ha hecho bien en llevársela del mundo.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!

—No la llores. Alégrate, porque si hubiera sabido tu desdicha, habria muerto y tú hubieras sido su asesino.

—¡Madre mia!—exclamó Esperanza, deshaciéndose en lágrimas.

Padre é hija guardaron silencio.

XIV.

Al cabo de algun tiempo pidió Andrés á Esperanza que le contase lo que habia sucedido.

Esperanza refirió la verdad al autor de sus dias.

—¿Y cómo no has pedido al Señor que te arrebatase la vida antes de faltar á la fidelidad que juraste en el ara, al que no sólo fué tu esposo, sino tu protector y nuestro amparo?

—No quiero hallar disculpa á mi pecado. No diria á mi esposo, justamente ofendido, lo que voy á decir; pero pensad un instante que al hacerme su esposa creisteis ofrecermé una felicidad que no podiais brindarme.

—La gratitud hubiera reemplazado en el corazon de una mujer honrada al amor.

—Es verdad; y yo sentia un inmenso agradecimiento hácia el hombre que, colmándome de bondades, me sacaba de la pobreza para elevarme hasta su altura. Yo sentia un vivo afecto hácia el que con generosa mano brindaba á mis pobres padres los medios necesarios para pasar una vejez desahogada; creia que este sentimiento bastaria á labrar mi felicidad, pero ¡ay! en vano pueden eludirse las leyes de la naturaleza. Pensad que alguna parte de mi culpa se debe al sacrificio que me impuso el deber filial.

XV.

El pobre Andrés lloró con su hija, y aun hizo más, porque era padre.

Le ofreció los consuelos de su cariño.

Esperanza sólo deseaba la muerte; pero á un mismo tiempo comprendia que debia sacrificarse al fruto de su amor.

XVI.

Trascurrió el tiempo, largo y tristísimo para aquella infeliz; se acercó la época en que debia dar á luz á aquel sér condenado de antemano á sufrir, y Andrés fué á ver á don Alfonso para pedirle que llevase á Florencia á su hija, á fin de que no pudieran enterarse en el pueblo de su deshonra.

—Al contrario,—exclamó don Alfonso;—es necesario que todo el mundo sepa allí que es madre; pero su mayor castigo no es la vergüenza de que se sepa que ha sido adúltera, sino que todo el mundo crea que ese hijo es legítimo, y se vea agobiada por las felicitaciones de los que vean en ella una mujer honrada.

Era mucha crueldad; pero Andrés no podia oponer resistencia á los deseos de don Alfonso.

XVII.

Anunció que habia llegado su hija para dar allí á luz el fruto de su amor, y Esperanza tuvo que ocultar, á las personas que acudieron á visitarla, el acerbo dolor que encerraba en su pecho.

El momento supremo se acercaba.

En tanto Américo, de regreso de su viaje, llegaba á Florencia é indagaba con el mayor interés el paradero de Esperanza y de don Alfonso.

XVIII.

Informado de que la jóven vivia con su padre, y de que su marido habitaba en una casa de campo de Florencia, procuró saber cuál era la situacion de Esperanza.

Aun llegaba á tiempo.

Aun no habia visto la luz del dia el fruto de su amor.



Capítulo VI.

Expiacion.

I.

Tanto habia sufrido el pobre Américo Vesputio, que era difícil reconocer en él al apuesto caballero, al donoso galan que habia encendido la llama del amor en el corazon de Esperanza.

Por una parte su pena, por otra los trabajos que habia pasado y las enfermedades que habia sufrido en la colonia, le habian desfigurado de tal modo, que sólo era su sombra, una sombra tristísima, casi un cadáver.

II.

Eran escasos sus recursos, iba á necesitar emplear algunos florines en sobornar á las personas que rodeasen á Esperanza, para verla, para saber al ménos su

situacion, y en tan apurado trance tomó una resolucion extrema.

Dominando su natural temor, fué al palacio de los duques de Médicis, y preguntó por el que hasta hacía poco habia sido su protector y el amparo de su familia.

Se hizo anunciar, y no tardó en ser recibido.

III.

Su llegada causó gran sorpresa al duque, porque habia tenido noticia de su desaparicion, é ignoraba los motivos que le habian impulsado á abandonar un puesto tan ventajoso para él.

Apenas estuvo en su presencia, cayendo á sus piés:

—Vengo á pedirlos perdon,—le dijo Américo,—por la apariencia de ingratitud con que he pagado vuestros favores. Una dolorosa revelacion que voy á haceros, me hará aparecer á vuestros ojos como un hombre culpable. Pero al mismo tiempo confio en hallar piedad en vuestra alma para mis desventuras.

IV.

Una mirada benévola del duque le animó.

Con el lenguaje del sentimiento refirió al duque sus amores con Esperanza, su arrepentimiento, su desaparicion para poner término al delito que cometian, su embarque para América, la noticia del estado de

Esperanza cuando él se hallaba á bordo y no podia volver.

Toda esta relacion interesó vivamente al duque, y le predispuso en favor de Américo.

V.

—Ahora comprendo,—dijo al final Cosme de Médicis,—la honda tristeza de mi buen servidor Alfonso Orlini. Le conozco bastante para saber que su venganza será horrible.

—En este trance necesito vuestra proteccion.

—Me habeis servido bien, sois jóven, os estimo y estoy dispuesto á auxiliáros en cuanto pueda.

Yo necesito á toda costa librar á Esperanza de la muerte afrentosa que le aguarda, yo necesito al menos vivir cerca de ella, observarla, velar por su vida y cumplir los deberes de padre cuando llegue el momento.

—Contad conmigo para todo.

—Vos, señor, conoceis sin duda al doctor Caracciolo, que siendo una persona de toda la confianza de don Alfonso, es seguro que asistirá á su esposo. Recomendadme á él como criado, si es preciso.

—¿Y si os vé don Alfonso? ¿Y si descubre vuestros proyectos?

—Vos, señor, no podeis permitir que una mujer honrada, que una mujer arrepentida, sufra el martirio de verse separada del hijo de su amor, para expiar de una manera bárbara el olvido de un instante, la ceguedad de un momento.

—Sirviendo á ese doctor no lograrías nada. Vale más que podais vivir en libertad y con recursos para acercaros á la madre de vuestro hijo. Tomad esta bolsa,—añadió, entregándole una muy repleta de florines.

—Yo os la devolveré con creces,—contestó Américo, separándose de su protector, penetrado de la más profunda gratitud.

VI.

Aunque estaba desconocido, no sólo para don Alfonso, sino para Esperanza, se disfrazó aun más, se dirigió á la aldea y se hospedó en un convento de franciscanos que habia á poca distancia de las casas.

A los pocos dias notó desde su retiro gran movimiento en la casa donde estaba Esperanza.

VII.

El doctor Caracciolo habia llegado en una mula, se habia hospedado, y pasó una semana bajo aquel techo.

La noticia del alumbramiento de Esperanza circuló por la aldea, y no tardó Américo en saber que tenia una hija.

VIII.

Los vecinos de la aldea acudieron á felicitar á su madre, y como habia mandado don Alfonso, se celebró el bautizo con gran pompa, mortificando á la in-

feliz, que al mismo tiempo que acercaba sus pechos al fruto de su amor, quemaba sus mejillas con las lágrimas que se desprendían de sus ojos.

Pasaron los festejos: el doctor Caracciolo volvió á Florencia, y la recién nacida con su madre quedó en la aldea.

IX.

Grandes esfuerzos tenía que hacer Américo sobre sí para no atropellar por todo, proporcionarse una entrevista con Esperanza, y partir con ella para disfrutar de su amor y de las caricias de su hija, sin que oscureciera el horizonte de su vida la negra sombra del remordimiento.

Al mes se presentó en la aldea don Alfonso.

Iba á empezar á cumplir su venganza.

X.

Entrando en la habitación en donde estaba su esposa velando el sueño de su inocente hija:

—Solo durante un año os necesita esa pobre criatura,—le dijo;—al cabo de ese tiempo se separará de vos para siempre. Os quedan once meses á su lado.

Esperanza no se atrevió á levantar los ojos delante de su marido.

Este desapareció.

La pobre madre, cayendo de rodillas á los piés de la cuna, y besando á su hija,

—¡Dios mio, Dios mio! ¡Tened piedad de mí!—exclamó.

XI.

Un día, al pasearse, llevando en brazos á su hija, por el huerto que rodeaba su casa, cayó á sus piés un papel muy doblado y atado con un hilo.

Le recogió instintivamente, le guardó en su seno, y poco despues, al volver á su casa, lo leyó.

XII.

«Valor, Esperanza, valor, habia escrito en aquel papel Américo; lo sé todo, y velo por vuestra vida y la de nuestra hija.

»No me presentó á vos por no agravar la triste situacion en que estais.

»Pero vivo cerca, observo á vuestros enemigos, contrarestaré sus planes, y lo único que os suplico, es que alguna vez lleveis á vuestra hija hácia el convento de franciscanos para que yo pueda verla sin que nadie lo observe.»

XIII.

Esta carta sirvió de gran consuelo á la pobre madre, y por un momento llegó á olvidar la venganza de su esposo.

Pero al cumplirse el segundo mes, cuando ménos lo esperaba, se halló en presencia de don Alfonso.

XIV.

—Faltan diez meses,—dijo este con acento terrible,—para que os separeis de vuestra hija.

Su acento heló la sangre en las venas de Esperanza.

¿Sería capaz de separarla del fruto de su amor, de aquella pobre criatura que consolaba todas sus aflicciones, que ofrecia á su alma las dulzuras del amor maternal?

Pero Américo estaba á su lado y no lo consentiria.

XV.

Sin embargo, Américo era pobre y don Alfonso rico.

Américo vivia oculto, no podia acercarse á él, no sabia dónde estaba ni cómo hallarle, porque no habia vuelto á recibir noticias de él, y aun cuando habia llevado á su hija hácia el convento de franciscanos, por más que habia mirado á todas partes, no habia visto á su amante.

Con su padre no podia contar.

XVI.

Era tal la afliccion del pobre anciano, tal el ódio que sentia hácia el seductor de su hija, que era probable que al reconocer á Américo Vespucio, olvidándose de su amor, de su edad, le provocara, aumentando el conflicto.

Trascurrieron algunos meses más, y al final de cada uno de ellos las terribles palabras de don Alfonso resonaban en el oido de Esperanza, que veia acer-

carse con horror el término fijado para su separación de la niña.

XVII.

Cada día le era más doloroso aquel momento en que debían arrebatárle el único consuelo de sus desventuras.

En este tiempo nada supo de Américo.

El infeliz no había podido resistir la dolorosa situación en que estaba, y había caído enfermo de mucha gravedad.

Durante cuarenta días, había estado luchando entre la vida y la muerte.

XVIII.

Al cabo de este tiempo se había desmejorado de tal modo, que los frailes franciscanos que le asistieron se le llevaron á la fuerza á las montañas para que recobrase la salud.

Apenas se restableció volvió á la aldea, resuelto á jugar el todo por el todo.

Una fatal coincidencia realizó entonces su más vivo deseo.

XIX.

Américo volvía á pié desde las montañas hasta el convento de franciscanos, y aun estaba en el camino, cuando oyó el toque de ánimas en la iglesia del convento.

La noche estaba oscura, y el viento, desencadenado, producía un sordo rumor al agitar las ramas de los árboles.

Todo permanecía en silencio, y al llegar á un recodo del camino vió Américo de pronto un resplandor siniestro en la aldea donde vivía su amada.

XX.

Poseído de una ansiedad febril, apresuró el paso, y al acercarse notó que el fuego era en la misma casa de Esperanza.

Pero nadie había reparado en él, porque todos los vecinos de la aldea estaban entregados al sueño.

Al acercarse Américo á la casa oyó terribles gritos.

Era la madre, que pugnaba por salvar á su hija, y se veía envuelta en llamas.

XXI.

—Valor, valor,—gritó Américo con todos sus pulmones para que le oyera Esperanza.

Inmediatamente corrió á pedir auxilio, y apoderándose de una piqueta, con otros varios aldeanos, no tardó en abrir camino para que salieran de la casa los habitantes de ella, siendo el primero que llegó hasta la habitación donde estaba Esperanza.

XXII.

—Valor, esposa mia, soy yo; Dios ha querido que pueda salvarte y salvar á mi hija.

Cuando estuvieron en salvo, buscó Esperanza á su padre y no le halló.

Américo entró, desafiando las llamas, hasta la habitacion del anciano y le encontró sin sentido.

Pidió auxilio, y con ayuda de los aldeanos logró ponerle en salvo.

El infeliz Andrés, al volver en sí, despues de enterarse de lo que habia ocurrido, manifestó su gratitud al desconocido, que le dijo llamarse Gioto.

XXIII.

El incendio pudo apagarse sin gran detrimento de la casa.

Esperanza con su hija se alojó en la morada de un vecino.

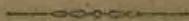
Al volver á su casa, el primer cuidado de Andrés fué visitar á su salvador, que, segun le dijo, habitaba en el convento de franciscanos.

XXIV.

Gracias á esto, pudo Américo, sin ser conocido, ir á casa de Andrés, ver á menudo á Esperanza, y sobre todo acariciar á su hija.

Sólo faltaba un mes para que se cumpliera la sentencia dictada por el marido vengador.

Esperanza y Américo Vespucio lograron verse á solas.



Capítulo VII.

Fin de un drama.

I.

Era la caída de la tarde.

El padre de Esperanza había salido por la mañana, con ánimo de hacer algunas compras, á Florencia, y no debía volver hasta las ánimas.

Américo no quiso durante el día ir á casa de su amada; pero aguardó á que anocheciera, y oculto por las sombras de la noche penetró en su morada.

II.

Al verse á solas, la emoción ahogó las palabras en los lábios de los desgraciados amantes.

Sus ojos derramaron abundoso llanto algún tiempo, y al fin y al cabo, viendo que apenas tenían una

hora para hablar, sacó Esperanza fuerzas de flaqueza y dijo á Américo:

III.

—Hemos sido culpables, y sufrimos el castigo de nuestra culpa. Pero mi mayor pena es que alcance á nuestra hija.

—No alcanzará,—exclamó Américo.—Ella es el lazo que nos une; si la desgracia ha querido que no pueda santificarse nuestra union, un sagrado deber, el de velar por nuestra hija, nos obliga á vivir el uno para el otro.

—Eso no es posible.

—¡Oh! Esperanza, es necesario que hagas ese sacrificio. Soy pobre; pero tengo valor y fuerzas y trabajaré. Cuento con medios suficientes para poder huir de tu esposo; huyamos, vivamos lejos de él, lejos de la morada de todo el mundo, para cumplir el deber que nos ha impuesto Dios al darnos esa hija.

—Por ella no hay sacrificio que no arrostre. Pero ¿no conoces que llegará un día en el que podrá acusarnos? Por otra parte, yo no puedo, yo no debo reincidir. He dado gracias á Dios, porque te ha traído á mi lado, porque has podido ver á tu hija, porque cuando yo muera, que será pronto, podrás velar por su inocencia y prestarle el amparo que necesita.

—¿Así me hablas?

—No quiero engañarte. La herida de mi corazón es profunda, no se cicatrizará nunca; por eso la muerte

que me amenaza es para mí la tranquilidad, el descanso, el perdon.

—¿Y qué será de esa niña sin tí?

—La Providencia se apiadará de ella; yo estoy resuelta á sufrir el castigo que merezco.

—¡Esperanza, por Dios!

—Mi resolucion es irrevocable; aun cuando no lo fuera, pesa sobre mí una sentencia. Mi juez, mi verdadero juez, ha perdonado mi vida, porque no ha querido ser á un tiempo asesino de un sér inocente y de una mujer culpable. Ha respetado á nuestra hija despues de nacer, y me ha dado de término un año para que la alimente á mis pechos. Al cumplirse este plazo, separará de mí á mi hija, y entonces moriré, porque una madre no puede vivir sin corazon, y su corazon es su hijo.

—Yo no consentiré semejante infamia.

—La voluntad de don Alfonso es inviolable.

—Lucharé con él brazo á brazo.

—Si tal haces y perece á tus manos, el remordimiento no te abandonará nunca.

—¿Y crees que he de tener calma bastante para ver que te condena á una muerte horrible?

—He cometido un crimen y necesito expiarle.

—No, no, Esperanza; eso no puede ser. Dios no quiere que una madre sacrifique á su hija. Ella te impone el deber de seguirme, de vivir para ella. Sere-mos, no ya amantes, sino hermanos; seré tu esclavo si lo quieres; pero oye mi consejo, accede á mis súplicas, conserva tu vida para ese ángel que te necesita:

de lo contrario, clavarás un puñal en mi pecho, y entonces tendrá que vivir poco ménos que condenado á la orfandad ese inocente fruto de nuestro entrañable cariño.

IV.

La primera campanada de las ánimas resonó.

—Véte, mi padre vá á volver y no debe sorprendernos.

—No me iré si no accedes á mis ruegos.

—Bien, véte ahora... Ya volveremos á vernos.

Américo no quiso agravar la situacion de Esperanza y se alejó.

Al llegar al convento de franciscanos le llamó el prior.

V.

—Se ha recibido un mensaje,—le dijo,—del duque de Médicis con orden de que vayais á verle inmediatamente á Florencia.

Américo no podia desobedecer aquel mandato.

Se puso en camino, y al dia siguiente se presentó al duque.

VI.

—Os he llamado,—le dijo,—porque ha llegado un emisario de España que quiere veros en nombre del obispo Fonseca. Tal vez se trate de vuestro porvenir, y he creído haceros un servicio al obligaros que abandoneis vuestro retiro.

Américo fué á ver al emisario del obispo.

VII.

Este, valiéndose de muchos rodeos, le preguntó qué tal le habia ido en la colonia, y temeroso Américo de que le obligase á volver á ella, lo cual le desagradaba, aunque le ofrecieran un alto empleo, manifestó los grandes trabajos que habia pasado en su viaje y la dolorosa existencia que habia arrastrado.

VIII.

—Pues bien,—le dijo el emisario;—voy á hablaros con completa libertad. Todos los que han vuelto con vos de aquellos lejanos países dicen lo mismo; todos se quejan amargamente de los grandes apuros que allí han pasado, de lo inútil de las tentativas que hace Colon para adquirir riquezas; y los leales servidores de los reyes, que ven con pena próximos á consumirse en estas estériles empresas grandes tesoros, y lo que es más, la vida de multitud de hombres, desean á toda costa poner en evidencia la verdad y predisponer el ánimo de sus majestades á llamar á Colon, á renunciar á sus ruinosas conquistas y á evitar en lo sucesivo los gastos y las desgracias que están llamadas á ocasionar. El obispo Fonseca, mi señor, es quien con más vehemencia abriga este deseo.

—¿Y qué quereis de mí?

—Una cosa muy sencilla. El testimonio de los españoles puede considerarse como interesado, porque

al fin y al cabo Colon es extranjero, y natural es que desagrade á los españoles que un hombre de otro país alcance la gloria que él y los provechos que se promete. Pero vos sois extranjero tambien, italiano, compatriota de Colon, y vuestro testimonio hacia gran falta, porque todo el mundo debe suponer en vos deseos de favorecer al almirante. Os proporcionaré una crecida suma para que vayais á España, y una vez allí, el obispo Fonseca asegurará vuestro porvenir.

IX.

En aquellas circunstancias era una fortuna para Américo Vesputio la proposicion que acababa de hacerle el emisario de Fonseca.

Con aquella cantidad que le brindaba podia sufragar los gastos del viaje, llevar en su compañía á Esperanza, y una vez allí, bajo la proteccion de un personaje tan importante, librar del castigo á que habia sentenciado el esposo ofendido á la esposa culpable.

X.

Desde luego accedió, y empeñando su palabra formal, firmó un documento, en el que se comprometia á atestiguar todo lo que de palabra habia dicho al enviado de Fonseca.

Recibió en cambio una crecida cantidad, y prometió estar en Búrgos antes de que terminara el mes.

Apenas arregló este negocio, fué á ver al duque de Médicis.

XI.

—Me buscaban,—le dijo,—para enviarme de nuevo á los países descubiertos en medio del Océano. Mi desventura es tanta, que estoy resuelto á aceptar esa oferta, y muy en breve partiré para España.

El duque, que profesaba mucha estimacion á don Alfonso, se alegró de esta determinacion de Américo.

Por su parte, estaba resuelto á influir cerca del esposo de Esperanza para que disminuyera la crueldad de su castigo.

XII.

Mientras Américo volvió al convento de franciscanos, el duque de Médicis llamó á don Alfonso.

Cuando estuvo á su lado, imploró su perdon en favor de Esperanza.

El anciano, con lágrimas de una inmensa amargura, se negó á acceder á sus deseos.

XIII.

—No intercedais por ella,—le dijo;—á pesar de su crimen, cada dia es más grande el amor que le profeso.

Yo no atentaré contra su vida.

Tambien os aseguro que el fruto de su amor criminal será considerado por mí. Ya he hecho mi testamento, y he asegurado el porvenir de esa pobre niña.

Pero es imposible que viva al lado de su madre: este ha de ser su castigo, su atroz castigo.

Dentro de breves dias termina el plazo que le he dado para que la alimente con su sangre.

Dominando la emocion, sofocando el afecto, yo mismo iré á separarla, yo mismo arrebataré á la hija del seno de su madre.

Esperanza pasará el resto de sus dias en un convento.

Su hija hallará una familia, y con ella los cuidados, los desvelos que pierda faltando su madre.

Yo haré que sea tan feliz como desgraciado he sido yo.

XIV.

Tales eran las intenciones de don Alfonso, al mismo tiempo que Américo Vespucio procuraba acercarse á Esperanza para revelarle las proposiciones que le habian hecho, y ofrecerle los medios de abandonar á Italia, y regresar á España á vivir consagrada al amor de su hija.

Una nueva entrevista de los amantes obligó á Esperanza á engañar á Américo.

Estaba resuelta á no huir, á sufrir el castigo; pero al ver la vehemencia del desgraciado padre, al convencerse de que estaba dispuesto á jugar el todo por el todo, le ofreció disponerse á partir con él en un dia dado.

Américo confió en su palabra.

XV.

Dos días antes se presentó don Alfonso en la casa de Andrés.

—Hoy cumple un año nuestra hija,—dijo á Esperanza.—Ha terminado el plazo que os concedí para que viviérais con ella; dadle el último beso.

Esperanza sintió que se agolpaban las lágrimas á sus ojos.

Pero habia resuelto presentarse con entereza á su marido, é hizo que sus pupilas devorasen las lágrimas. Permaneció impasible.

XVI.

—Dad el último beso á vuestra hija,—exclamó don Alfonso.

—Ya me he despedido de ella,—contestó Esperanza.

Don Alfonso cogió á la niña en brazos, y se detuvo en presencia de su esposa.

La niña lloraba, porque queria volver al lado de su madre.

La llamaba, y parecia comprender lo que pasaba, á juzgar por la tristeza de su llanto.

Aquello era el colmo del martirio.

XVII.

Esperanza se ahogaba, pero aun resistia.

—¡Que Dios os perdone!—dijo don Alfonso.
Y partió, llevándose á la niña.

Al verse sola quiso llorar Esperanza, quiso exhalar un gemido; pero era tarde.

Dió un paso, y fué á caer en los brazos de su padre, que habia entrado en aquel momento á consolar á su hija.

Andrés la sostuvo y comenzó á dar voces.

Don Alfonso no podia oirla ya.

Habia partido.

XVIII.

Al poco rato llegaron algunos vecinos, y entre todos colocaron en el lecho á Esperanza.

Su padre tocó su frente.

Estaba helada.

Acercó el oido á su corazon y no latia.

Esperanza habia muerto.

XIX.

Al dia siguiente las campanas del convento de franciscanos tocaban á muerto.

Américo fué instintivamente hácia la aldea.

Desde lejos vió que cuatro hombres llevaban un ataúd, y que detrás de ellos iba un anciano.

Era el padre de Esperanza.

XX.

Inmediatamente corrió á casa del anciano.

La casa estaba desierta.

Sobrecogido por un insólito temor, permaneció allí Américo, sin darse cuenta de lo que le pasaba.

Poco despues volvió el anciano y entró en la habitación donde estaba el jóven sin reparar en él.

XXI.

—¿Y Esperanza?—preguntó Américo.

El anciano fijó en él una mirada horrible.

Levantándose de pronto y cogiéndole la mano, le dijo á media voz:

—¡Ha muerto, su esposo la ha asesinado!

Y acompañó la última palabra con una carcajada histérica, que heló la sangre en las venas del infortunado amante.

—¿Y su hija?

—¡Su hija! ¿Quién sabe dónde está?

Y enfureciéndose:

—Huye, huye de aquí,—añadió,—si no quieres morir á mis manos.

XXII.

Américo comprendió todo lo que pasaba.

Saliendo inmediatamente de casa de Andrés:

—Se ha vuelto loco,—dijo á los que encontró al paso.

Y corrió apresuradamente á Florencia.

Resuelto á averiguar el paradero de su hija, llegó á casa de don Alfonso.

XXIII.

Preguntó por él.

—Ha partido hace dos días,—le dijeron,—y no ha vuelto.

Aguardó á que volviese una semana, dos, y no volvió.

Tenia recursos para poder comprar á los confidentes de don Alfonso, y los empleó con este objeto.

Al fin de muchas pesquisas, pudo saber que don Alfonso habia enviado la niña á un pueblo de la montaña de Luca.

Iba á salir á buscarla, cuando un hombre le detuvo en la calle.

Al verle se estremeció.

Era el emisario del obispo Fonseca.

XXIV.

—Faltan ocho días,—le dijo,—para que se cumpla el plazo. Empeñasteis vuestra palabra de honor de que iriais á España á poner os á las órdenes del obispo. Os entregué una cantidad, y firmásteis un documento. Si no partís, tendré que delataros como un estafador.

—Yo cumpliré mi palabra,—dijo Américo.

—No teneis tiempo.

—Os juro que cumpliré mi palabra.

Y partió para Luca.



Capítulo VIII.

El peregrino.

I.

Don Alfonso tenía una heredad en uno de los risueños prados que hay entre las montañas más próximas á Luca.

Un matrimonio jóven cuidaba de su hacienda.

Al dia siguiente de la muerte de Esperanza se presentó con la niña á sus colonos.

II.

—Vengo á pedir os un favor,—les dijo,—en pago del cual labraré vuestra fortuna.

La jóven, que se llamaba Teresina, dotada de una gran penetracion, comprendió desde luego que un inmenso pesar laceraba el corazon de don Alfonso.

Al ver la niña que llevaba en sus brazos, sintió vivos deseos de acariciarla, porque era encantadora.

Pero se contuvo, y deseosa de saber lo que ocurría, se atrevió á dirigir la palabra á don Alfonso.

III.

—Hablad, señor,—le dijo;—ya sabeis que somos vuestros servidores.

—Esta pobre criatura,—dijo don Alfonso,—ha perdido á su madre, que era mi esposa, y vengo á confiárosela para que cuideis de ella hasta que yo vuelva á reclamárosela.

—Con alma y vida la cuidaremos,—dijo Teresina,—y no dudeis, señor, que á nuestro lado vivirá muy dichosa.

Tambien nosotros tenemos una hija, que debe llevarle muy poco tiempo.

Las dos crecerán juntas, y os aseguro que nuestra gratitud es tal, que antes velaremos por esa niña que por la nuestra.

IV.

—Todos los meses recibireis una pension,—prosiguió el anciano,—y desde luego os liberto de pagar el arrendamiento de la heredad.

—¡Cuán bueno sois!

—Pero habeis de cuidar de esta niña con el mayor esmero. Toda mi fortuna es para ella. Al asegurar su porvenir, aseguraré el de vuestra hija.

—Y vos, señor, ¿volveis á España?

—No; yo permaneceré en Florencia. Todos los

meses vendré á veros. Si Dios dispone de mí, dejaré á una persona encargada de continuar dándoos la pensión y de entregar á esta niña cuando llegue á los diez y seis años toda mi fortuna.

—¿Cuál es su nombre?—preguntó Teresina.

—Su nombre es Esperanza.

Don Alfonso entregó un bolsillo de dinero á la aldeana, depositó en sus brazos á la niña, y partió.

V.

Cuando llegó Mauricio, el esposo de Teresina, le comunicó esta lo que habia pasado, y uno y otro consideraron como una suerte el que don Alfonso hubiera pensado en ellos para confiarles su hija.

Don Alfonso volvió á Florencia, y allí supo la muerte de su esposa.

La amaba de verdad.

Su dolor fué inmenso.

Hacia ya tiempo que no lloraba, y sin embargo, sus ojos se inundaron de lágrimas.

VI.

Una idea cruzó por su imaginacion.

Cerca de Luca, cerca también de su heredad, habia un convento de camaldulenses.

Para buscar alivio á sus penas, buscó los brazos cariñosos de la religion.

Su único afán, á partir de aquel momento, fué en-

contrar un asilo en aquel convento, desde el cual podia velar por el único recuerdo que le habia dejado su esposa, recuerdo que, aunque doloroso, era un consuelo para él.

La niña era el retrato de su madre.

VII.

Trascurrieron algunos dias, y Teresa y Mauricio cuidaban con el mayor esmero á aquella niña, que debia ser más tarde hermana y protectora de su hija.

Una noche, despues del toque de ánimas, oyeron golpes en la puerta de la heredad.

VIII.

—¿Quién es?—preguntó Mauricio, asomándose á la ventana.

—Un pobre peregrino que vá á Roma,—dijo una voz;—os agradeceria me admitiéseis en vuestra casa para pasar la noche. Estoy cansado, tengo necesidad, y os ruego que os apiadeis de mí.

—Esperad un poco, hermano,—dijo Mauricio;—voy á abrir la puerta.

Aun no se habian acostado.

Hicieron entrar al peregrino en su hogar, y condolidos de su desgracia le ofrecieron una abundante cena.

IX.

—Dispensadme,—les dijo el peregrino;—yo me

dirigia hácia el convento, que segun me han indicado, está cerca de aquí. Pero la noche está muy oscura, he temido perderme; además me faltaban fuerzas para andar, y por eso he implorado vuestra proteccion.

—Habeis hecho bien, —contestó Teresina;— en nuestra casa, aunque somos pobres, partimos cuanto tenemos con los necesitados.

—¡Dios os bendiga!

—Ya nos colma de bondades.

—¿Sois dueños de esta heredad?

—¡Oh! no; pero bien puede decirse que lo somos, porque aun cuando no es nuestra, nuestro amo es tan generoso, que nos deja disfrutar de ella sin exigirnos remuneracion.

—Ese es un premio que os dá el cielo por las virtudes que atesorais. Pero aún sois jóvenes,—añadió el peregrino,—¿cómo podeis vivir tan apartados del mundo?

—Somos felices, y no necesitamos más bienestar que el que aquí tenemos.

—¿Eso quiere decir que sois marido y mujer?

—Para lo que gustéis mandar, hermano.

—¿Y no teneis hijos?

—Sí,—contestó Mauricio.

—Tenemos dos,—se apresuró á decir Teresina.

—¿Dos ya?

—Sí, dos niñas gemelas.

El peregrino se sorprendió.

X.

Después de cenar:

—Estareis muy cansado,—dijo Mauricio;—voy, voy á llevaros á vuestro aposento.

—En cualquiera parte pasaré la noche:

—¡Pues no faltaba más! Tenemos cama para los huéspedes, y no os vendrá mal dejar caer vuestro cuerpo sobre un mullido lecho.

—Ese es demasiado lujo para los pobres peregrinos como yo.

—Todos los hombres somos hermanos. Justo es que los que tienen den á los que no tienen.

XI.

Mauricio llevó al peregrino á una habitación aislada de la casa, en donde habia un cómodo lecho, y dejándole allí, se retiró á dormir.

—¿Qué es esto, Dios mio?—se preguntó Américo, que como habrán comprendido mis lectores, este era el peregrino.—¡Dos hermanas gemelas!

Eso no puede ser; sin duda alguna tenían una hija, don Alfonso les ha encargado que oculten á todo el mundo el origen de la niña que les ha confiado, y han convenido en decir que son gemelas.

Pero si se obstinan en afirmarlo, y yo no encuentro medios de hacerles confesar la verdad, aun cuando logre realizar mi deseo, ¿no puedo equivocarme,

no puedo apoderarme de su hija y dejar en el abandono la mía?

¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio, inspiradme en esta situación!

XII.

El resto de la noche le pasó en el insomnio.

Pidió á su imaginacion los medios de resolver aquel difícil problema, y aunque habia visto algunas veces á su hija, aunque procuraba componer en su memoria las facciones, los detalles más insignificantes de aquella hermosa niña, era tan difícil no equivocarla, que desesperado y cediendo al cansancio, más bien dominado por el sapor de la fiebre que por el sueño, quedó dormido.

XIII.

Al dia siguiente estaba el sol en medio de su carrera, y todavía no se habia presentado en el hogar el peregrino.

Dos ó tres veces habia entrado en su habitacion Mauricio, y le habia hallado en aquella especie de aletargamiento.

Temiendo que estuviera enfermo, se atrevió al fin á despertarle.

XIV.

—¿Os encontráis mal?—le preguntó.

—Sí,—dijo Américo;—yo no sé lo que siento, pero mi pulso arde.

—Quedáos en el lecho.

—No, necesito partir.

—De ningun modo. ¡Pues no faltaba más, que estando enfermo os pusiérais en camino!

—¡Harto me habeis favorecido! Yo no debo abusar de vuestras bondades.

—No hay tal abuso. Quedáos aquí, os lo suplico. Por mi parte, os aseguro que no os dejaré marchar hasta que esteis completamente restablecido.

—¿Cómo podré pagaros tanta generosidad?

—Accediendo á mis ruegos y dejándoos cuidar.

XV.

Poco despues entró Teresina, llevándole una taza de un rico caldo y un vaso de un viño añejo, capaz de dar vigor á los más débiles.

Por la tarde estaba la aldeana en la puerta de su casa, bajo el emparrado, mirando una cuna, en la que estaban las dos niñas.

XVI.

El peregrino la sorprendió.

Pero mucho antes de que se apercibiese de su presencia, habia estado Américo desde la puerta contemplando á las dos niñas y experimentando las consecuencias de la lucha que la incertidumbre habia hecho estallar en su alma.

XVII.

—¿Cómo es eso,—dijo Teresina,—os habeis levantado?

—Sí; me siento mejor y deseo partir.

—De ningun modo. Me ha encargado mi esposo que no os deje marchar hasta que esteis completamente bueno.

—En ese caso obedeceré sus órdenes. Pero dejadme que contemple á vuestras hijas, ¡qué hermosas son!

Y al pronunciar esta frase se le ocurrió una idea.

XVIII.

—No pueden negar que son hermanas,—añadió.

—¿No es verdad que no?—dijo Teresina.

—Tienen todo el aire de familia; sin embargo, hay una cuyos ojos son más espresivos.

—¿Cuál, cuál de las dos?—preguntó Teresina.

—Esta,—repuso Américo, señalando á una de las dos, y observando al mismo tiempo la impresion que producía en la aldeana.

—¡Ah! Sí; teneis razon,—exclamó ébria de alegría.—Efectivamente, no lo habia reparado; pero Marieta tiene los ojos más azules, más vivos.

—La otra es mi hija,—pensó Américo, grabando en su alma las facciones de Esperanza.

Teresina cogió en brazos á Marieta y la acarició con entusiasmo.

No bien habia bajado la cuesta que separaba la heredad del camino:

— Valor, — se dijo Américo; — no tengo tiempo que perder. Ha ido al pueblo, y yo puedo tomar por distinto camino. He estudiado perfectamente los atajos que me pueden conducir inmediatamente á Luca. Mauricio puede venir... Voy á pagar las bondades, la hospitalidad de estas pobres gentes cometiendo un crimen; pero el deber es antes que todo: necesito salvar á mi hija, llevarla á mi lado, consagrarle mi vida.

XXII.

Y cogiendo precipitadamente á Esperanza, trazó en un papel estas líneas, que dejó sobre la cuna:

«No busqueis á la niña que os falta. Los esfuerzos que hagais para encontrarla serán inútiles.»

XXIII.

Mirando á todas partes, temeroso de que le sorprendieran, se alejó de la heredad, se refugió en un bosque hasta que fuera de noche, y aprovechándose de la oscuridad, avanzó, poseído de un inmenso temor, llegando poco antes de amanecer á Luca.

Antes de entrar en la ciudad abandonó su traje de peregrino y pidió alojamiento en un meson.



XIX.

No habia duda.

Aquella era su hija.

Si la madre no hubiera estado tan entusiasmada con su vástago, habria notado las lágrimas que la emocion hacia asomar á los ojos de Américo.

La suerte no tardó en favorecerle más aún.

XX.

—Mucho tarda Mauricio,—dijo la aldeana.

—¿Le necesitáis para algo?

—Para que se quede en casa cuidando de las niñas. Yo tengo que ir al pueblo á hacer algunas compras, y no quisiera volver de noche.

—Pues id sin miedo,—dijo Américo;—yo me quedaré aqui con ellas y no les faltará nada.

—Casi estoy tentada de seguir vuestro consejo.

—Hacedlo,—dijo Américo.

—Sí, voy en un momento, y si viene Mauricio podeis decirle que os he dejado al cuidado de las niñas; yo no tardo ni media hora.

XXI.

Teresina dió un beso á su hija, otro á Esperanza en seguida, para que no notara el peregrino su predileccion, y luego volvió á dar otro beso á Marieta.

No bien habia bajado la cuesta que separaba la heredad del camino:

— Valor,— se dijo Américo;—no tengo tiempo que perder. Ha ido al pueblo, y yo puedo tomar por distinto camino. He estudiado perfectamente los atajos que me pueden conducir inmediatamente á Luca. Mauricio puede venir... Voy á pagar las bondades, la hospitalidad de estas pobres gentes cometiendo un crimen; pero el deber es antes que todo: necesito salvar á mi hija, llevarla á mi lado, consagrarle mi vida.

XXII.

Y cogiendo precipitadamente á Esperanza, trazó en un papel estas líneas, que dejó sobre la cuna:

«No busqueis á la niña que os falta. Los esfuerzos que hagais para encontrarla serán inútiles.»

XXIII.

Mirando á todas partes, temeroso de que le sorprendieran, se alejó de la heredad, se refugió en un bosque hasta que fuera de noche, y aprovechándose de la oscuridad, avanzó, poseído de un inmenso temor, llegando poco antes de amanecer á Luca.

Antes de entrar en la ciudad abandonó su traje de peregrino y pidió alojamiento en un meson.



Capítulo IX.

La resolución de un padre.

I.

Mauricio volvió á su casa antes que su esposa, y extrañó mucho ver en la cuna á su hija, y no hallar á Teresina.

—Habrá ido al pueblo. Yo he tardado más de lo que pensaba, y habrá encargado al huésped que tenga cuidado de la niña. Pero ¿y la otra? ¡Bah! Se la habrá llevado.

Y se encaminó á la habitacion del peregrino para ver cómo estaba.

II.

Su sorpresa creció al ver que habia desaparecido. Volvió á la cuna y halló un papel.

No sabia leer; pero extrañó mucho encontrar aquel objeto.

Poseído de la más viva ansiedad, se alejó de su casa para salir al encuentro de su esposa.

La descubrió á lo lejos, y vió que volvía sola. Su ansiedad se aumentó.

¿Qué habria sido de la niña que faltaba?

Teresina volvía muy de prisa.

III.

—¿Estabas con cuidado?

—Sí, con mucho cuidado,—dijo Mauricio.—¿En dónde está Esperanza?

—¿Esperanza? La he dejado en la cuna al marcharme.

—¿En la cuna?

—Sí, con nuestra hija. El peregrino se ha quedado cuidándolas.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué desgracia tan grande pesa sobre nosotros! La niña ha desaparecido.

—¿Marieta?

—No, Esperanza.

—¿Y el peregrino?

—Tambien.

—No puede ser.

—Cuando yo he llegado estaba nuestra hija en la cuna.

—¿Sola?

—Sí, sola. Fui á buscar al peregrino, y no le hallé. Volví á la cuna, y encontré en ella este papel. Es necesario correr inmediatamente al convento para que

lo lea alguno de los frailes. Sí, sí; voy en seguida.

IV.

—Detente,—dijo de pronto la aldeana.—Si el peregrino nos ha robado á esa niña, no ha sido por cuenta suya, sino enviado por alguien; sin duda por algun enemigo de nuestro amo.

—Tienes razon.

—Habrá meditado muy bien su plan, y cuantas tentativas hagamos para encontrarla serán inútiles.

—Tal creo.

—Don Alfonso al saberlo se indignará, nos arrojará de la heredad, y quedaremos sumidos en la miseria.

—¿Y qué hacer?

—Una idea se me ha ocurrido.

—Habla, habla por Dios, que no sé lo que me pasa.

V.

—Vé al convento en seguida,—dijo Teresina,— y allí... Se trata del porvenir de nuestra hija, Mauricio, y es necesario que finjamos.

—No adivino cuál es tu plan.

—Oye; vas al convento, te muestras apesadumbrado, dices que nos han robado á nuestra hija y que han dejado este papel, cuyo contenido no sabes descifrar.

Apenas te lo lean, si explica, como creo, las cau-

sas que han motivado al peregrino á arrebatarnos á esa niña, tú te lamentas del error que le ha inducido á apoderarse de nuestra hija en vez de la otra, y en seguida vamos á ver á don Alfonso, le contamos lo que ha pasado, le decimos que han querido robar á su hija, y que se han engañado llevándose la nuestra.

Le pedimos por Dios que emplee todos los medios posibles para devolvernos á nuestra Marieta, y si no se halla al fin, creerá que nuestra hija es la suya, y al ménos, aunque nuestra conciencia sufra, tendremos la satisfaccion de ver feliz á este ángel á quien hemos dado el sér.

—¿Pero tú crees que no la reconocerá?

—¡Oh! no, es imposible. Las dos tienen la misma edad, se parecen mucho; y no la reconocerá, porque le haremos creer en nuestra ficcion.

VI.

Mauricio siguió al pié de la letra el consejo de Teresina.

Llegó al convento de camaldulenses, preguntó por el prior, se presentó á sus ojos consternado, hizo que le leyese aquel papel, y despues de saber su contenido, se lamentó del error que le habia privado de su hija.

VII.

Inmediatamente volvió á su casa, y aquella misma noche se pusieron los dos en camino con Marieta, y llegaron á Luca antes que Américo.

Tan bien desempeñaron su papel cerca de don Alfonso, que este dió crédito á sus palabras; y deseoso de calmar su dolor, al mismo tiempo que de satisfacer su indignacion, al ver que habian querido robarle á su hija, puso en juego todos los medios para que se buscara al raptor de la niña.

VIII.

Américo oyó á cosa de las nueve de la mañana gran ruido de tambores.

Se asomó á la ventana, y vió que la muchedumbre acudia á una plaza.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Es el pregonero,—le dijo un mozo de la posada.

—¿Y qué pregona?

—Segun parece, ha sido robada una niña en una de las heredades de la montaña, y el preboste ofrece diez florines de recompensa al que prenda al ladron.

IX.

No habia terminado el mozo de decir estas palabras, cuando cruzó una idea por su mente.

Recordó que Américo Vespucio habia llegado aquella mañana con una niña, y sin decirle nada se dirigió al palacio de la autoridad.

Américo se vió en un gran apuro.

Asomado á la ventana estaba, cuando vió partir al criado.

X.

No había pasado un cuarto de hora, cuando se presentaron en el meson algunos arcabuceros con el preboste, don Alfonso y Mauricio.

Preguntaron al mesonero si había llegado á hospedarse allí aquella mañana un hombre con una niña de poco más de un año.

El mesonero contestó afirmativamente.

Le dieron las señas del peregrino, y él contestó que peregrino no era el que había llegado á su casa con la niña.

XI.

—De todos modos, es necesario verle.

—Suban vuestas mercedes,—dijo.

—¿Está?

—Yo lo creo que está. Desde que ha llegado esta mañana no ha salido.

—En ese caso, entremos.

XII.

El preboste tomó todas las precauciones para que no pudiera escaparse.

Llamaron á la puerta, y nadie respondió.

—Estará durmiendo,—dijo el mesonero.

—Llamad más fuerte.

Volvieron á llamar, y el mismo silencio.

XIII.

—Echad la puerta abajo,—dijo el preboste.

Los arcabuceros, con las culatas de sus arcabuces, no tardaron en obedecer aquella órden.

Al entrar vieron la habitacion desierta.

Sobre una mesa hallaron un papel.

Don Alfonso lo leyó inmediatamente.

Era de la misma letra del otro que habia encontrado en la cuna Mauricio.

XIV.

«He robado á la niña, decia aquel documento, porque creia que era la hija de don Alfonso Orlini, y espero obtener por ella una crecida cantidad.

»He sabido mi error, y cuando este papel caiga en manos de la justicia, habré vuelto á conducir á su casa á la niña, para poder librarme del castigo que me aguarda.

XV.

—Corramos inmediatamente á la montaña,—dijo don Alfonso.

Y montando á caballo con el preboste y algunos guardias, se dirigieron á su heredad.

Américo Vespucio habia logrado evadirse por la ventana que daba á un corralon, y se habia guarecido en una casa inmediata, pidiendo á una mujer que habitaba en ella que le ocultase.

XVI.

Una vez en salvo, tomó sus medidas para poder evadirse y emprender cuanto antes su viaje á España.

Antes de partir, la mujer que le habia ofrecido un asilo le dió una noticia, que disminuyó la alegría que experimentaba por haber recogido á su hija.

XVII.

Supo por ella la superchería de los aldeanos, supo tambien que don Alfonso, creyendo que era su hija la niña que habia que lado en poder de Mauricio y Teresa, habia resuelto darla toda su fortuna.

—¿Qué es lo que he hecho?—pensó Américo.—La he condenado á la pobreza, la he arrebatad• las riquezas que como una compensacion por la pérdida de su madre pensaba ofrecerle su enemigo.

¡Oh! ahora más que nunca necesito trabajar, sacrificarme con el objeto de recuperar para ella lo que ha perdido.

Volvamos á España.

Allí me esperan para comprar mi testimonio; á todo estoy dispuesto: si es preciso mentir, mentiré; si es preciso sacrificar la honra y la vida para labrar el porvenir de mi hija, la sacrificaré.

XVIII.

Aquella noche partió de Luca á favor de la oscuridad, y se dirigió al puerto de mar más inmediato.

Allí tomó pasaje para Génova, desde Génova se dirigió á Barcelona, y llegó á Búrgos, precisamente en los momentos en que más necesaria era su presencia.

XIX.

Antes de pasar adelante veamos qué causas habian motivado la llegada de Bartolomé Colon á la Isabela, y qué habia sido de este hermano predilecto del almirante durante el tiempo que habia permanecido ausente de él.



Capítulo X.

Ardides femeniles.

I.

Dejamos á Bartolomé Colon, cuando en sus mocedades, creyéndose engañado por Estela, la aldeana de los alrededores de Génova, á quien amaba, deseoso de convencerse de la infidelidad de la jóven, fué por la noche, la vispera del dia en que tenia que embarcarse con su tio y su hermano, á casa de la jóven, y ella, empleando todas sus artes femeniles, logró que no partiera.

II.

Cristóbal fué, como recordarán mis lectores, á ver á la jóven, que segun le habia dicho la buena mujer que le habia obligado á salir de Génova, se habia escapado con su amante, y la encontró tranquila en su morada.

Al preguntarle por su hermano, le aseguró que no le había visto, y entonces fué cuando el futuro descubridor del Nuevo Mundo volvió á ponerse en camino con direccion á la ciudad, oyó el cañonazo de leva, que indicaba la partida del buque, encontró á Diego, le pidió explicaciones, las obtuvo, riñó con él, y corriendo precipitadamente á una lancha, pudo alcanzar el buque que mandaba su tío.

III.

Estela le habia engañado.

Bartolomé habia ido á su casa, le habia pedido explicaciones de su conducta, y Estela habia logrado tranquilizarle.

—Pero vas á partir mañana,—añadió con sentimiento.

—Si, no tengo más remedio; he empeñado mi palabra.

—¿Es ese el cariño que me profesas?

—Te quiero tanto, deseo tanto tu felicidad, que voy á partir sin más objeto que asegurar nuestro porvenir. En estas expediciones suelen los buques genoveses encontrar á los corsarios de Berbería, luchan con ellos, y si se apoderan de sus embarcaciones, el premio del botín compensa los peligros á que se exponen los audaces marinos que provocan sus iras.

—Si algo vale mi amor, te suplico que no partas,—dijo la jóven.

IV.

Bartolomé pidió recursos á su imaginacion para convencerla, y viendo Estela lo inútil de sus ruegos, recurrió á la astucia.

—Si es ya cosa resuelta, vé, por más que yo quede muy afligida.

—Yo te aseguro que volveré.

—¡Dios sabe!

—Tu recuerdo me dará valor para luchar, y venceré.

—¿Y cuándo es la partida?

—Mañana al romper el alba.

—¿Esto más?

—No hay remedio; apenas amanezca tenemos que estar todos en el buque, porque el primer rayo del sol coincidirá con el cañonazo de leva.

—¿Y piensas separarte de mí pronto?

—Ahora mismo; tengo necesidad de prevenir aún muchas cosas.

Estela jugó el todo por el todo.

V.

—Cenemos antes,—le dijo.

—Es que no puedo detenerme.

—¿Te pesa tanto robar una hora al sueño para mí?

—No, mujer; sea tu voluntad.

Estela puso la mesa y Bartolomé se sentó.

La jóven le sirvió un jarro de vino, y puso á su lado otro de agua.

Preparada de antemano, habia echado en el vino un narcótico; obligó á Bartolomé á que bebiera, y este, al terminar la cena, se encontró mal.

VI.

—Me siento muy cansado,—dijo;—tengo sueño.

—¿Por qué no descansas un momento?

—¡Oh! No, quiero partir... ¡qué pesadez! Parece que me arden las sienas.

—Eso se pasará pronto; descansa un rato.

—Si, creo que debo hacerlo. No sé lo que me pasa.

VII.

Maquinalmente se dirigió á un aposento inmediato, dejándose caer sobre un lecho.

—¡Ya es mio!—exclamó Estela.

Y cerrando la puerta de la habitacion, se disponia á su vez á descansar, cuando llegó Cristóbal.

Respondió á sus preguntas con la mayor serenidad, y no tardó en convencerle de que no estaba allí su hermano.

Al dia siguiente, despues de diez ó doce horas de un sueño profundo, despertó Bartolomé.

Al despertar halló á su lado á Estela.

VIII.

— Debe ser ya muy tarde, — exclamó Bartolomé, — Tal vez me esperan en el puerto; voy á partir.

— Es inútil que vayas; la embarcacion ha partido.

— ¿Qué dices? — exclamó Bartolomé, incorporándose en el lecho.

— Has dormido mucho tiempo. He querido despertarte muchas veces; pero mis esfuerzos han sido inútiles.

— ¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué es lo que he hecho!... Pero no puede ser.

Y levantándose,

— Voy á ver si aún es tiempo.

Y sin oir los ruegos de la jóven, partió á Génova.

IX.

Allí se convenció de que Estela no le habia engañado.

¿Cómo volver á presentarse á su tio?

¿Qué pensaria de él?

Estas consideraciones le entristecieron sobremanera, y notándolo Diego, su hermano, hizo lo que habia hecho con Cristóbal: le reveló la verdad.

Se habia puesto de acuerdo con Estela para impedir su marcha.

X.

Al saber la verdad, se indignó contra la jóven y contra su hermano.

Aprovechando la salida de una de las carabelas que iban con rumbo á España, se embarcó sin decir nada á nadie, resuelto á realizar su propósito de hacer fortuna; para volver, y perdonando á la jóven, hacerla su esposa.

XI.

A los dos dias de navegacion fué la carabela apresada por un corsario berberisco y cautivados todos los que iban en ella.

Conducido á Argel, permaneci6 dos años en el cautiverio, sufriendo toda clase de penalidades, y sin atreverse á dar cuenta á su padre ni á su tio de la situacion en que se hallaba.

Al primero, por no martirizarle poniéndole en la triste situacion de ver que no contaba con recursos para obtener su libertad; y al segundo, porque despues de la falta que habia cometido, le creia indignado contra él.

XII.

Al cabo de dos años los misioneros le libraron con otros cuantos, y volvió á Génova deseoso de ver á Estela, á quien no habia olvidado un solo instante, y á quien amaba con más vehemencia que nunca.

Sus esperanzas debian frustrarse.

Al llegar halló dos tumbas.

La de su padre.

La de Estala.

Su hermana Marieta se habia casado con un ope-

rario de la casa, y no encontró más que á Diego.

XIII.

Los dos hermanos al verse, olvidando antiguos rencores, se estrecharon, y Bartolomé, teniendo noticias de que su hermano Cristóbal estaba en Portugal, se dirigió á Lisboa con ánimo de verle.

Despues de buscarle durante algun tiempo, logró encontrarle en los momentos en que comenzaba á acariciar su idea de hallar un nuevo y directo camino á la India.

XIV.

Inteligente marino, entre ambos estudiaron bajo todos los puntos de vista la cuestion, y Bartolomé no tardó en participar de las esperanzas de Cristóbal.

Como Cristóbal estaba pobre, y vivia del escaso producto que le proporcionaban los mapas que hacia y los globos que fabricaba, Bartolomé, aguardando mejor ocasion, logró que le admitieran en un buque portugués, é hizo algunos viajes hácia la costa de Africa.

XV.

A su vuelta aumentó las esperanzas de Cristóbal con los datos que le llevó.

Convencido de que podia realizar su propósito, necesitaba la proteccion de un soberano.

Bartolomé, á quien no se ocultaban las dificult-

tades que encontraría para alcanzar la protección del rey de Portugal, deseoso de facilitar á su hermano los medios que necesitaba, salió en un buque con dirección á Inglaterra, resuelto á implorar en favor de su empresa el auxilio del soberano de la Gran Bretaña.

XVI.

También tuvo la desgracia en aquel viaje de encontrar un corsario, que trató de apoderarse de los tripulantes de su navio.

Se trabó una pelea encarnizada, y herido, aunque levemente, cayó en poder del corsario.

Resuelto á morir antes que volver al cautiverio, ideaba los medios de encontrar la muerte, cuando en las costas de Berberia estalló una espantosa tempestad, y el huracan, agitando el buque corsario, como si fuera una paja, le llevó á gran distancia, haciéndole encallar en una costa.

Todos los prisioneros fueron abandonados por los berberiscos.

XVII.

Los cautivos visitaron la playa y vieron que era una isla completamente deshabitada.

El temor de que volvieran á buscarlos los sarracenos les hizo resolverse á morir antes de consentir que pusieran á su cuello la cadena del esclavo.

Alimentáronse con las provisiones que les habian dejado, y á los pocos dias vieron á lo lejos una embarcacion.

XVIII.

—Son nuestros enemigos que vienen á buscarnos,— exclamó uno de ellos.

—Ha llegado el momento de realizar nuestros designios.

—Si,—dijo Bartolomé;—pero no debemos buscar la muerte en el suicidio, sino en la lucha. Peleemos con ellos brazo á brazo; si los vencemos nos apoderaremos de su embarcacion y nos salvaremos. Si no, sólo podrán sacar de aquí nuestros cadáveres.

XIX.

El buque fué acercándose á la costa, y al estar próximo, vieron Bartolomé y sus compañeros con inmensa alegría que era una embarcacion portuguesa.

Pidieron auxilio, y media hora despues llegó á la orilla un bote con unos cuantos marineros.

XX.

Era un buque mercante portugués, que habia visto á lo lejos al corsario y habia buscado allí un asilo.

Tomó á bordo á los prisioneros, se dió de nuevo á la vela, pudo evitar la vigilancia del corsario, y diez dias despues llegaron los infelices, que no esperaban más salvacion que la muerte, á las aguas del Tajo.

XXI.

Bartolomé buscó á su hermano.

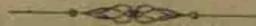
Llegaba tarde.

Cristóbal, desahuciado por el rey de Portugal, habiendo experimentado la terrible pérdida de su esposa Felipa, despues de haber permanecido en la capital algun tiempo, habia partido con su hijo Diego con direccion á España, implorando la caridad pública.

XXII.

Bartolomé estaba tambien en la mayor miseria

En esto supo que iba á partir una pequeña escuadra al mando de Bartolomé Diaz, ilustre marino portugués, con el objeto de hacer descubrimientos, y incorporó á ella.



Capítulo XI.

Donde se cuenta cómo asistió Bartolomé Colon al descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza.

I.

Bartolomé Diaz, obedeciendo al espíritu de la época, iba á buscar los medios de aumentar el tráfico entre la India y Portugal.

Impulsado por los vientos, se dirigió hácia el extremo meridional del Africa, y al cabo de una porcion de dias de navegacion, llegó á descubrir el vasto territorio, á que dió el nombre de Cabo de Buena Esperanza.

II.

Este cabo está situado sobre una superficie de cerca de cinco mil doscientos veinticinco miriámetros cuadrados, y le rodean los países de los namaquas, de los korannas, de los hotentotes y de los cafres.

El mar de las Indias baña al Sur sus orillas, y al Oeste el Atlántico.

III.

Eran sus habitantes completamente salvajes.

Formaban tribus errantes y sin civilizacion de ningun género, y no se unian más que cuando tenian que defenderse de algun enemigo, ó cuando se aprestaban á visitar alguna comarca vecina para saquearla.

De horrible aspecto, de nariz aplastada, de pómulos salientes, de cabello corto y rizado, la expresion de su rostro era siniestra, y en sus facciones se veia pintada la pereza y el vicio.

Las mujeres eran aún más feroces que los hombres.

Unas y otros estaban dotados de una vista y de un oido muy finos.

IV.

Pero carecian de inteligencia.

Eran completamente fieras.

Como los falsos indios que habia descubierto Cristóbal Colon, usaban por armas flechas, vivian de la caza, y una de las cosas más notables que sorprendieron los portugueses en ellos, fué el modo que tenian de cazar los avestruces.

V.

Por medio de contracciones lograban imitar la forma de este animal, y podian acercarse á él.

Al estar á corta distancia le tendian un lazo, le sujetaban, le mataban, y comian su carne asada.

Su idioma, completamente desconocido para los europeos, se formaba de un gran número de diptongos, y consistia en una mezcla de entonaciones guturales, nasales y palato-linguales.

Carecian de organizacion política.

VI.

Para librarse de la intempérie, formaban chozas de paja; y entre otros de los rasgos característicos de sus costumbres, puede citarse el de que cuando una mujer moria dejando un hijo tan pequeño que no podia proporcionarse la subsistencia por sí solo, al quemar el cadáver de la madre quemaban el de la pobre criatura.

VII.

A pesar del gran número de habitantes, aunque de distinta raza, que poblaban aquel territorio, Bartolomé Díaz con los suyos tomó posesion de él en nombre del rey de Portugal, y le dió el nombre de Cabo de Buena Esperanza, porque se prometió que al saber su descubrimiento enviaria el rey numerosas embarcaciones y tropas á dominar aquel país, llamado á favorecer á las embarcaciones portuguesas que comerciaban con la China ó con el imperio del Gran Kan, como entonces se llamaba.

Volvieron, despues de pasar algun tiempo en el

Cabo de Buena Esperanza, los marinos portugueses, y con ellos Bartolomé Colon, ávido del aplauso y del premio que aguardaba hallar en Portugal.

VIII.

Pero sus esperanzas quedaron defraudadas.

Aquel descubrimiento se consideró en la córte de Portugal como poco importante, y aunque más tarde otro portugués, Vasco de Gama, visitó el país conquistado y atestiguó lo que valia, fué tal el abandono en que le dejaron, que pudieron establecerse en él, en el siglo XVII, algunos individuos de la compañía holandesa de las islas orientales, y más tarde los ingleses, en cuyo poder se encuentra hoy.

IX.

El mal éxito de aquella expedicion, la indiferencia de los portugueses para con Bartolomé Diaz, irritó á Bartolomé Colon, y resolvió, suponiendo á su hermano animado de los mismos deseos, emprender de nuevo su malogrado viaje á Inglaterra, para dar cuenta á Enrique VII de los proyectos que abrigaba Cristóbal, y pedirle su apoyo para realizarlos.

X.

Con gran trabajo, y con no escasas privaciones, llegó á Lóndres dos meses despues de su arribo á Lisboa.

Por aquél tiempo, los ingleses, esa nacion que más tarde debia imperar en los mares, estaba, por decirlo así, dentro de su concha.

Pero habia en ellos grandes deseos de abandonar las playas para buscar remotos países.

XI.

La noticia del éxito que habian alcanzado las empresas atrevidas de los portugueses, excitaban al soberano de Inglaterra y á los magnates de la córte para intentar empresas parecidas.

Los portugueses, ó los que habian estado á su servicio en calidad de marinos, gozaban de gran consideracion entre los hijos de la Gran Bretaña.

Sin relaciones de ningun género, llegó Bartolomé á palacio, y con el escaso inglés que habia aprendido, pidió una audiencia al rey.

Apenas supo el soberano que llegaba de Portugal y que era marino, se apresuró á recibirle.

XII.

Al oir su nombre fué mayor la bondad con que le trató, porque por entonces Cristóbal Colon le habia enviado ya un pliego, confiándole sus proyectos y suplicándole su proteccion.

El rey habia contestado con una negativa; pero despues de haber tomado aquella determinacion, habia sentido mucho no entenderse con el marino genovés.

XIII.

La llegada de su hermano podía subsanar aquella falta, y le colmó de las mayores atenciones.

Después de obsequiarle en su mesa y de recibirle hasta con intimidad, habló con él de los viajes que había hecho, y sobre todo del que había emprendido con Bartolomé Díaz al Cabo de Buena Esperanza.

XIV.

Refiere la historia que celebró un pacto con Bartolomé para que él y su hermano pudieran emprender el viaje que habían proyectado desde las costas de Inglaterra, con el fin de buscar el camino occidental de las Indias.

Como carecía Bartolomé de recursos, Enrique VII mandó á su tesorero que le facilitase fondos, y casi al mismo tiempo que Bartolomé, salió el emisario de quien ya se ha hablado á su tiempo, con el encargo (porque se supo lo mismo en Lisboa que en Londres el propósito de los Reyes Católicos) de catequizar á Colon y de unir su gloria á la gloria de Inglaterra.

XV.

Una enfermedad grave detuvo en Calais á Bartolomé, precisamente en los momentos en que volvía triunfante á España, después de su primer viaje, el inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

Ignorando el éxito que habia alcanzado, pero con ánimo resuelto de buscarle en España para comunicarle el pacto que habia hecho con el rey de Inglaterra, pasó á Francia, llegó á Paris, y el rey Carlos VIII, que ya sabia el triunfo que habia obtenido Cristóbal Colon, apenas supo su nombre y que era hermano del ilustre marino, le llamó á su palacio, le colmó de atenciones, y le participó la triunfal vuelta de Colon á su patria adoptiva.

XVI.

Ebrio de gozo Bartolomé, quiso correr á España, para estrecharle en sus brazos y compartir con él el peligro y la gloria.

Con los recursos que le facilitó el rey de Francia, se embarcó y llegó á Sevilla, precisamente cuando su hermano acababa de emprender el segundo viaje.

XVII.

Allí le refirieron todos los pormenores de su estancia en España, y para cerciorarse más y más de que cuanto le decian era cierto, visitó á fray Juan Perez de Marchena en el convento de la Rábida y en Córdoba á fray Pedro Antunez.

Se dirigió á Madrid, donde á la sazón estaba el arzobispo de Toledo, que tanto habia protegido á su hermano; conversó con él, y deseoso de presentar sus

respetos á los soberanos, llegó á Valladolid, en donde no tardó en realizar este vehemente deseo.

XVIII.

Apenas se supo su llegada, los mismos reyes manifestaron á Diego Colon deseos de que fuera su tío á visitarlos, y le dispensaron una benévola acogida.

Era Bartolomé en extremo simpático, de mayor estatura que su hermano, de atléticas formas, de rostro varonil y de mirada expresiva y generosa.

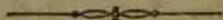
Los trabajos que habia pasado, las inclemencias que habia sufrido, habian tostado su rostro y le habian dado un completo aspecto militar, que imponia á la vez que agradaba.

XIX.

Su actividad, la vehemencia con que se expresaba, el entusiasmo que le inspiraba el triunfo de su hermano, su resolucion, su valor, todas estas cualidades influyeron en el ánimo de los reyes.

Comprendiendo de cuánta utilidad seria para Cristóbal Colon tener un deudo cerca de sí, pensando que el refuerzo que á las órdenes de este le enviasen serviria de gran consuelo al ilustre marino, dispusieron los reyes que se aprestasen tres carabelas con provisiones abundantes, dieron el mando de ellas á Bartolomé, y gracias á esto, cuando el almirante, despues

de su viaje de exploracion hácia la costa de Cuba, volvió desengañado y con la muerte en el alma, pudo encontrar algun consuelo á su afliccion al ver cerca de sí á aquel hermano á quien tanto queria, y cuyas cualidades de carácter y de inteligencia podian servirle de mucho en la crítica situacion en que estaba.



Capítulo XII.

Aclaraciones.

I.

Bartolomé llegó en ocasión en que su hermano Cristóbal estaba fuera, y se enteró por Diego de la aflictiva situación en que estaban todos.

Su llegada fué saludada con entusiasmo por los colonos, que ya tocaban el fin de sus provisiones, y se sorprendieron agradablemente al ver los ánimos que llevaba Bartolomé y el entusiasmo que había comunicado á todos.

II.

El padre Las Casas, de quien á su tiempo me ocuparé, ha trazado en breves líneas el retrato de Bartolomé Colon, y como aquel fué contemporáneo suyo, creo que nada puede dar una idea tan exacta del original como las breves pinceladas del historiador á que me refiero.

III.

Era, dice, perfecto mareante, tan buen teórico como práctico, habiéndose formado hasta cierto punto bajo la enseñanza del almirante, á quien era igual en conocimientos científicos, y le excedía en el manejo de la pluma.

Sabia el latín, si bien parece que, como su hermano, debía más bien sus conocimientos á su natural penetracion, asiduo estudio y propia experiencia, que á una educacion esmerada.

Tan vigoroso de ánimo como el descubridor, poco ménos entusiasta y de imaginacion más fria, le aventajaba en sutileza y habilidad para el manejo de los negocios, comprendía mejor sus intereses, y poseía en más alto grado aquella táctica de hombre de mundo, que tanto interesa en los asuntos de la vida.

IV.

Conocedor Cristóbal de las cualidades de su hermano, viéndose agobiado por la enfermedad, y deseo de emplear las fuerzas que le enviaban para acelerar el desempeño de su mision, considerándose autorizado por los artículos del pacto que habia hecho con los soberanos, nombró á Bartolomé adelantado ó gobernador militar ó político de la colonia.

V.

La energía, la severidad, la rudeza hasta cierto

punto de Bartolomé, debian ser á su hermano de gran utilidad, puesto que su excesiva bondad habia sido causa de que se relajara la disciplina, y sobre todo de que los colonos, desobedeciendo sus órdenes durante su ausencia, promoviesen discordias y alteraran el orden y la tranquilidad.

VI.

Con Bartolomé fué en una de las carabelas á la colonia un emisario de Fonseca.

Llevaba órdenes secretas para el padre Boil en contestacion á las noticias que este eclesiástico habia enviado al obispo Fonseca, y no tardaron en ponerse los dos de acuerdo.

VII.

Antes de conocer la intriga que dió por resultado la evasion de Margarite, del padre Boil y de otros varios colonos; antes de conocer la dolorosa impresion que este suceso produjo en el ánimo del almirante, y las medidas que tomó en su vista, vamos á ver qué uso habian hecho de los poderes que habian recibido de Colon, Margarite y Ojeda, y la actitud en que estaban los indios.

VIII.

Al confiar el mando de las tropas á Margarite, le habia dicho Colon que su único deseo era que recorriese militarmente los departamentos de la isla, tra-

tando á sus habitantes con la mayor benevolencia, con el doble objeto de hacer ostentacion de los elementos que tenia para combatirlos, y de la actitud benévola que hacía ellos observaba.

IX.

Ya he dicho en otra ocasion que la isla de Haiti, ó como la llamó Colon, la Española, estaba dividida en cinco departamentos ó estados, gobernados por caciques soberanos, cada uno de los cuales tenia como tributarios á uno ó más caciques, jefes de pueblos ó de familias.

Por más que Guacanajari fuese el rey de los reyes, el soberano absoluto de todos, el departamento más rico de la isla era aquel que ocupaba la deliciosa llanura, que Colon habia bautizado con el nombre de la Vega Real.

X.

Guarionex era el cacique de la Vega.

Tenia por limites al Oriente las montañas del Cibao.

Era incalculable el número de habitantes que ocupaban la isla.

Pero á juzgar por lo que habian visto en el territorio de Guacanajari, por lo que habian hallado en los dominios de Guarionex, podia asegurarse que por cada español habia doscientos ó trescientos indios.

La fuerza material, por más que no contasen con

armas y desconociesen la táctica de la guerra, estaba de parte de los indígenas.

XI.

Pero las armas de fuego, y sobre todo los caballos, producían un terror tan grande en los indios, que media docena de ginetes y un disparo de los arcabuceros bastaba para poner en fuga al ejército más numeroso.

No quería, sin embargo, Colon romper las hostilidades con aquella gente.

Por desgracia, sus lugartenientes, no apadrinando su política, y queriendo discutir con él, en todo estaban resueltos á tratar á los indios, más que como conquistadores, como acérrimos enemigos.

XII.

Alonso de Ojeda llegó con las instrucciones de Colon al fuerte de Santo Domingo, se quedó en él, y Margarite comenzó su paseo militar al mando de la mayor parte de las fuerzas.

Pero en vez de explorar desde luego, como se le habia mandado, las conocidas montañas del Cibao, bajó con sus soldados á la Vega, cuyo delicioso aspecto le encantaba.

XIII.

Aquel acto bastó para destruir la disciplina del ejército.

Todos los soldados sabían que los deseos de Colon eran que reconociese el Cibao.

Al ver que su capitán desobedecía aquella orden, les pareció sin duda lógico desobedecer á su vez al capitán.

Cayendo sobre las chozas de los indios, apoderándose á viva fuerza de los víveres que tenían, ultrajando á sus esposas y á sus hijas, no tardaron en convertirse en una verdadera gabilla de libertinos.

XIV.

Los pacíficos habitantes de la Vega, poseídos de admiración y de miedo, soportaron al principio todos estos ultrajes.

Pero al ver que en vez de aplacarse su furia, se aumentaba, al sentir los efectos de su depravación, fueron poco á poco desapareciendo de la Vega, aumentando el odio que sentían hácia aquellos hombres, que no podían ser hijos del cielo, puesto que de una manera tan inicua los trataban.

La sed de ira les impulsó á cometer crímenes espantosos.

XV.

Las noticias de estos ultrajes llegaron á la colonia regentada por Diego Colon, mientras su hermano costeaba la isla de Cuba, y de acuerdo con los individuos que formaban el gobierno, envió un despacho á

Margarite, reprendiendo su conducta y comisionándole á ejecutar la órden del almirante.

Tanto indignó al capitán de las tropas esta reconvenccion, que olvidándose de la gratitud que debia al almirante como amigo, de la obediencia que le debia como jefe, contestó al consejo que era completamente dueño de obrar como obraba, y que no reconocia en él derecho para exigirle responsabilidad por su conducta.

En aquella contestacion, recordando que descendia de una familia ilustre y de antiguo abolengo, pareció despreciar á los Colones, dándoles á entender que su nobleza era improvisada.

XVI.

Al hablar de este modo, lo hacia envalentonado por que gran número de los hidalgos que le acompañaban, impulsados por el ódio que habia despertado en ellos el almirante al igualarlos á los operarios, exigiéndoles que trabajasen como ellos, se habian unido con Margarite, y estaban resueltos á sublevarse contra la autoridad, en cuanto en algo se opusiera á la satisfaccion de sus pasiones.

XVII.

De todos modos, ninguno de ellos queria reconocer la autoridad de Diego Colón, y continuaron acuartelados en la Vega sin poner coto á sus excesos.

Esto, unido á la ausencia del almirante, tenia al consejo en gran aprieto.

La Vega estaba ya casi desierta.

Sus habitantes habian buscado asilo en las otras regiones de la isla, donde se robustecia poco á poco el deseo de exterminar á los españoles.

XVIII.

El padre Boil, que estaba ya convencido de que el proyecto que habia abrigado de ser el verdadero jefe de la colonia no podria realizarle, y que por otra parte cuidaba mucho de que el éxito coronase la empresa que habia ido á acometer allí, deseaba por momentos una ocasion de volver á España para demostrar á los reyes lo estéril de los gastos que ocasionaban las expediciones, y para destruir la importancia que en tan breve tiempo habia adquirido Colon, satisfaciendo de este modo su amor propio, herido por las humillaciones que le habia hecho soportar el almirante.

XIX.

Margarite, aprovechando su proximidad á la colonia, iba á menudo á ella, y cuando esto sucedia, ni se presentaba al consejo, ni acudia á sus llamamientos; y por el contrario, se presentaba en actitud amenazadora á los que le formaban.

Diego Colon era muy débil.

Los demás que formaban con él el consejo, por deferencia á los lazos que le ligaban con el almirante, acataban en todo y por todo su voluntad.

XX.

Diego habia resuelto dejar obrar á Margarite hasta que regresase su hermano.

El capitan de las tropas acantonadas en la Vega Real celebraba de cuando en cuando conferencias con el padre Boil, y este visitaba á menudo á Bernal Diaz de Pisa y á Alonso Velez de Guzman.

Trascurrió el tiempo, y nada se sabia del almirante.

XXI.

Diego llegó á pensar si habria perecido, y estuvo á punto de enviar en su busca una de las carabelas surtas en el puerto, cuando vieron á lo lejos algunas embarcaciones con rumbo hácia la isla.

Eran las tres embarcaciones, que cargadas de provisiones y con nuevos refuerzos, llevaba á la colonia Bartolomé Colon.

XXII.

Grande fué la alegría de Diego al ver allí á su hermano.

Mientras que en el consejo informaba del estado de los asuntos de la colonia, el emisario de Fonseca habló con el padre Boil, y este envió á su vez una persona de toda su confianza á Pedro Margarite.

Aquella misma noche llegó de incógnito el capitan del ejército á la morada del padre Boil, dióle este

cuenta con mucha habilidad de los deseos del obispo Fonseca, y añadió:

XXIII.

—La conducta que habeis observado indignará á Colon en cuanto llegue. Con el refuerzo que ha traído su hermano y con los soldados que le acompañan, podrá someteros á su obediencia por la fuerza, y ó tendreis que caer en su poder, yendo á España prisionero, ó daremos el triste espectáculo de luchar unos con otros, lo cual envalentonará á los indios y nos destruirán por completo. Es necesario que escapeis del peligro que os amenaza. Pero entre volver prisionero á España, ó volver libre y triunfante, y tener los medios de presentaros á los monarcas con el auxilio del obispo Fonseca para pintar la triste situacion de la colonia, va una gran diferencia, y por mi parte, estoy resuelto á acompañaros en esta expedicion, seguro de que os seguirán todos los descontentos.

XXIV.

La idea agradó en extremo á Margarite.

A partir de aquel momento se estableció una especie de sociedad secreta entre el padre Boil, Margarite y algunos de los nobles que tambien temian el castigo de Colon, Bernal Diaz que deseaba á toda costa volver á España y Alonso Velez de Guzman que hallaba una ocasion de escapar de las manos de su esposa y de medrar, favorecido por los enemigos de Colon.

Convinieron entre todos apoderarse de los buques que habian llegado al mando de Bartolomé Colon, y regresar á España.

XXV.

La inesperada aparicion del almirante con sus carabelas les hizo acelerar este proyecto.

De acuerdo con los pilotos que debian servirles, aprovechando la confusion que se apoderó del ánimo de todos los colonos al ver al almirante enfermo de tanta gravedad, Margarite y los que estaban de acuerdo con él, abandonando el ejército, se reunieron con el padre Boil en la Isabela; á media noche se apoderaron de uno de los buques, y cuando al dia siguiente se apercibieron de su desaparicion, estaban en alta mar con rumbo á España, favorecidos por el viento que hinchaba las velas del navio.

XXVI.

Con la noticia de su fuga coincidió la de los excesos á que se habian entregado los soldados sin disciplina y sin jefe en la Vega Real.

Margarite y el padre Boil habian hecho correr el rumor de que Colon habia muerto y de que muchos de los jefes se habian apoderado de los buques y corrian á España.

Los soldados de la Vega, formando bandas, se diseminaron, y sin freno de ningun género, se entregaron al robo y al libertinaje de una manera inaudita.

XXVII.

Los pocos indios que quedaban comenzaron á vengar los ultrajes que recibían, privándoles de toda clase de alimentos.

Al mismo tiempo aprovechaban todas las ocasiones en que hallaban á dos ó tres españoles aislados para matarlos.

Esto debía dar lugar á horribles represalias.

XXVIII.

Acosados por el hambre y por los indios los individuos de aquel quebrantado ejército, fueron acercándose á la colonia, en tanto que los indios, animados por los triunfos que conseguían de los naturales, aumentaron sus hostilidades.

Uno de los caciques, jefe de una ciudad situada en las orillas del río Yaqui, dió muerte á diez españoles que se alojaron en su población, y con los suyos incendió una choza en que se habían guarecido cuarenta españoles enfermos.

XXIX.

Uno de los capitanes, Luis de Arriaga, que había construido un fuerte, al que dió el nombre de la Magdalena, acosado por los indios, tuvo que encerrarse en la fortaleza, y ni aun allí se vió seguro.

Ojeda participó también al consejo, por medio de

un emisario que envió de la colonia, que Caonabo amenazaba el fuerte de Santo Tomás.

XXX.

Tal era la situación de las cosas cuando Colon, despertando de su letargo, tuvo la inmensa alegría de estrechar en sus brazos á su hermano Bartolomé, alegría que duró poco, porque fueron á comunicarle la desercion de Margarite, del padre Boil y de algunos otros colonos, y la actitud hostil de los indios mandados por Caonabo.



Capítulo XIII.

Sitio y defensa del fuerte de Santo Tomás.

I.

Alonso Velez de Guzman no habia engañado á Colon ni á los demás habitantes de la colonia, cuando les dijo que los indios, impulsados por Caonabo, se preparaban á combatir con ellos, resueltos á exterminarlos.

Dominado el ímpetu del cacique supremo de Maguana y de las minas del Cibao por consejo de los otros caciques, y especialmente de sus butios, acordó con ellos no romper las hostilidades hasta saber á punto fijo el número de los enemigos contra quienes iba á combatir, el sistema que tenian de pelear y los datos más importantes para utilizar sus fuerzas y conseguir el triunfo por completo.

II.

En actitud de expectativa vieron, no sin inmensa

pena, la construcción del fuerte de Santo Tomás, en el centro mismo de los dominios de Caonabo.

Cuando se disponían á convertir en escombros aquel fuerte, como habían hecho con la fortaleza de la Navidad, se presentó Jeda al mando del ejército, cuya dirección debía confiar á Margarite.

No podía imaginarse Caonabo que los españoles hubieran llevado tan crecido número de hombres armados, y mucho ménos verlos ginetes en aquellos monstruos, que tanto pavor les infundían.

III.

Para no malograr su empresa, tuvieron que aguardar, y aunque el ejército al mando de Pedro Margarite invadió la Vega y se separó del fuerte, en el que quedó Ojeda con unos veinticinco hombres, temerosos de que no podría acudir á reforzarlos, aguardaron hasta el momento en que, por efecto de la deserción del capitán en jefe, se batieron los soldados en pequeñas bandas, comenzaron el exterminio, aprovechando todas las ocasiones en que podían acorralarlos y caer sobre ellos como fieras.

IV.

Divididas y quebrantadas estas fuerzas, creyó Caonabo que había llegado el momento de atacar á la fortaleza de Santo Tomás.

Por medio de sus espías se enteró de que no había en ella más que cincuenta hombres.

Efectuando un movimiento indirecto y rápido, podía sorprenderlos, caer como una nube sobre los españoles y asesinarlos, como había asesinado á los que de igual manera había sorprendido en el fuerte de la Navidad.

V.

Caonabo ignoraba que el capitán que mandaba aquel pequeño destacamento tenía elementos en sí propio para contrarestar su empuje, bien recurriera á la maña, ó emplease la fuerza.

En efecto, Alonso de Ojeda, á quien hemos visto desafiando el peligro en sus escaramuzas contra los moros, á quien por distraer á los reyes hemos encontrado ejecutando arriesgados ejercicios sobre la torre de la Giralda de Sevilla, tenía además del valor personal, algo de fanatismo, que le hacía desafiar el peligro en todas las ocasiones con un denuedo incomprendible.

VI.

Llevaba siempre consigo, considerándola como un talisman, una estampa de la Virgen María.

Todos los días rezaba ante ella, no emprendía un solo acto sin encomendarse á su piedad, y confiado en que le protegería, se lanzaba á los peligros con tal denuedo, que sólo su vista infundía pavor á los que le esperaban para luchar con él.

Tanta era su devoción hácia la imagen, que cuando juraba por ella, no consentía que dudasen de su

palabra, y en más de una ocasión había cruzado su acero con el de sus mismos compatriotas por no haber dado crédito á sus juramentos.

VII.

Esta especie de superstición por una parte, y por otra el gran conocimiento que tenía de la táctica de los salvajes, y su experiencia por haber asistido á toda clase de encuentros militares, le daba una gran superioridad sobre sus adversarios, y hacía que los que militaban á sus órdenes, estimulados por su ejemplo, se convirtieran en otros tantos héroes.

VIII.

Poco, pues, importaba á Alonso de Ojeda el crecido número de fuerzas que pudieran oponerle los caciques indios.

Estaba seguro de que saliendo á su encuentro con el puñado de valientes que tenía á sus órdenes, rompería sus filas al primer empuje, sembraría la desolación y el espanto entre las masas, y vencería, uniendo á este ascendiente moral la fuerza física de sus soldados y el temple de sus armas.

IX.

Pero como Caonabo ignoraba estas circunstancias, como sólo veía cincuenta hombres en su fortaleza, y

tenia ya á sus órdenes millares de indios perfectamente armados y dispuestos á librar á su patria del yugo de los extranjeros, se aprestaron á dar la batalla, pensando que aquel fácil triunfo le permitiría llegar hasta la colonia, destruir á su paso á los soldados dispersos de Colón, y caer sobre la ciudad recién erigida, que se convertiría para ellos en un cementerio espantoso.

X.

Hizo, pues, un reconocimiento al frente de diez mil guerreros, armados todos con flechas, arcos y lanzas templadas al fuego.

Dando un punto de cita á los suyos para sorprender al enemigo, dividió su ejército en muchas fracciones, y abriéndose camino por los bosques, llegó á los alrededores de la fortaleza, prometiéndose encontrar á los soldados entregados al sueño.

Un destacamento de indios que se acercó al fuerte le llevó la desconsoladora noticia de que todos los soldados prevenidos y formados parecían aguardarles.

XI.

Como la fortaleza estaba construida sobre una roca aislada, y tenia un ancho río á sus piés que la defendía á manera de foso, aunque los indios se acercasen á la orilla del río, no llegarían sus flechas á los soldados.

Estos, en cambio, podrían sembrar la muerte en

las filas de sus enemigos con solo disparar sus arcabuces.

XII.

La irritacion de Caonabo, al ver que no habia conseguido su objeto, fué inmensa, y en un arranque de indignacion propuso á los caciques que le acompañaban acometer todos á un tiempo á la torre, seguro de que, aunque perecieran la mitad de los indios, la otra mitad podria hacer pagar muy caro á los españoles las víctimas que hubieran hecho.

No fueron de esta opinion sus consejeros.

XIII.

Pensaron que sitiándolos por hambre podrian más fácilmente rendirlos, y no sin gran trabajo consiguieron que Caonabo admitiese esta opinion.

Empezaba á amanecer, y el cacique de Maguana distribuyó convenientemente sus tropas en los alrededores de la fortaleza, para que no pudieran recibir los soldados provisiones de ningun género.

XIV.

Ojeda comprendió la intencion de los indios, y defendido como estaba por el rio, reunió todas su fuerzas en el lado que le unia á la tierra, y desde allí, aprovechando todas las ocasiones favorables, hizo salidas, en las cuales, el fuego de sus arcabuces y los

projectiles que arrojaban las lombardas desde la torre diezmaban á los enemigos, obligándoles á retirarse.

XV.

Pero con esto no conseguian nada.

Los paseos de exploracion que hacia á menudo le convencian de que estaba perfectamente sitiado, los viveres escaseaban y la desesperacion empezaba á apoderarse de su ánimo.

—Va á ser preciso, —dijo á sus soldados, —que abandonemos la fortaleza; pero si tal sucede, al abrirnos paso por entre sus filas es necesario que paguen caro el lazo que nos han tendido.

XVI.

Como en veinte dias no habian podido pedir auxilio á la colonia ni al ejército de Margarite, sus provisiones se habian acabado, y tenian que alimentarse con los frutos que hallaban en los árboles más próximos.

No podian encontrar siquiera el recurso de la caza, porque el continuo tiroteo que estaban obligados á sostener habia alejado á las aves que antes vagaban por aquellos contornos.

XVII.

Un indio jóven, á quien cogieron prisionero, que—

riendo obtener la piedad de Ojeda, le llevó dos palomas.

Ojeda estaba en la torre cuando el indio llegó con aquel presente.

Era un gran regalo en aquella ocasión, en que el hambre empezaba á hacer efecto en los sitiados.

XVIII.

—Con esto,—dijo Ojeda, cogiendo las palomas,—apenas hay para un hombre solo.

—Para vos, para vos,—dijeron los soldados.

—De ningun modo,—contestó Ojeda;—soy igual á vosotros: no quiero participar de beneficios que no os alcancen. ¡Hágase la voluntad de Dios!

Y soltando las palomas, las vieron volar, en tanto que admiraban aquel rasgo de su heróico caudillo.

XIX.

El asedio crecia, y era necesario á toda costa concluir con él.

Dejando á diez soldados en la fortaleza, salió con los restantes, hizo una correría, y atacando vigorosamente los destacamentos de los indios, despues de disparar los arcabuces y ponerlos en fuga, corrian detrás de ellos, y á fuerza de mandobles y de lanzazos los tendian en tierra.

XX.

Desplegó tal valor y tuvo tanta suerte, que en mé-

nos de ocho días, saliendo ileso de las flechas y saetas que disparaban contra él los indios, tuvo Caonabo que abandonar el sitio, dejando en el campo á sus más intrépidos guerreros, que viéndose amenazados de la muerte que habian dado á sus hermanos los españoles, se dispersaban á centenares, refugiándose en los pliegues de las montañas.

XXI.

Caonabo se retiró afligido, dispuesto á renovar la lucha cuando pudiera.

Pero en medio de su afliccion, las hazañas que le habia visto ejecutar á Alonso Ojeda le habian hecho sentir hácia este caudillo una inmensa admiracion.

Aquel sí que debia ser hijo del cielo, puesto que las flechas se rompian al chocar en su pecho, y no habia fuerzas humanas que pudieran dominarle.

XXII.

Esta derrota, en vez de desanimar á Caonabo, le impulsó más y más á realizar su propósito.

Pero convencido de que necesitaba oponer una gran fuerza á los extranjeros, proyectando dejar el fuerte para lo último, pensó en apoderarse de la Isabela, donde sabia que habia muy poca tropa, y que la mayor parte de los habitantes estaban enfermos; acariciando la idea, despues de destruirla, de luchar brazo á brazo con Ojeda, lucha que deseaba con pasion,

porque medir sus fuerzas con las de aquel hombre, era, aun siendo vencido, una inmarcesible gloria que deseaba para él y para su raza.

Se retiró, pues, á sus dominios y convocó de nuevo á los caciques soberanos y á los caciques de las tribus para manifestarles sus proyectos.



Capítulo XIV.

Intrigas de Flor de Palma.

I.

La retirada de Caonabo produjo una gran impresión entre los indios.

Cuando él, el formidable guerrero, terror de los caribes, no había podido someter á un puñado de españoles, difícil era que ellos lo lograsen, y en la dura alternativa de perecer, ó de sufrir el dominio de los extranjeros, era muy grande el número de indios que optaban por lo último.

II.

Durante la ausencia de Caonabo habían ido al lado de su esposa Anacaona, Boechio y Guacanajari. Guarionex y Gayacoa acompañaron á Caonabo. Mientras que estos guerreros sostenían el asedio

del fuerte de Santo Tomás, Guacanajari experimentaba una viva ansiedad.

III.

Si como temia, eran vencidos los indios, y llegaba Colon á apoderarse de él, ¿cómo justificaria á sus ojos la deslealtad que habia cometido?

En vano ocultaba á Anacaona y á Boechio la triste situacion de su espíritu.

Toda la historia de su pasado se apareció á su imaginacion como un fantasma amenazador.

Se consideraba esclavo de su pasion, y veia que, obedeciendo á su influjo, habia causado la muerte de Anacaona, que habia contribuido á la destruccion de la fortaleza de la Navidad por robar la imágen de la Virgen; que más tarde, despues de haber obtenido el perdon del jefe de los extranjeros, seducido por Flor de Palma, habia faltado á su palabra, habia engañado á Colon, y de soberano de Haiti que era, habia tenido que abandonar sus estados, viviendo bajo el amparo de otros caciques inferiores á él.

IV.

Todos estos delitos debian atraer sobre su isla la cólera del cielo, y no dudaba un solo instante de que Caonabo volveria derrotado.

Flor de Palma era el único sér que tenia alguna influencia sobre su abatido espíritu.

Ella le sorprendió en sus horas de desconsuelo.

Acercaba á sus lábios la copa del placer y le embriagaba.

Pero al despertar de aquel letárgico sueño, volvía el fantasma á presentársele, y buscaba en la soledad y en el silencio alivio á sus pesares.

V.

Flor de Palma, astuta y ambiciosa, llegó á comprender que sus esfuerzos serian inútiles para calmar el debilitado espíritu de Guacanjari.

El remordimiento roía su corazón como un gusano.

La sombra de la muerte se proyectaba sobre sus pálidas mejillas, sobre su abatida frente.

Si Guacanjari moría, tendría que renunciar á sus ensueños ambiciosos.

VI.

Flor de Palma empleó sus artes para despertar una pasión en Boechio.

Era imposible resistir á los encantos de Flor de Palma.

La sangre europea que ardía en sus venas daba á todo su sér un atractivo poderoso para los indios.

Boechio cayó en el lazo que le tendió Flor de Palma.

Por consejo de esta, viendo lo triste que estaba, volvió Guacanjari en su compañía á Marien.

VII.

Antes de partir dijo Flor de Palma á Boechio que fuera á verla.

Dos dias despues abandonó Boechio la residencia de su hermana Anacaona, y allí un amigo fiel le dirigió al palacio de Guacanajari.

Flor de Palma colocó cerca de la hamaca de su esposo unas yerbas que producían un sueño pesado, y habló con Boechio.

El cacique la pintó el inmenso amor que le habia hecho sentir.

Flor de Palma le dijo que era fiel y que lo seria siempre.

VIII.

—Solo en el caso de perder á mi esposo seré tuya,— exclamó.

Los dos hablaban bajo los tamarindos próximos al palacio de Marien.

Casi al rayar el alba se separó Boechio de Flor de Palma.

La india, ébria de gozo, porque habia realizado su objeto, iba á entrar en el palacio, cuando una flecha envenenada traspasó su corazon.

Cayó lanzando un lastimero gemido.

Acudieron algunos indios de la servidumbre de Guacanajari á socorrerla.

El mismo rey, saliendo de su letargo por haber

perdido la planta su virtud, asistió á un espectáculo doloroso.

IX.

¿Quién habia atravesado el pecho de Flor de Palma?

Era un misterio para todos los indios.

Boechio volvió tranquilamente sin saber lo que pasaba adonde estaba Anacaona.

Su fiel amigo le acompañaba.

Desde que se separó de Flor de Palma habia estado á su lado.

Por la noche llegó la noticia de la muerte de la esposa de Guacanajari.

X.

Imbila, la favorita de Boechio, oyó la nueva con brutal alegría.

—Como ella,—dijo á Boechio,—morirán todas las mujeres en quien pongas los ojos.

No habia duda.

En extremo celosa, habia comprendido los deseos de Flor de Palma, y al partir Boechio habia enviado un indio de toda su confianza con la órden expresa de matar á la seductora de su amante.

El indio habia obedecido sus órdenes.

XI.

Guacanajari vió un nuevo castigo en aquella muerte.

Su afliccion no encontraba consuelo.

Poco despues fueron á noticiarle la llegada de Caonabo, la derrota de su ejército y el triunfo de los defensores de la fortaleza de Santo Tomás.

Al mismo tiempo, en nombre de Caonabo le llamaban á asistir á una junta de caciques para resolver lo que debian hacer en tan crítica situacion.

XII.

No tuvo más remedio que acudir.

Pero estaba resuelto á oponerse á cualquier acto agresivo de los indios contra los españoles.

Su arrepentimiento era sincero, y queria de aquel modo recuperar la amistad de Colon, que habia perdido inducido por Flor de Palma.

Todos los caciques acudieron al llamamiento de Caonabo.

Los más valientes guerreros acudieron tambien á aquel conciliábulo solemne, en el que Anacaona ocupaba el puesto de honor.

XIII.

—Los extranjeros nos han vencido,—dijo Caonabo.—Sus armas han diezmado nuestras filas, los leales han perecido, los cobardes han buscado en la fuga su salvacion; pero aunque hemos sido derrotados, todavía podemos obtener el triunfo, si unidas todas las fuerzas de que podemos disponer, resolvemos exterminarlos, ó morir todos á sus manos.

XIV.

Anacaona excitó á todos á luchar.

—Los extranjeros,—dijo,—saquean las chozas de nuestros hermanos, los asesinan cobardemente, ultrajan á sus esposas, se creen dueños de nuestra patria. Yo misma estoy dispuesta, si es preciso, á conducirós á la pelea.

Los caciques soberanos hablaron por su turno.

Guarionex fué el primero que se manifestó dispuesto á combatir.

XV.

—Los hijos de mi reino,—exclamó,—son los que más vejaciones han sufrido. Todos guardan en su corazón un odio profundo hácia los extranjeros. Antes que resistir su ominoso dominio, moriré, si es preciso, luchando por la patria.

Gayacoa ofreció concurrir á la lid con todos los habitantes de las llanuras de Higüey.

Boechio ofreció el concurso de todos los habitantes de Xaragua.

De los cinco soberanos, cuatro estaban resueltos á morir ó á triunfar.

XVI.

—¿Y tú, rey de los reyes,—preguntaron á Guacajari,—te unirás con nosotros?

—Yo no,—exclamó en medio de un asombro general el soberano de Marien.

—¿Nos abandonas?

—Si, harto he faltado á mis deberes siguiendo vuestros consejos. ¿Habeis olvidado que la llegada de los extranjeros es providencial? ¿No recordais que su venida fué profetizada hace tiempo, y que al considerarlos como enviados del cielo, y al llamarnos sus amigos, hicimos grata á Vagoniana nuestra conducta?

XVII.

—¿Y tú olvidas,—exclamó Caonabo fuera de si,—que esos miserables han sembrado la desolacion y el espanto en nuestro territorio?

—Por que tú has excitado su indignacion acometiéndolo á sus soldados, incendiando su fortaleza.

—Piensa bien lo que dices.

—Está pensado. En vano trataria de oponer mi fuerza á las vuestras. Sin mi concurso sois bastante fuertes para luchar.

Yo estoy seguro de que siempre sereis derrotados, porque al lado de los extranjeros lucha una fuerza superior, que en vano tratareis de quebrantar.

Yo vuelvo á mis dominios; os dejo en libertad de hacer lo que querais.

Si vuestra causa es santa, que Vagoniana os dé el triunfo y á mí el castigo.

Si como creo, vais á desobedecer las leyes de quien puede más que todos nosotros juntos, cuando vosotros

perezcais, yo imploraré el perdón de los extranjeros, y viviré tranquilo, desempeñando mi misión al borde de vuestras tumbas malditas.

XVIII.

Al oír aquellas palabras Caonabo, enfurecido, quiso precipitarse sobre Guacanajari.

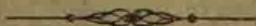
Todos los demás caciques le contuvieron.

—No, dejadle marchar,—dijo Boechio.

—Poco nos importa que nos abandone con su gente. Débiles y cobardes, huían ante el enemigo. Que nos abandone: después del triunfo, en vez de ser nuestro rey será nuestro esclavo.

Guacanajari se dispuso á partir.

—¡Que la maldición de Vagoniana te acompañe!—exclamaron todos.



Capítulo XV.

Donde Bartolomé comunica á su hermano la desercion de Margarite y de otros conjurados.

I.

El gran butio Ainaibac empleó toda su influencia con Guacanajari para hacerle desistir de su propósito, para estimularle á que combinara sus esfuerzos con los otros soberanos, para inculcar en su pecho el ódio que sentian hácia la raza europea.

El rey le desoyó.

Creuyendo que el castigo le amedrentaria,

II.

—Pues bien,—dijo Ainaibac;—parte tú solo; yo me quedo con los que quieren libertar á la patria del yugo extranjero.

Guacanajari volvió á Marien; pero muchos de sus

vasallos se quedaron al lado de los otros caciques, temerosos de que la maldición del cielo cayera sobre los impíos que siguieron á Guacanajari.

III.

La desesperacion de Caonabo fué inmensa, porque hábil político al mismo tiempo que valiente guerrero, comprendió que, separándose de él y de los demás caciques, Guacanajari no tendria más remedio que ponerse al lado de los españoles, y aumentando sus fuerzas y proporcionándoles víveres, tendrian que ser más desesperados los esfuerzos que hicieran para destruirlos.

En vista de esto, lo primero que determinó fué catequizar á los súbditos de Guacanajari para que le abandonaran, y hacerle objeto de su persecucion.

IV.

Muerta Flor de Palma, sin consuelo de ningun género, el sensible corazon de Guacanajari ansió por momentos recuperar en la perdida amistad de Colon un alivio á sus desventuras.

Apenas llegó á Marien, dispuso que partiese una embajada suya á la colonia de la Isabela para enterarse del estado del almirante, anunciarle que deseaba celebrar una entrevista con él para mostrarle su arrepentimiento, implorar su perdon y establecer sobre sólidas basés la paz interrumpida entre los dos.

V.

De todos estos sucesos estaban ignorantes los habitantes de la colonia, cuando se vieron sorprendidos por la llegada de los emisarios de Guacanajari.

Colón estaba todavía en el lecho.

Los medicamentos y los cuidados del doctor Chanca, la satisfacción que experimentaba al ver cerca de sí á sus hermanos, y sobre todo, al saber que con auxilio podía conseguir, gracias á su energía, que se cumpliesen exactamente sus órdenes, habia reanimado sus abatidas fuerzas, y continuaba en la convalecencia de una manera franca.

VI.

Llegó un momento en el que fué preciso revelarle la verdad de lo que habia pasado.

Ninguno se atrevia por el temor que auguraba su situación.

Bartolomé se encargó de ello.

Aprovechando un momento favorable, entró en su habitación, y mandando que le dejaran á solas con él, se resolvió á pintarle con vivos colores la situación en que se hallaba.

Ya habian hablado en otras ocasiones de su familia y de los acontecimientos que habian llenado la vida de Bartolomé durante el tiempo de su ausencia.

VII.

El almirante habia sabido por él la benévola acogida que le habian dispensado los reyes, el buen efecto que habian producido en el ánimo de sus majestades las cartas que les habia remitido con Gorbalan y Juan de Aguado; pero no comprendia cómo, habiéndose aumentado las provisiones de la colonia, y reforzado el ejército con los soldados y marinos que habian acompañado á Bartolomé, era tan grande la tristeza que revelaban en su semblante todos los que le rodeaban.

VIII.

—¿Cómo te encuentras hoy, Cristóbal?—le dijo su hermano.

—Muy bien, Bartolomé: la Providencia se ha apiadado de mí; creo que muy en breve podré encargarme de la direccion de los negocios, y para entonces quisiera que, de acuerdo contigo, con nuestro hermano Diego, con los demás individuos del consejo, y sobre todo con Alfonso de Ojeda y Pedro Margarite, que debe conocer la actitud de los indios, combine mos el plan para dominarlos suavemente, para llegar hasta las minas, extender por todo el territorio nuestra conquista, y realizar el plan de esta segunda expedicion.

—Precisamente sobre todo eso quiero hablarte, y celebro que hoy te encuentres mejor, porque si he

aplazado las revelaciones que hoy voy á hacerte, ha sido por temor de agravar tu dolencia.

—¿Pues qué pasa?

—¿Qué ha de pasar? ¡Desastres!

—¿Hay noticias de Pedro Margarite?

—No muy gratas por cierto.

—Explicate.

—Tú le diste la orden de que al frente del ejército que mandaba explorara el departamento del Cibao, diese un paseo militar por toda la isla, y al mismo tiempo, que nuestro poderío pusiese en evidencia nuestra bondad, ¿no es eso?

—Ciertamente.

—Pues bien, tus órdenes han sido completamente desobedecidas.

—¿Es posible?

—Disgustado, sin duda, de recibir órdenes tuyas, alentado por algunos hidalgos descontentos, á quienes, segun ellos, no les has tratado con toda la consideracion que merecian, apenas te alejaste de la colonia para hacer un viaje de exploracion, comenzaron á campar por su respeto, desobedecieron tus órdenes; en vez de escudriñar las montañas del Cibao, bajaron á la Vega, se diseminaron en ella, saquearon las casas de sus moradores, ultrajaron á sus mujeres y á sus hijas, asesinaron cruelmente á los que se oponian á sus desafueros, y esta conducta, como es de suponer, ha indignado á los indios, exacerbando en ellos el ódio que nos profesan.

IX.

Por más que queria escuchar Cristóbal Colon con calma aquel relato, sentia arder la sangre en sus venas, y no pudiendo contenerse,

—Es necesario que envíes una orden á Pedro Margarite para que se presente ante mí.

—Seria inútil ese paso.

—¿Por qué?

—Escucha con valor la noticia que voy á darte.

—¿Ha muerto por ventura?

—Más le valiera haber muerto.

—¿Pues qué ha pasado? Habla.

—Ha desertado.

—¿Qué es lo que dices?

—Sí, temeroso del castigo á que se hizo acreedor con su infame conducta, él y los nobles sus secuaces, con la cooperacion del padre Boil, tramaron una conspiracion, que desgraciadamente han podido llevar á cabo, mientras nosotros, velando con ansiedad á la cabecera de tu lecho, sólo pensábamos en devolverte la vida.

—¡Por Dios, explicate! Estoy intranquilo.

—De acuerdo todos, compraron á uno de los pilotos de las carabelas que yo he traído, y á favor de la oscuridad de la noche fueron á ella, y acompañados de Bernal Diaz de Pisa, á quien tenias preso, y de Alonso Velez de Guzman, cuya historia he sabido y me hace comprender su conducta, se dieron á la vela,

no pudiendo notarse su falta hasta el día siguiente.

—¿Se escaparon?

—Sí, han ido sin duda á España con el objeto de hablar mal de nosotros, de desprestigiarnos á los ojos de los reyes; pero tranquilízate: aun cuando nos calumnien, llegará el día de la justicia y sufrirán el castigo que merecen.

X.

—¡Oh! En cualquiera hubiera creído semejante felonía ménos en Pedro Margarite,—dijo Colón con amargura.—¡Yo, que le recomendaba á los reyes, que le he presentado como un modelo de subordinación, de valor; que le he confiado el mando de las tropas, que le he distinguido con mi amistad!... El padre Boil tiene la culpa de todo; él le habrá catequizado.

—De cualquier modo, tranquilízate; no es de ellos de quien debemos ocuparnos, sino de nosotros mismos.

—¿Y el ejército?

—Sin jefe, sin disciplina, dividido en pequeñas bandas, ha continuado saqueando la población de la Vega Real, encendiendo el odio de los indios hácia nosotros; y ellos, cansados ya de sufrir tantas vejaciones, han roto las hostilidades.

Guatiguana, uno de los caciques tributarios de Guarionex en la Vega Real, ha obligado á perecer, en una casa india que incendió, á más de cuarenta españoles; otros muchos han muerto á manos de los indios al caer en los lazos que les han tendido.

Algunos se han refugiado en la fortaleza de Santo Tomás; otros han llegado á la colonia, y ya puede decirse que todo el país está en conflagracion.

XI.

—Esas son las dolorosas consecuencias,—exclamó el almirante,—de la desobediencia. Yo no queria llegar á este extremo, porque al cabo sus fuerzas son superiores á las nuestras, y su causa, tratándose, no ya de hombres que vienen á traerles la civilizacion, sino de foragidos que siembran el luto en sus hogares, es santa y noble.

¡Ah! Yo bien quisiera poder levantarme del lecho, reunir á los soldados que nos quedan, y enmendar las faltas que han cometido mis malos capitanes; pero no puedo.

Tú, Bartolomé, tú que comprendes los nobles sentimientos de mi alma; tú, á quien he conferido el cargo de adelantado mayor, reúne á los capitanes y á los soldados, háblales en mi nombre, corre con ellos á tranquilizar á los indios, sé al mismo tiempo fuerte y benévolo, y recuperaremos lo perdido, porque si no, esos infames que han ido á calumniarnos, hallarán en la suerte que nos está reservada los medios de justificar su infame calumnia.

XII.

—La situacion,—añadió Bartolomé,—es más difi-

cil de lo que parece. Mi presencia no ha agradado á los que se prometian, con tu enfermedad, reemplazarte en el mando de la colonia.

Me consideran como un intruso, y aunque me temen, porque conocen que carezco de la bondad que hay en tu pecho, no es recurriendo á la fuerza como mejor se conduce á una reunion de hombres.

Los indios, al mando de Caonabo, han tratado de apoderarse de la fortaleza de Santo Tomás.

Alonso de Ojeda, que aún nos es fiel, y que es un bizarro capitan, ha defendido el fuerte, y ha logrado con sus cincuenta hombres diezmar las filas de los indios y ponerlos en fuga.

Esta primera victoria de nuestras armas les ha obligado á retirarse á las entrañas del Cibao, y los caciques de la Vega Real, segun las últimas noticias de los soldados que van llegando á la colonia, han apaciguado su ira.

Tenemos tiempo para que te restablezcas, para que puedas por tí mismo dictar las medidas que han de devolver al ejército la disciplina, á la colonia la esperanza, y á nuestros enemigos el miedo que has sabido inspirarles desde el primer momento.

XIII.

Tenia razon Bartolomé, y el almirante hizo lo posible para que aquellas noticias no contuviesen su mejoría, porque necesitaba á toda costa recobrar la salud y tomar por sí mismo las medidas salvadoras.

Conversando estaban aún los dos hermanos, cuando llegaron á anunciarles la llegada de los embajadores de Guacanajari.

XIV.

¿Era aquello una estratagema?

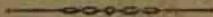
¿El soberano de Haiti acudia á implorar su perdón para tenderles un lazo, ó impulsado á la vez por el remordimiento y por el temor, en vista de la derrota que habian sufrido las huestes de Caonabo, queria reanudar su amistad con él para librarse del castigo?

XV.

De cualquier modo, Colon consideró el deseo que le manifestaba por medio de sus embajadores como de buen augurio, y recibéndolos inmediatamente,

—Volved á decid á vuestro rey,—contestó á los embajadores,—que le perdono, que acepto su amistad, que no demore su venida; deseo hablarle y le espero con los brazos abiertos.

Los emisarios corrieron á participar esta orden á Guacanajari.



Capítulo XVI.

Reconciliación.

I.

La llegada de los embajadores de Guacanajari preocupó á todos los colonos, que ávidos de saber el objeto de su embajada, se reunieron en la puerta del palacio del almirante con el objeto de informarse.

Colon llamó á su hermano y á los individuos del consejo, y les participó lo que los indios le habian dicho.

II.

Diego salió á comunicar á los colonos los deseos de Guacanajari.

Quería la paz, y aquello podía considerarse como un gran triunfo.

Al mismo tiempo, por órden del almirante, anunció el pregonero, que habiéndose enterado de la de-

serción de algunos colonos, y especialmente de Pedro Margarite, sin perjuicio de castigarle y castigar á sus secuaces, concedia indulto á todos los soldados diseminados en la Vega que se presentasen en la colonia en el plazo de tres dias.

III.

Al dia siguiente muy temprano, en ligeras canoas, para no tener que atravesar parte de la Vega Real, mandada por Guarionex, se presentó Guacanajari con su acompañamiento, y por medio de una guardia de honor que habia mandado formar el almirante con objeto de recibirle, llegó hasta su palacio, en donde los consejeros y el adelantado mayor salieron á su encuentro para conducirle á la morada de Colon.

Guacanajari estaba profundamente conmovido.

Al penetrar en la estancia en donde estaba el enfermo, bajando los ojos, acercándose á su lecho y cogiendo los piés, quiso hablar, pero no pudo, porque la emocion le ahogaba.

IV.

Cubriendo de besos y de lágrimas las manos del almirante,

—Vengo,—le dijo,—á daros gracias, porque me habeis concedido vuestro perdon.

—Siempre os he considerado como adicto á los reyes de Castilla y afecto á mi persona.

—No os habeis engañado; pero las apariencias me condenan, y necesito sincerarse á vuestros ojos.

Entonces refirió Guacanajari á Colon los medios de que se habia valido Flor de Palma para seducirle y separarle de él.

V.

—Lo habia sospechado,—contestó el almirante,—y todas las desgracias que han ocurrido, todas las calamidades que han caido sobre los indios, han sido por culpa vuestra. Por más que yo estaba seguro de vuestra lealtad, por más que aconsejaba á mis soldados la prudencia, ellos me respondian que habíais faltado á vuestros juramentos, que habíais ido á uniros con los demás caciques de la isla, sin más objeto que el de unir vuestras fuerzas á las suyas para destruirnos. Temerosos de que el gran número de indios fuese bastante á contrarestar nuestras fuerzas, se entregaron á la venganza, y esa es la causa de los crímenes que se han cometido.

—Harto lo conozco,—exclamó Guacanajari muy apesadumbrado;—pero no he podido hacer más de lo que he hecho. Los otros soberanos de Haiti desean vuestro exterminio. Me han llamado para que coope-re con ellos á vuestra destruccion; yo he resistido á sus consejos, á sus intimaciones; me he separado de ellos, he arrostrado su ódio, he despertado la maldición y la execracion de los butios, que me han asegurado que los tziemes dejarán de serme propicios.

Todo lo he sufrido por ser fiel á mis juramentos, y hoy, lo mismo que el primer dia, deploro los sucesos que tuvieron lugar en la fortaleza de la Navidad, deploro la sangre que se ha derramado por una y otra parte, y estoy resuelto á consagrar mi vida y la de mis vasallos á vuestra defensa.

Por eso he venido á avisaros que esteis alerta contra las maquinaciones de Caonabo, que es fuerte y hábil, y que está resuelto á pelear con vosotros, como yo lo estoy á ofreceros toda clase de provisiones, á brindaros mi morada y la de todos mis súbditos, á pelear á vuestro lado si es preciso, á renovar el pacto que en otro tiempo hicimos, y á perecer, si tal es la suerte que me está reservada, en aras del deber que he contraido, y por vosotros, á quienes considero siempre hijos del cielo.

VI.

—Yo acepto con gratitud y con cariño los ofrecimientos que habeis venido á hacerme,—dijo Colon.—No creo que necesitaremos luchar con vuestros hermanos.

La Providencia vendrá en nuestro socorro: restableceré la disciplina entre mis soldados, y volveremos á ser amigos en vez de ser opresores.

Volved á Marien; si los demás caciques os molestan, si intentan atacaros, correremos á vuestra defensa; pero decidles antes que renuncien por su parte á emplear las armas, porque nuestro único deseo es labrar su ventura.

VII.

Partió Guacanajari muy satisfecho de la acogida que le habia dispensado Colon; distribuyó muchos regalos entre todas las personas que encontró en la cámara del enfermo, y volviendo á las canoas, regresó á Marien con la conciencia más tranquila, con la satisfaccion del que cree que ha cumplido un deber.

No era menor la que experimentaba el almirante.

Por de pronto se habia convencido una vez más del excelente carácter de Guacanajari.

Lo mismo para la paz que para la guerra, era de mucho aprecio su cooperacion.

VIII.

Abriendo un camino por la costa entre la colonia y los dominios de Guacanajari, podian ponerse en pronta comunicacion; y si llegaba el imprescindible caso de tener que recurrir á las armas para someter á los indómitos vasallos de Caonabo, habia infinitamente más probabilidades de triunfo.

Aun cuando habia sabido por Guacanajari que todos los demás caciques se habian coaligado para combatir á los europeos, confiaba en que su falta de experiencia, su ignorancia de la táctica militar, les impediria sacar partido de sus numerosas fuerzas, y no dudaba que acudiendo con medidas prontas, castigando á unos y tratando benévolamente á otros, con-

juraria la tormenta y restableceria la primera favorable impresion que su llegada habia despertado en los naturales del país.

IX.

Todas estas consideraciones le ayudaron á restablecerse, y cuando pudo levantarse, enterándose de la verdadera situacion que ocupaban sus enemigos, resolvió al mismo tiempo que castigar al cacique que habia cometido el horrendo crimen de incendiar la casa donde se guarecian los españoles, catequizar al soberano de la Vega Real para que aquel ejemplo de premio y de castigo contribuyese á sus propósitos.

X.

Guatiguana, cacique del Gran Rio, y tributario de Guarionex, hombre de espíritu vengativo, de indómito carácter, irritado al ver las vejaciones de que eran objeto sus vasallos, tendió un infame lazo á los españoles.

Sabia que por los alrededores de su tribu vagaban unos cuarenta soldados buscando provisiones, y en una de las más grandes chozas reunió gran cantidad de víveres, como un cebo para sus enemigos.

Estos, al llegar á la poblacion, entraron en la choza, y entusiasmados al hallar un festin preparado, se entregaron á las dulzuras del festin.

XI.

Guatiguana, con un centenar de indios, oculto en un bosque inmediato, espiaba sus movimientos.

Apenas los vió entrar rodeó la choza de haces de leña, y al mismo tiempo treinta indios con teas encendidas prendieron fuego á los haces, y no tardaron los españoles en verse envueltos en una muralla de llamas.

Todos perecieron allí, y envalentonado Guatiguana con este triunfo, al frente de cien indios ébrios con su victoria, recorrió la Vega, dando muerte á los grupos de soldados que hallaba al paso.

XII.

Antes de castigarlos, resolvió Colon tener una entrevista con Guarionex, y al efecto envió á Luis de Vives, uno de los oficiales superiores, con un destacamento de veinte soldados.

Diego, el intérprete lucayo, le acompañaba para poder manifestar á Guarionex los deseos de Colon.



Capítulo XVII.

Un nuevo triunfo de Colon.

I.

Como siempre, exortó Colon á Luis de Vives para que tratase con la mayor consideracion á los indios, y únicamente le encargó que se apoderara del cacique Guatiguana, procurando explicar á Guarionex los motivos que impulsaban al almirante á tomar aquella determinacion.

Partió, en efecto, el emisario de Colon, y los indios, escarmentados por la derrota que habian sufrido, huian temerosos al ver á los soldados de Vives avanzar por la Vega Real.

II.

Diego el lucayo sabia cuál era la residencia del

cacique soberano, y guió hasta ella á Luis de Vives.

La poblacion estaba desierta.

Pero vió el intérprete á lo lejos á un indio, y haciéndole señas para que se acercase, fué sólo hasta su encuentro.

Al verle,

—No temas nada,—le dijo;—venimos amistosamente á vuestro soberano Guarionex que vaya á vernos.

—Guarionex está en el Cibao.

—Pues es preciso que vayas á avisarle. Dile que puede venir con todos los guerreros que quiera. No es el ánimo de Colon maltratarle, sino conferenciar con él para proponerle la paz. Vé en su busca, manifiéstaselo, y dile que le esperamos en su residencia.

III.

El indio, que era un espía de Guarionex, por atajos llegó al Cibao muy pronto, y comunicó á su dueño y señor las noticias que le habia dado el lucayo.

Los caciques soberanos concertaban á la sazón los medios de salir al encuentro de los españoles.

La noticia que comunicó el indio á Guarionex, y que este trasmitió á sus amigos, los puso en la mayor perplejidad.

IV.

Todos creyeron que no debian acceder á los deseos de Colon.

—Y sin embargo,—dijo Guarionex,—en mi con-

cepto, esta es una ocasion favorable á nuestros designios.

—¡Si fuera una emboscada!...—dijo Boechio.

—No lo será; pero si lo fuere, yo inmolaria gustoso mi vida en la seguridad de que, indignados todos los indios, harian pagar muy cara mi muerte á los españoles. Pero yo no creo que se atrevan á tenderme un lazo, y por el contrario, veo una proporcion excelente de conocer á fondo los elementos que tienen los extranjeros, de contar á sus soldados, de adivinar sus deseos, y estoy resuelto á ello.

V.

—Vé en buen hora,—dijo Caonabo;—comprendo el sentimiento que te incita á obrar de esa manera. Yo en tu lugar tambien arrostraria el peligro.

Pero aprovecha esta ocasion para mostrarle las fuerzas que tenemos: vé en son de paz, pero que te acompañen los mejores guerreros, y que se quede á alguna distancia de la colonia, en donde ha de recibirte el almirante, un numeroso ejército de indios.

De este modo podrán á su vez medir nuestras fuerzas, y temblarán.

VI.

Umatex, jefe de los ciguayos, pidió que le dejasen dar la guardia de honor de Guarionex, y al dia siguiente, con gran pompa, se dirigió el cacique, llamado por Colon, en compañía de sus mujeres, de su

hija predilecta Alfaiila, de sus butios, y escoltado por Umatex y los ciguayos, á la Vega Real, donde le esperaba Luis de Vives para comunicarle su embajada, que cerca de su persona le habia confiado el almirante.

Luis de Vives formó sus tropas en columna de honor, y al llegar Guarionex se adelantó acompañado del lucayo para ofrecerle sus respetos.

VII.

—Mi señor,—dijo Luis de Vives,—el almirante de los Reyes Católicos de España, me envia á tí para pedirte en su nombre y para rogarte que vayas á la colonia de la Isabela á celebrar con él una entrevista, en la cual, convencido de los nobles sentimientos que le animan, podrás rechazar ó aceptar la amistad que desea ofrecerte.

—Dispuesto estoy á complacer al almirante,—respondió Guarionex.

—En ese caso, nuestro intérprete te acompañará con diez soldados, que te darán la guardia de honor. Al mismo tiempo tengo que pedirte licencia para buscar á uno de tus caciques, Guatiguana, y llevarle prisionero á presencia del almirante.

—¿Es esa tu voluntad?

—Lo es, porque ha cometido un horroroso crimen.

—Búscale y llévale,—dijo Guarionex.

Y dando sus órdenes, con toda su comitiva y diez soldados que destinó Luis de Vives para que le escoltaran, se dirigió á la colonia de la Isabela.

VIII.

Por el camino conversó Guarionex con el intérprete.

Se informó acerca de las intenciones del almirante, y al comprender el importante papel que el joven lucayo desempeñaba á sus órdenes, cruzó por su mente la idea de arrebatarle tan precioso servidor.

Alfiaila, que amaba á su padre, comprendió sus deseos, y comenzó á poner en juego sus gracias femeniles para llamar la atención del joven lucayo.

Dos soldados se adelantaron para anunciar la llegada del cacique.

Colon lo habia dispuesto todo para deslumbrarlos con su magnificencia.

IX.

Apenas entró en la colonia echaron á vuelo la campana de la iglesia que habian fabricado los españoles.

Aquel sonido, aquel objeto que daba vueltas precipitadas, sorprendió en extremo al cacique, y tanto él como los demás indios que le acompañaban, permanecieron estáticos contemplando aquello que les parecia una maravilla.

Los soldados, los marineros y los eclesiásticos de la colonia estaban vestidos con sus mejores galas.

X.

El sol iluminaba con sus rayos los acerados coseletes y los cascos de los guerreros, y se reflejaba sobre el oro y las piedras preciosas de los eclesiásticos, que salieron á la puerta de la iglesia á recibir al huésped.

Antes de llegar á los límites de la colonia se detuvo el ejército indio.

Los que formaban la vanguardia iban armados con flechas.

XI.

Poco más adelante hicieron alto los ciguayos con su jefe Umatex, y Guarionex con su hija, sus mujeres, sus butios y su servidumbre llegó hasta la puerta del palacio del almirante, donde le esperaba este para recibirle.

Ofrecióle un asiento á su diestra, y le habló de este modo:

—Salud y paz, cacique de la Vega Real: te he enviado á llamar, porque quiero ser tu amigo. Si algun motivo de queja tienes y tienen tus hermanos de nosotros, la culpa no es tuya ni de mis leales servidores.

Enviado por los reyes más poderosos del mundo estos climas, he venido á traeros el bienestar, la prosperidad, el apogeo; he venido á libraros de vuestros enemigos los caribes, cuyas islas he sometido, y al establecerme aquí, al desplegar al viento la bandera de

mi nacion, vuestra amistad, no vuestro ódio, es lo que busco.

—¡Qué Vagoniana te bendiga!—exclamó Guarionex.

XII.

—Sé que tienes motivos,—añadió Colon,—para quejarte de mis soldados. Algunos de ellos, desobedeciendo mis órdenes, han invadido tu territorio, han saqueado las casas de tus vasallos y han cometido toda clase de excesos; pero ya sufren el castigo.

Han abusado de vuestra paciencia, de vuestra bondad, y es justo vuestro rencor; por eso te he llamado. Sé que eres bueno y generoso; sé que no abrigas el sentimiento del rencor en tu alma; que si deseas nuestra ruina, es impulsado por la justa indignacion que arde en tu pecho.

Yo no quiero la guerra. Podria muy bien con el rayo que tienen mis soldados destruir tus ciudades, incendiar tus florestas, sembrar la muerte entre los tuyos; pero mis armas sólo han de volverse contra los desleales y los indómitos.

Deseo la paz y te la ofrezco. Si olvidas tu rencor, si borras el ódio que nos profesan del corazon de todos tus hermanos, viviremos á vuestro lado velando por vuestra tranquilidad, y os ofreceremos las ricas semillas que hemos traído de España para aumentar la riqueza de vuestros campos, y ofreceremos mayores goces que los que disfrutais.

La raza de nuestros caballos, que tanta admiracion

os causa, se multiplicará, y tambien vosotros con el tiempo podreis dominar á esos briosos corceles que con las alas del viento llevan á mis guerreros en breve espacio de uno á otro extremo de la isla.

En cambio del oro que hay en las entrañas del Cibao, y que no queremos arrebatáros por la fuerza, os ofreceremos todos esos objetos que tanto os agradan, que tanto deseais poseer.

XIII.

Guarionex, que no habia visto nunca de cerca á los españoles, estaba extasiado contemplando la magnificencia de sus vestiduras, la blancura de sus facciones y la expresion de su fisonomía.

Sin ser tan bondadoso como Guacanajari, era bastante impresionable; y por otra parte, la idea de la paz con la posesion de los objetos que tanto admiraban, le pareció mucho más grata que la de la guerra.

XIV.

—Quiero que permanezcas en mi compañía dos ó tres días,—dijo Colon al cacique.—Visitarás las casas, mi palacio, el templo que hemos erigido á nuestro Dios; vendrás á ver mis embarcaciones, y despues responderás á la proposicion que te he hecho.

La primera disposicion que tomó Guarionex para dar á Colon una idea de la confianza que tenia en él, fué despedir á los ciguayos y á los indios, manifestán-

doles que se creia seguro, y dándoles orden de que dijeran á Caonabo cuán amistoso habia sido el recibimiento que le habia dispensado el almirante.

XV.

Quedó, pues, indefenso en poder de Colon, y no faltó quien entonces aconsejara al almirante que se apoderara de él.

Peró Colon rechazó indignado esta proposicion.

—¿Qué idea formarían de nosotros si cometiese semejante infamia?

—Tienes razon, — dijo Bartolomé; — el enemigo que se entrega indefenso deja de ser enemigo. Si es preciso pelear, peharemos en campo abierto. Aquí, aun de sus mismos compatriotas, debemos defenderle.

XIV.

Todo estaba dispuesto para el banquete con que queria Colon obsequiar á su huésped, y entrando en el palacio, despues de enseñarle todas sus habitaciones, se sentaron á la mesa.



Capítulo XVIII.

Donde Guarionex forja sin saberlo sus propias cadenas.

I.

Guarionex, al lado del almirante, estaba verdaderamente entusiasmado con todo lo que veía.

Mientras duró el banquete, ejecutó algunas marchas la música militar, y empezaba ya á anochecer cuando se levantaron de la mesa.

II.

La campana de la iglesia tocó las oraciones.

Asomados al balcon de palacio los huéspedes de Colon, vieron con sorpresa que todos los habitantes de la colonia, descubriéndose la cabeza, se dirigian al templo, como llamados por la campana.

III.

—¿Dónde van tus soldados?—preguntó Guarionex á Colon.

—Van al templo á rezar. La campana les recuerda que deben dar gracias á Dios.

Guarionex creyó entonces que la campana hablaba, y la admiracion que su sonido habia producido en él se convirtió en veneracion hácia aquel objeto.

IV.

Tambien quiso ir al templo, y con toda su comitiva, acompañado de Cristóbal, su hermano y los jefes de la colonia, se dirigieron á la iglesia.

Como los españoles, se postró, y á cada instante orumpia en estas exclamaciones:

—¡Turcy! ¡Turcy!

Con lo que daba á entender que todo aquello le parecia procedente del cielo.

V.

Hospedados aquella noche el cacique y los suyos en el palacio del almirante, se entregaron tranquilamente al reposo.

Al dia siguiente los llevó á ver los buques, les hizo navegar en una de las carabelas, y mandó disparar las lombardas, llenándolos de pavor.

Habian oido hablar de todo aquello; pero la realidad era muy superior á la idea que la imaginacion les habia ofrecido.

VI.

El almirante, despues de visitar las casas de los colonos, les enseñó las plantas y las semillas que habian sembrado, las aves y los demás animales que habian llevado á la colonia, que tenian para ellos el mismo atractivo que los del país para los españoles.

Guacanajari habia pensado, durante el camino que conducia desde la Vega Real hasta la Isabela, valerse de las seducciones de su hija, para que, dominando esta á Diego, el lucayo, lo separase de Colon.

VII.

Alfiaila habia hecho todo lo posible para inspirar una pasion á Diego.

Era una india bellissima.

Pero el intérprete habia visto á las españolas.

Cuantos esfuerzos hizo la jóven para enamorarle, se estrellaron en su fria indiferencia.

VIII.

Herida en su amor propio, no tardó en convertir en verdadera pasion lo que habia sido cálculo.

Eran tales las demostraciones que hacia para ma-

nifestar su amor á Diego, que hasta el mismo Colon comprendió los deseos que abrigaba, y viendo una ocasion favorable de estrechar más y más los vinculos que empezaban á unirle con Guarionex, llamó á Diego.

IX.

—Me has dado muchas pruebas de fidelidad,—le dijo,—y voy á exigirte otra.

—Disponed de mí como gustéis, señor.

—Deseo á toda costa conservar la amistad de Guarionex. Contando con él y con Guacanajari, poco puede importarnos la hostilidad de Caonabo y de los otros caciques.

—Ya veis, señor, que está dispuesto á ser amigo nuestro.

—No es bastante... ¿Has visto su hija?

—Sí.

—El la ama con delirio.

—Es quien más influencia tiene sobre su corazon.

—Pues bien, voy á pedirle que te la dé por esposa.

X.

Diego miró con asombro á Colon.

—¿Te desagrada este deseo?

—Soy vuestro esclavo.

—Mi objeto, al llevar á cabo esta union, es estrechar con él un lazo eterno.

—Hágase vuestra voluntad,—exclamó Diego, no

pudiendo ocultar la emoción dolorosa que experimentaba.

Aquel mismo día pidió Colón á Guacanajari la mano de su hija para el lucayo.

XI.

Guarionex, que había cambiado por completo de opinión, que creía sinceramente en la amistad del almirante, que veía las ventajas que le reportaría esta amistad, accedió á los deseos del almirante con cálculo ya, ó mejor dicho, sin otro estímulo que el de afianzar su amistad con él, porque sabía que amaba como un padre al jóven indio.

Al día siguiente dispuso Colón que todos los soldados maniobrasen delante de Guarionex y disparasen en un momento dado sus arcabuces.

XII.

Asomado con su comitiva á los balcones del palacio, vió con asombro aquellos bizarros soldados, y no pudo ménos de estremecerse al oír la detonación que produjeron los arcabuces.

—Ha llegado el momento de que partais,—dijo Colón;—pero antes hemos de hacer un pacto.

—Soy vuestro amigo,—dijo Guarionex.

—Por la misma razón, es necesario que me prometáis, para sostener la disciplina, que castigue al cacique Guatiguana, que no ha luchado con los españo-

les brazo á brazo y en campo abierto, sino que ha recurrido á la traicion para exterminarlos. A estas horas debe un destacamento que he enviado en su persecucion haberle preso, y cuando caiga en su poder lo traerán á mi presencia para que le imponga el castigo.

—Sé que es culpable; castígale.

—Al mismo tiempo voy á enviar un destacamento al fuerte de la Magdalena, y quiero, para tu seguridad y la mia, establecer una fortaleza en medio de la Vega.

XIII.

Guarionex no se atrevió á negarse á este deseo.

—Al mismo tiempo, tú verás en mi nombre á los demás caciques, les manifestarás que estoy dispuesto á hacer las paces con ellos como las he hecho contigo; pero si no aceptan mis proposiciones, y son hostiles á mis proyectos, no tendré más remedio que luchar con ellos. Todos tus vasallos serán respetados; pero ¡hay de los rebeldes!

XIV.

Guarionex partió muy satisfecho de la amistad del almirante, y la union del lucayo y de su hija quedó aplazada para celebrar la terminacion de la fortaleza que debia edificarse en medio de la Vega.

¡Infeliz Guarionex!

Llevaba al cuello el dogal del esclavo, y le parecia que era la alegría lo que llevaba en su corazon.

XV.

El triunfo que acababa de obtener Colon habia reanimado por completo sus fuerzas.

Contaba con la amistad de los dos soberanos cuyos dominios estaban más próximos á la colonia.

Defendido ó atacado por ellos, podria penetrar hasta las entrañas del Cibao, si como Guacanajari ó Guarionex, no aceptaban sus ofrecimientos amistosos, y se ponian con él en abierta hostilidad.

XVI.

Al llegar Guarionex á la Vega, supo con pena que Guatiguana, rodeando á los españoles, habia disparado contra ellos sus flechas.

Se trabó la batalla entre los indios y los soldados de Luis de Vives, y en aquella contienda pereció Guatiguana, y quedaron con él en el campo gran número de los guerreros que le acompañaban.

Luis de Vives volvió con la cabeza del cacique para presentarla á Colon.

XVII.

Apenas supo el almirante lo que habia pasado, envió un emisario á Guarionex, manifestándole lo que habia sucedido, y prometiéndole que mientras no rompieran las hostilidades los indios, aquella seria la última sangre que se derramaria en su territorio.

Guarionex no tardó en volver al Cibao para confiar á los caciques el resultado de su entrevista con Colon.

XVIII.

Les ponderó el gran número de soldados que tenían y el poder de sus armas; les refirió detalladamente todo lo que habia visto en poder suyo, y declaró que, en su concepto, más que luchar con él, les valia aceptar su protección y su amistad, porque lo único que deseaban era oro, y estaban resueltos á darles en cambio de aquel metal, que tan poca importancia tenia para ellos, otros objetos de más valor, y de que carecian en su territorio.

XIX.

Pero tanto él, como los demás que le habian acompañado, ponderaron el asombro que habia producido en ellos la campana, aquel objeto que se movia sin que nadie le agitara, que producía sonidos, ó mejor dicho, que hablaba un lenguaje sólo comprensible para los europeos.

Como los llamaba al templo á orar, no dudaba un solo instante de que aquella campana tenia algo de celeste.

XX.

Comunicó su admiración á los demás caciques; pero no así los sentimientos pacíficos que Colon habia despertado en su alma.

Caonabo no quería á ningun precio la paz.

Los españoles habian cometido toda clase de tropelías; merecian ser castigados, y estaba resuelto á castigarlos.

Los ruegos de Guarionex, sus observaciones, todo fué inútil.

XXI.

Caonabo, Gayacoa y Boechio anunciaron que estaban resueltos á considerar siempre á los españoles como enemigos.

—Si poseen objetos preciosos,—dijo Caonabo,—tanto mejor. Exterminándolos seremos nosotros dueños de ellos. Si las casas que han fabricado son magnificas, en ellas estableceremos nuestra morada y fabricaremos otras parecidas en nuestro territorio. Si es fácil que con el tiempo se propague esa raza de caballos que tanto nos asombran, nuestros serán; como ellos los dominaremos, y entonces no tendremos que temer. Sus armas caerán en nuestras manos, y no serán ellos solos dueños del rayo; tambien lo seremos nosotros. Así, pues, guerra, guerra á los extranjeros.

XXII.

Guarionex habia ofrecido su amistad á Colón.

Pero antes habia jurado coaligarse con los demás caciques.

—Sea lo que quereis,—exclamó.

Y cayendo en una profunda melancolia, se dispuso, sin embargo, á ayudar á los indios en su obra de destruccion.

Capítulo XIX.

La vanidad.

I.

Caonabo no queria perder tiempo.

Pensando que despues de haber hecho el almirante la paz con Guacanajari y Guarionex estaria des-
cuidado, quiso con algunos ciguayos, en los que tenia
la mayor confianza, hacer un viaje misterioso á los al-
rededores de la Isabela, para conocer el terreno y ver
si podia caer sobre la colonia del mismo modo que
habia caido algun tiempo antes sobre la fortaleza de
la Navidad.

Mientras que llevaba á cabo este propósito, los sol-
dados de Colon y muchos operarios levantaban en el
territorio de Guarionex un fuerte, al que dieron el
nombre de la Concepcion.

Tambien reforzaron el de la Magdalena.

II.

Grande era la satisfacción del almirante por los triunfos morales que había obtenido.

Pero sabía de sobra que mientras no tuviera á Caonabo en su poder, aquel feroz guerrero sofocaría todos los sentimientos de generosidad en el ánimo de los demás caciques, y llevarían á cabo la guerra, porque aunque no le había visto todavía frente á frente, había comprendido que su único deseo era mostrar una gran superioridad sobre los demás caciques soberanos, captarse la admiración y el amor de todos los indios, y convertir los cinco estados en uno solo bajo su mando.

III.

Era valiente y era ambicioso.

Estas dos circunstancias eran bastantes para animarle en aquella atrevida empresa.

Pero no había medio de llegar hasta él.

La naturaleza había colocado en torno de sus estados sierras inaccesibles, verdaderas murallas y baluartes, que hacían imposible el paso de los españoles para llegar hasta sus dominios y darles en ellos la batalla decisiva.

Por otra parte, enviarle emisarios, proponiéndole paz, era perder el tiempo.

Dado el carácter impetuoso de Caonabo, enviarle embajadas era ofrecer víctimas á su odio.

IV.

Ya había pedido Cristóbal Colon á su hermano y á los altos funcionarios que le acompañaban, consejo acerca de la manera que debería emplear para deshacerse de aquel temible caudillo, y ninguno acertaba á aconsejarle, porque todas las noticias que sabían por los indios acerca de él, confirmaban á los españoles en la creencia de que el verdadero obstáculo que hallarían á sus designios, que el enemigo á quien difícilmente podrían dominar, era á Caonabo.

En esta duda estaba el almirante, cuando llegaron dos soldados de la fortaleza de Santo Tomás con un pliego de Ojeda dirigido á Colon.

En aquel documento le participaba el gran ascendiente que su última campaña le había dado sobre los indios de los alrededores.

V.

—Sólo hay un medio,—añadía,—de apoderarnos por completo del país. Su llave es Caonabo. Una vez en nuestro poder este terrible guerrero, á quien los suyos creen invulnerable, sin necesidad de derramar una sola gota de sangre podremos hacernos dueños de la isla, penetrar en las montañas del Cibao, registrar sus minas y apoderarnos del oro que encierren. Yo he concebido un plan. Para realizar este designio, sólo espero vuestra autorizacion y una persona que me

reemplazase en la fortaleza; y con diez españoles que yo elija, y diez caballos vigorosos que no desalienten, me comprometo á entregaros á Caonaho en un breve plazo.

VI.

Esta proposicion aventurada resolvia el problema.

Pero ¿no seria una temeridad?

¿Podria Alonso de Ojeda con diez ginetes penetrar en los estados del caribe y apoderarse de él?

Concediéndole la licencia que solicitaba para llevar á cabo este propósito audaz, ¿no le entregaba á los enemigos? Y en este caso, ¿no sufriria muchísimo perdiendo á uno de sus más bizarros capitanes?

Vacilante estaba Colon cuando su hermano Bartolomé inclinó su ánimo á que concediera á Alonso de Ojeda la licencia que solicitaba.

Hízolo así, en efecto, y enviando á Luis de Vives para que le sucediera en el mando de la fortaleza, le mandó llamar para que le comunicara su plan.

VII.

No se hizo esperar mucho Alonso de Ojeda.

Acompañado de diez hombres de toda su confianza y de un indio, de aquel indio que le habia llevado en los momentos de la escasez las dos palomas, y el cual, admirado de su valor, habia sido desde entonces uno de sus más adictos servidores, llegó dos dias despues á la Isabela, y se presentó al almirante.

—¿Estais seguro, —le preguntó Colon, —de que podreis realizar vuestro propósito con sólo el concurso de diez hombres?

—Los diez que traigo me bastan. No hay uno de ellos que no se deje matar por mí, y el indio que me acompaña me servirá de guía, me conducirá por atajos hasta el paraje en donde pueda encontrar á Caonabo, y cuando le tenga en mi poder me ayudará á llegar cuanto antes á vuestra presencia, para poner bajo vuestra salvaguardia á vuestro más formidable enemigo.

—Mucho temo que os engañe la esperanza.

—Tal vez; pero lo único que puedo asegurar es que estoy resuelto á traerle ó á no volver jamás, porque de no apoderarme de Caonabo tendrán que matarme sus vasallos, y lo mismo sucederá á los que me acompañen.

—¿Y qué necesitais?

—El viaje es largo; habrá que andar unas sesenta leguas para llegar hasta el punto en donde se encuentra á la sazón Caonabo con el grueso de su ejército, y lo ménos necesito ocho dias.

Dadme viveres y municiones para quince dias, y además unas esposas de acero para traerlos encadenado al cacique.

VIII.

Colon dió las órdenes oportunas para complacer á Ojeda, y al dia siguiente muy temprano oyeron misa él y sus diez compañeros en la iglesia; escogió des-

pues unas esposas de acero bruñido que aun no se habían usado, cargó una mula con los víveres, hizo jurar á sus diez camaradas que no volverian sin Caonabo, y despidiéndose del almirante y de los demás colonos, partió precedido del indio en busca del cacique.

Ojeda habia invocado la proteccion de su santa patrona la Virgen, y como en todas sus empresas, cerró los ojos, confiado en el amparo de la reina de los cielos.

IX.

Atravesando bosques, vadeando rios, y pasando muchas noches al sereno, llegó por fin al sétimo dia á una de las ciudades más populosas de los dominios de Maguana.

En este punto estaba Caonabo con todos sus guerreros aguardando á que llegara Gayacoa y Boechio para ponerse en marcha y dirigir su ataque á la Isabela, cuyos alrededores habla explorado algunos dias antes.

Apenas divisaron á lo lejos sus espías el destacamento que mandaba Ojeda, corrieron á avisarle su llegada.

Caonabo, por lo que pudiera suceder, preparó sus huestes al combate.

X.

El indio que guiaba á Ojeda se adelantó por orden suya y habló con el cacique.

—Señor,—le dijo,—Alonso de Ojeda, el defensor

del fuerte de Santo Tomás, cuyo valor conoces, viene á verte en nombre del guamiquina ó jefe de los españoles para proponerte la paz.

Como algun tiempo antes habia despachado Colon una embajada con el mismo objeto á Guarionex, pareció natural á Caonabo que á su vez le enviase nuevos embajadores.

Consideró además como un honor que para tratar con él hubiera nombrado á aquel guerrero, el más valiente de los españoles, y esto aplazó un tanto su ira, porque satisfizo su amor propio.

—Pide tu vénia para llegar á saludarte,—añadió el indio.

—Díle que aquí le espero,—contestó Caonabo, que deseaba ver de cerca á aquel héroe, que aunque le habia derrotado, habia despertado en su alma una profunda admiracion, porque en cierto modo le consideraba superior á él.

XI.

Caonabo era valiente, y aunque deseaba la destruccion de los extranjeros, no cruzó por su imaginacion la idea de aprovecharse de aquella circunstancia, en que sólo diez hombres iban á verse en su poder para decretar su muerte, ni siquiera su cautiverio.

Pero aquella era una ocasion favorable para que pudieran los españoles ver cuán numeroso era su ejército, y mandando á toda prisa emisarios á los otros caciques para que al dia siguiente llegasen con sus tropas, formó un gran campamento con los

demás de los alrededores de la población, rodeó su rústico palacio de guardias con flechas y lanzas, y para mayor pompa envió á Umatex para que conferenciara con Alonso de Ojeda, y le anunciase que al día siguiente le recibiría para oír sus proposiciones.

XII.

Acampó Ojeda á corta distancia de la población, y Caonabo, experimentando una extraña alegría al ver que iba á hallarse en presencia del español á quien más admiraba, aguardó el nuevo sol al lado de Anacaona su esposa y de Higuamota su hija.

—Ese guerrero,—dijo ébrio de gozo,—ese caudillo que tan humildemente ha venido á ofrecerme la paz, es el más poderoso de todos los extranjeros, el más digno de mí. Bien ha hecho su guamiquina en enviármela: hubiera desoido á todos los demás; acaso, acaso me hubiera aconsejado la ira devolverle sobre aceradas lanzas la cabeza de su enviado; pero á este quiero verle, quiero oírle, y si consiente en abandonar á los suyos por venirse conmigo, si al brindarme paz y amistad en nombre de los extranjeros me asegura su sumisión, entonces depondré las armas y realizaré mi sueño, Anacaona, mi sueño, que es ser rey soberano de la isla.

—Temo que la ambición te arrastre y te ciegue,—exclamó la india, viendo con pena la alegría que brillaba en los ojos de Caonabo.

—¿Por qué temes?

—Vagoniana, que dispone las cosas, dividió á Haiti en cinco reinos, y dió el poder supremo á Guacanajari, mi buen padre; y mi hermano Boechio, Guarionex y Gayacoa, á pesar de ser grandes caciques para empuñar el cetro, han jurado obediencia á Guacanajari.

Tú naciste entre los caciques. Eras un pobre guerrero; los triunfos te elevaron, y más tarde obtuviste con mi amor el mando de la parte más rica de la isla. No contento, aspiras á destruir la obra de los siglos, y quieres ser único soberano: la ambicion te ciega. Aparta de tí ese pensamiento; arma tu brazo, sí, pero para librar á tu patria del yugo de los extranjeros.

Yo estoy dispuesta á seguirte al combate; nuestra adorada hija nos seguirá tambien, y su inocencia y mi amor reanimarán las fuerzas de tu espíritu si desfallece. Pero no aspire á satisfacer tu loca ambicion. Un terrible presentimiento me dice que si no desistes de tu ambicioso proyecto, causarás tu ruina y la de tus vasallos.

—Otro presentimiento me dice á mí, —contestó Caonabo,—que la única salvacion de Haiti es la realizacion de mi proyecto. La maldicion de Vagoniana pesa sobre Guacanajari. Guarionex ha sido débil, y se ha dejado seducir por los extranjeros. Su inteligencia está con nosotros; su corazon con ellos. Boechio morirá sin descendencia. Gayacoa es un valiente caudillo; pero no sabe gobernar. Yo los estimaré á todos, yo los consideraré á todos, yo los colocaré en

los primeros puestos de mi imperio; pero el poder soberano será mío.

—La ambición es una víbora que muerde tu pecho y envenena tu sangre.

—Cálmate, Anacaona, confía en mí: mi tizimes protector es quien me aconseja; él no puede engañarse ni engañarnos.

XIII.

La noche tendió su manto por el firmamento.

Higuanamota reclinó la cabeza sobre el regazo de Anacaona, y un dulce sueño cerró sus ojos.

La reina india no podía dormir.

Extrañas visiones turbaban su tranquilidad.

Su corazón estaba oprimido como si presintiera una gran desgracia.

Elevó al cielo los ojos para bañar su mirada en la melancólica luz de la luna, y el astro de la noche, ocultándose tras negras y espesas nubes, dió un aspecto siniestro al horizonte.

Umatex llamó á Caonabo.

El cacique salió, y fué al encuentro del jefe de los ciguayos.



Capítulo XX.

Un lazo.

I.

—Caonabo,—dijo el feroz guerrero,—la ocasión es propicia.

—¿Qué me quieres decir?

—Los enemigos duermen á muy corta distancia de la población; yo me he acercado cautelosamente á ellos, y he podido convencerme; sólo uno de ellos cuida de los caballos. ¿Qué mejor ocasión para atravesarlos con nuestras flechas?

—¿Qué dices, Umatex?—exclamó Caonabo, mirando con asombro al indómito indio.

—Son nuestros enemigos. Uno de ellos, su jefe, después de asesinar á nuestros hermanos, nos obligó á defendernos, y nos venció en la lucha. La hora de la venganza ha sonado. Dámela orden, y antes que luzca el nuevo día habrán expiado sus crímenes y se-

remos dueños de esos mónstruos que traen, que tanto pavor infunden á los de nuestra raza.

—Sólo el ódio que sientes puede aconsejarte semejante infamia.

—¿Acaso dudas?

—Sí, no es propio de valientes luchar con los débiles; ellos eran muy pocos cuando nos derrotaron, obligándonos á levantar el sitio de la fortaleza. Hoy han venido á ofrecerme la paz. Su caudillo es objeto de toda mi admiracion. ¡Ay de tí, ay del que intente hacerle el menor daño!

—Si tú no destruyes á los extranjeros, te destruirán.

—¿Por ventura temes, con el crecido número de soldados de que podemos disponer, á un puñado de hombres?

—No temo su fuerza, temo su astucia.

—Basta; retírate y está pronto mañana á encontrarte á mi lado cuando lo reciba. Quiero que goces como yo al mirar frente á frente á ese guerrero.

II.

Al dia siguiente formó en grupos sus tropas, se adornó con sus mejores galas, y precedido de una guardia de honor, compuesta de eiguayos, salió al pórtico de su rústico palacio para aguardar la llegada de los españoles.

Alonso de Ojeda, al frente de los diez ginetes, llegó hasta la presencia de Caonabo, y apeándose con

ligereza, movimiento que imitaron los suyos, entregó las bridas de su caballo á uno de los soldados y se adelantó con marcial continente hácia el cacique.

III.

El indio, que ya conocia bastante al castellano, le sirvió de intérprete.

—Rey del Cibao, soberano del más rico y más próspero estado de Haiti, á ti me envia el almirante de los reyes de España para ofrecerte paz y amistad.

No quiero que la aceptes sin haberle visto antes, sin que por tus propios ojos te convenzas de que no son deseos hostiles los que aquí le han traído, sino el de ofrecerte todos los tesoros del reino de Castilla, para que seais aquí tan felices como allí son los que viven bajo la tutela de tan bondadosos soberanos. Así, pues, como base preliminar de un pacto, te propongo un viaje á la colonia de la Isabela, dejándote en libertad de volver si no quieres ser nuestro amigo.

—Pláceme ver de cerca,—dijo Caonabo,—al guerrero que ha luchado conmigo, defendiendo la fortaleza que habia levantado en la montaña. No deseo la paz, no la quiero; sois mis enemigos, y estoy resuelto á combatir con vosotros hasta exterminaros. Pero de todos modos, quiero considerarte como un amigo. Tú vienes á ofrecerme en nombre de los reyes paz y amistad. Yo la rechazo; pero te estimo, y á mi vez te ofrezco mi amistad. Abandona á los tuyos, ven con nosotros: tú mandarás mis mejores tropas, tú serás mi favorito.

—Aceptaré tu pacto con una condicion.

—Habla.

—Ven antes á la Isabela, visita nuestras casas, todos los objetos que hemos traído de lejanos países, y habla con el almirante. Si despues de escucharle no te convences, si persistes en luchar con nosotros, ofrezco no abandonarte; vendré contigo, y seré lo que quieras.

—Es inútil que vaya á vuestra colonia: la conozco, la he visitado cautelosamente, y no hay en toda ella más que una cosa que me admire.

Encima de la torre de esa gran casa, adonde vais á orar, hay un objeto que habla, un objeto que se mueve y produce sonidos penetrantes. Su voz debe ser una voz del cielo.

—Es la campana de la iglesia. ¿Quieres poseerla?—dijo de pronto Ojeda.

—Sí, haría cualquier sacrificio por que fuera mia.

—Pues ven conmigo. Créeme, fiate en mi palabra, habla á Colon, y él te dará ese objeto tan precioso.

Caonabo se animó.

—Partamos cuando quieras.

IV.

Caonabo dió sus órdenes, y dejando á los españoles, fué á ver á Anacaona.

La comunicó la resolucion que habia tomado.

—No partas, esposo mio, no partas,—dijo Anacaona.

—He empeñado mi palabra.

—¿Qué vas á hacer?

—No temas: el español es valeroso, es noble; doy fé á sus promesas: él me defenderá de cualquier emboscada.

—Mi corazon me dice que no volveré á verte.

—Aparta de tí esa preocupacion; en breve volveré para guiar á mis soldados á la victoria.

Las súplicas de Anacaona fueron estériles.

Caonabo estaba resuelto á partir con Ojeda.

V.

Al salir de la poblacion vió el valiente caudillo de los españoles el numeroso ejército de Caonabo dispuesto á seguirle.

—Un cacique como yo,—respondió Caonabo,—necesita llevar á todas partes una gran comitiva.

—Cualquiera pensaria,—dijo Ojeda,—que tienes miedo.

—¡Miedo!—dijo Caonabo.

—De lo contrario, ¿para qué te espia tanta gente?

—Yo te demostraré que no tengo miedo.

Y mandando á Umatex que pusiera á su servicio tantos ciguayos como soldados llevaba Ojeda:

—Ya ves que nada temo,—añadió;—partamos ahora.

VI.

—Antes,—dijo Ojeda,—quiero ofrecerte un precioso regalo que te traia.

Y le enseñó las esposas de acero.

—¿Qué es esto?—preguntó el cacique, admirando el brillo de aquel objeto, que hasta entonces no había visto.

—Esta es la insignia de los reyes en mi país. El almirante, que quiere tratarte como á soberano, te las ofrece, para que puedas presentarte á él con toda la magnificencia de un verdadero príncipe.

VII.

Continuaron el camino hácia el rio Gegna, y deteniéndose el astuto español,

—Si quieres que te adorne con esta joya, y para no cansarte en el viaje te lleve en mi caballo, lo cual es un honor que en mi país no se dispensa más que á los grandes héroes, estoy dispuesto á hacerte tan señalado favor.

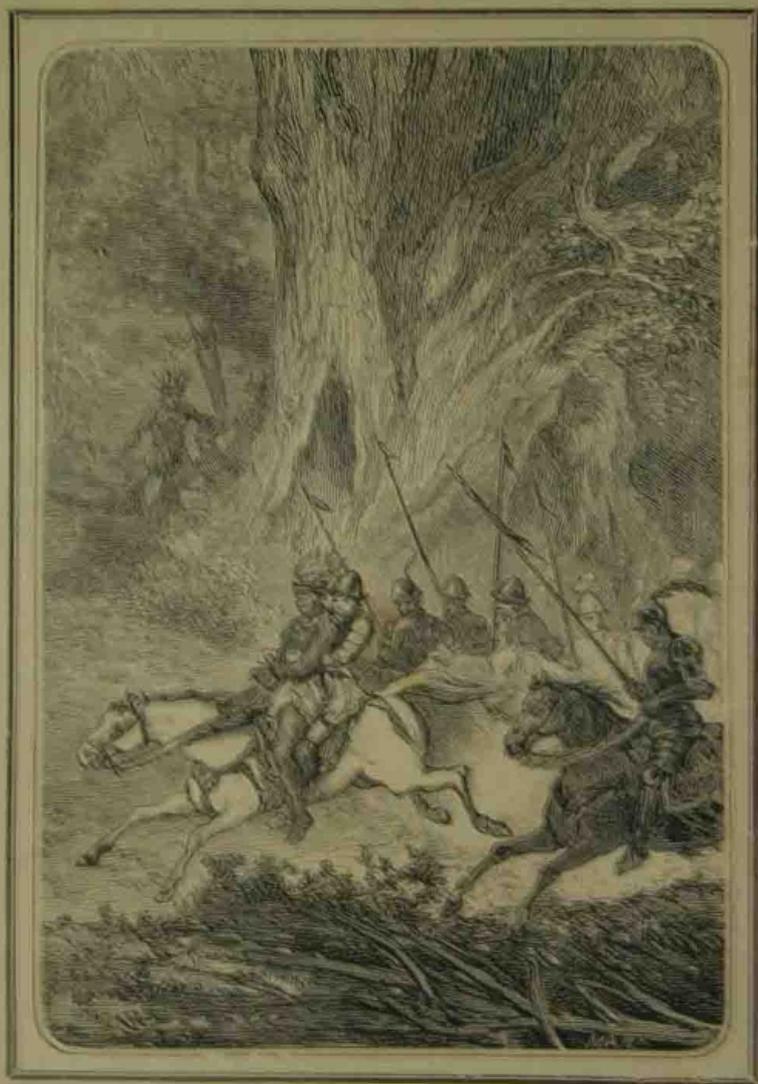
—Sí, sí quiero,—dijo Caonabo, gozando ante la perspectiva de montar en uno de aquellos briosos corceles, que tanta admiracion le causaban.

El leon del desierto se entregaba al tigre disfrazado con piel de oveja.

VIII.

Ojeda, en medio de la sorpresa y la admiracion de los ciguayos, colocó las esposas en las muñecas de Caonabo, y cuando estuvo ya sujeto, hizo á un soldado que montase en la grupa de su caballo.

Caonabo estaba ébrio de gozo mirando su rudo semblante en el bruñido acero.



CRISTÓBAL COLÓN. — Partieron los ginetes a galope, dejando estupefactos a los indios.

Mientras estaba estático en aquella contemplacion, obedeciendo una órden de Ojeda, con fuertes correas sujetaron al indio al cuerpo de su capitan para que no pudiera escaparse.

Otro de los soldados, por órden del mismo Ojeda, montó en la grupa de su caballo al indio que le habia servido de intérprete.

IX.

Los ciguayos observaban todo aquello con asombro y sin saber qué hacer.

Una vez terminado, partieron los ginetes á galope, dejando estupefactos á los indios.

Todos corrian como exalaciones.

Los indios de las poblaciones que atravesaban huian despavoridos al ver á Caonabo en alas de los monstruos que cortaban el viento.

X.

Hallábanse á más de cincuenta leguas de la colonia, y guiados por el indio, á través de desiertos bosques, amedrentando á los indios que hallaban al paso, y sin descansar un momento, sin entregarse al sueño ni al reposo, arrostrando inminentes peligros, llegaron por fin al cabo de cinco dias á la colonia, en donde Ojeda hizo una entrada triunfal con su formidable prisionero.

El almirante, entusiasmado con aquél triunfo, dió gracias al Altísimo, porque creyó que una vez en su

poder su más terrible adversario, y contando con la amistad de Guarionex y Guacanajari, podría al fin y al cabo establecer su política conciliadora, realizar sus designios y evitar toda efusion de sangre.

XI.

Caonabo comprendió desde el primer momento el lazo que le habian tendido.

Vió que le era imposible romper aquel fatídico adorno con que habian sujetado sus manos.

Comprendió que, aunque hubiera querido herir con sus dientes á Ojeda, le hubiera sido de todo punto imposible, porque el coselete y el casco le hubieran defendido.

En aquella terrible situacion no le quedaba que ejercer más que un valor: el valor de la dignidad.

Propúsose mostrar una gran arrogancia á sus opresores, y sin exhalar una sola queja, sin pronunciar una sola palabra, llegó hasta la colonia, y al pasar por medio de los españoles, que le contemplaban con admiracion, dirigió en torno suyo miradas de ódio y de desprecio.

XII.

—No temas,—le dijo el almirante cuando estuvo en su presencia;—no ha sido nunca mi ánimo hacerte daño alguno; pero tú eres el enemigo más encarnizado que tenia, y he necesitado apoderarme de tí para evitar que me obligues á luchar con tus hermanos y á destruirlos.

Caonabo, mirando con altivez á Colon:

—No temo,—contestó;— pero tampoco quiero tu piedad; soy, en efecto, el más encarnizado enemigo de los de tu raza; yo he incendiado el fuerte de la Navidad y asesinado á sus moradores; yo he despertado en el corazon de todos los indios un ódio inmenso á tí y á todos los tuyos; aunque estoy en tu poder, no lograrás tu deseo, porque no hay uno sólo en toda la isla que no derrame gustoso por mí hasta su última gota de sangre. Al saber la traicion de que he sido víctima, armarán sus arcos, empuñarán sus lanzas y caerán como el torrente sobre vosotros para vengar el ultraje que me habeis hecho.

—Si tal sucede, encontrarán su merecido; pero no por eso castigaré en tí, prisionero é indefenso, los excesos que tus hermanos han cometido.

XIII.

El almirante resolvió enviar á España á Caonabo, y como muy en breve debian salir algunas embarcaciones con el objeto de dar cuenta á los reyes de los asuntos de la colonia, y al mismo tiempo de desmentir las calumnias que formularian contra él los que se habian evadido, dispuso que Caonabo fuera trasladado á una de las habitaciones de su palacio, y estuviera encadenado hasta el momento de su partida á España.

XIV.

Lo primero que hizo el indio al verse aprisionado fué llamar á Ojeda.

—Yo te perdono,—exclamó al verle,—el lazo que me has tendido, y no guardo rencor alguno. Eres un valiente; al valor reunes la astucia; tu poderoso génio me admira; yo te perdono y soy tu amigo.

Caonabo hablaba con sinceridad.

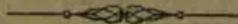
Ojeda á sus ojos era un sér sobrenatural.

XV.

Dos dias despues llegaron noticias á la colonia, y por ellas se supo que los indios, acaudillados por un hermano de Caonabo, se dirigian resueltos á buscar á los europeos para tomar venganza de la prision de Caonabo.

Por de pronto, lo que más amenazado estaba era el fuerte de Santo Tomás.

Ojeda acudió á defenderle con nuevos refuerzos, mientras el almirante llamaba en torno suyo á Guarionex y á Guacanajari para pedirles que le ayudasen á pacificar la isla, dándoles seguridades de que no peligraba la existencia de Caonabo.



Capítulo XXI.

El valor de la desesperacion.

I.

El presentimiento de Anacaona se habia realizado. Al ver á los guerreros que regresaban, —¿Y Caonabo? ¿Y mi esposo?—preguntó á su caudillo.

—Nos ha mandado volver, porque confia en la lealtad de los españoles.

—No abandoneis las armas aún,—exclamó Anacaona;—mi corazon me dice que tendreis que esgrimir las bien pronto para vengar á vuestro rey.

II.

Los indios estaban tristes.

Anacaona abandonó su rústico palacio, y al ver á los ciguayos que con Umatex se dirigian á la montaña,

—¿Y tambien Umatex ha abandonado á su amigo y señor?—preguntó.

—Caonabo le ha mandado retirarse, y á pesar suyo, corre á encerrarse con sus gentes en la montaña donde habita.

—¡Pobre esposo mio!—pensó la india.

Y siguió avanzando.

III.

Poco despues vió llegar á los indios que habian acompañado á Caonabo en precipitada fuga.

—¡Detenéos! ¿Dónde está Caonabo?

—Los extranjeros se lo llevan.

—¿Qué decis?

—Le han colocado en uno de sus mónstruos, y han partido con él con la velocidad de la flecha.

—¿Y le habeis abandonado á la negra traicion de sus enemigos?

Los indios no pronunciaron una sola palabra.

Estaban consternados.

IV.

Anacaona volvió precipitadamente á buscar á Manicaotex, hermano de Caonabo, y uno de los más bizarros guerreros.

—Manicaotex,—le dijo,—la maldicion de Vagoniana ha caido sobre nosotros. Los españoles, por medio de la astucia, se han apoderado de Caonabo; le llevan prisionero, y serán capaz de clavar en su pecho

un dardo envenenado, y Anacaona llorará á su esposo, Higuanamota á su padre.

—Calma tu pena,—contestó Manicaotex;—yo le salvaré de las garras de nuestros enemigos.

Y reuniendo á los indios,

—Seguidme todos á salvar á Caonabo,—exclamó.

La ira ardia en las venas de aquellos soldados.

En sus ojos brillaba un resplandor siniestro.

Todos prorumpieron en gritos de guerra y de venganza.

V.

Poco despues, armados y resueltos á morir ó á salvar á Caonabo, se dirigian á la Vega Real para apoderarse de todos los fuertes que habian construido los españoles, y llegar á la Isabela á darles la última y decisiva batalla.

Anacaona, entre tanto, mandó emisarios á todos los caciques para anunciarles su desdicha.

Todos los sentimientos de su corazon se habian confundido en uno sólo: en el de la venganza.

VI.

Los caciques acudieron á su llamamiento, se coaligaron contra los extranjeros, y ella misma estaba resuelta á guiarlos al combate.

Manicaotex, al frente de siete mil hombres, llegó secretamente á las cercanías de Santo Tomás, deseando sorprender á sus defensores.

Era tarde.

Ojeda, con un gran refuerzo, habia llegado á defender el fuerte.

Uno de los principales deseos del caudillo indio era apoderarse de la mayor parte de los españoles que habia en el fuerte, para cangearlos por sus hermanos; y si era tarde, si sus enemigos habian dado muerte á Caonabo, vengar en ellos su indignacion.

No tardó en convencerse de que tenia que renunciar á sorprenderlos.

VII.

Temeroso Ojeda de tener que sostener un sitiò tan largo como el anterior, dejó en la fortaleza un puñado de valientes, y con los demás resolvió salir al encuentro de los indios, para atacarlos en campo raso y darles allí la batalla y vencerlos.

Manicaotex, á pesar de su ignorancia en la táctica militar, habia ideado el mejor medio de utilizar sus tropas.

Formó con ellas como divisiones ó columnas, y las situó convenientemente para que unas á otras pudieran prestarse auxilio, y para que á su vez dividieran las fuerzas del enemigo.

Esto, que peleando con un caudillo ménos audaz que Ojeda hubiera dado grandes resultados á Manicaotex, le perjudicó en extremo.

VIII.

Ojeda comprendió enseguida sus planes.

—Desbaratando una columna,—dijo,—las otras se pondrán en fuga.

Averiguó cuál era la que mandaba Manicaotex.

Dirigiendo hácia él sus pasos, le halló al pié de la Cuesta Rasa; como siempre, invocó el nombre de la Virgen su patrona, y mandando avanzar la caballería á través de la nube de flechas que caía sobre ellos, se arrojó furiosamente sobre Manicaotex y los demás, que no pudiendo resistir á su empuje, arrojaron las flechas, se pusieron en precipitada fuga: muchos quedaron en el campo, otros huyeron comunicando su terror á los que formaban las demás columnas, y no pocos quedaron prisioneros.

IX.

Manicaotex buscó á Ojeda.

Este, al verle, saltando del caballo y arrojando sus armas, trabó con él cuerpo á cuerpo una desesperado lucha.

El indio cayó á sus piés, y atándole Ojeda los brazos, le envió prisionero con otros muchos á la colonia, mientras que sus soldados reposaban en el fuerte de las fatigas de la lucha, y saboreaban aquel segundo triunfo.

Capítulo XXII.

Un rayo de luz.

I.

Manicaotex llegó á la Isabela con el destacamento que para acompañarle despachó Ojeda, y Colon dispuso que inmediatamente fuese llevado á bordo, sin que pudiera comunicarse con sus hermanos.

En otras circunstancias, aquella nueva victoria hubiera servido de gran satisfaccion al almirante.

Pero entonces tenia el deber de resolver una gran dificultad.

II.

Los víveres que le habia llevado Bartolomé se habian consumido; aquellas luchas parciales retardaban la exploracion del Cibao, que era uno de los mayores deseos de todos los colonos, y habian vuelto á caer en

el abatimiento, sin que toda la energía de Colon y de su hermano Bartolomé bastase á calmar la ansiedad de sus compatriotas.

Por otra parte, no podia desechar Colon un solo instante de su imaginacion la idea del daño que podian hacerle los que, burlando su vigilancia, se habian dado á la vela para España en una de las embarcaciones de Bartolomé.

III.

Era necesario de todo punto enviar á los reyes nuevos informes, nuevos testimonios de la importancia del descubrimiento, para contrarestar el mal efecto de las calumnias de Pedro Margarite y del padre Boil.

Este último, ligado íntimamente con Fonseca, gozaba de muy buena reputacion, y su carácter de eclesiástico era una garantía que podía pesar en contra de Colon de una manera desfavorable.

El almirante deseaba enviar á su hermano Diego.

¿Pero cómo?

¿Con qué víveres se entregaba á las olas para pasar cincuenta ó sesenta dias en medio del Océano?

Los frutos de la colonia no eran bastantes para sostener á los marinos, y Colon veia pasar los dias contemplando á sus enemigos, gozosos por acercarse á su patria, y más gozosos aún por desprestigiarle á los ojos de los soberanos.

En medio de esta zozobra, apiadada la Providencia de su triste situacion, le envió el remedio.

IV.

Una mañana muy temprano divisaron á lo lejos en alta mar los que cuidaban de las embarcaciones, cuatro puntós negros, que á medida que avanzaban alegraban su corazón.

Eran cuatro buques españoles, que al mediodía llegaron al puerto y desplegaron la bandera.

Inmediatamente pasó el almirante á reconocerlos, y con inmensa alegría supo que aquellas cuatro carabelas iban cargadas de provisiones al mando de Antonio de Torres, que llevaba además para él despachos de los reyes.

V.

Al recibir aquellos pliegos tembló Colon.

Aun no habia tiempo de que hubieran llegado los conjurados; pero habiéndose fugado el padre Boil y Margarite, ¿no podian sus enemigos haber catequizado á Gorbalan y á Aguado para que hablasen en contra suya?

Mientras los tripulantes de las embarcaciones recién llegadas abrazaban á sus hermanos y alegraban su corazón, dándoles noticia de su familia y de sus amigos; mientras en medio de la alegría general se trasladaban á tierra las provisiones que habian llegado á bordo, Colon llevó á su palacio á Antonio de Torres, leyó las cartas que le enviaban los reyes, y reunió á los personajes más notables de la colonia para comunicárselas.

VI.

Nada más satisfactorio para él que aquellos despachos.

Sus majestades le enviaban cariñosos plácemes por los triunfos que habia obtenido; se manifestaban contentos del resultado de sus exploraciones, mucho más de las promesas que les habia hecho en su Memoria de poder enviar grandes cantidades de oro en otra expedición, y le daban al mismo tiempo una noticia muy satisfactoria.

Era tal el interés que tenían por saber á menudo lo que sucedia en la isla, que habian resuelto enviar todos los meses un buque á la colonia con provisiones, encargando á Colon que á su vez despachase otro en el mismo plázo con las noticias de los descubrimientos que hiciera.

VII.

No era ménos grata para el almirante la nueva que le comunicaban de haberse terminado amistosamente todas las diferencias que existian entre España y Portugal.

La línea divisoria que habia establecido el papa le agradaba en extremo.

Los reyes, deseando que Colon presenciara el acto de establecer aquella línea, le mandaban regresar á España con este objeto, y le encargaban que en el caso de no poder salir de la colonia enviase á su hermano

Bartolomé, ó á otra persona de su confianza, con los datos precisos para llevar á cabo tan importante empresa.

VIII.

Otro de los documentos de que Antonio de Torres habia sido portador, era una carta de los reyes dirigida á todos los habitantes de la colonia, encargándoles la mayor obediencia y acatamiento á Colon, en el que debian ver la imágen suya, conminando á los que faltasen en lo más mínimo á estos deberes á la multa de mil maravedís por cada ofensa.

Antonio de Torres añadió que los soberanos habian expedido órdenes para facilitar el pasaje hasta las tierras descubiertas con el objeto de colonizarlas pronto y bien.

IX.

No era posible esperar de los reyes comunicaciones más lisonjeras que aquellas.

Era, pues, necesario enviar cuanto antes noticias del estado de la colonia, y grandes cantidades de oro que atestiguasen la verdad de los informes que dieron sus enviados.

De buena gana hubiera accedido á sus deseos, poniéndose en camino para asistir al trazado de las líneas divisorias entre España y Portugal.

Pero la necesidad de su presencia en la colonia le impidió realizar este deseo.

No queria desprenderse, por otra parte, de su her-

mano Bartolomé, cuya energía, ingenio y consideracion podia serle muy útil.

Resolvió, pues, enviar á Diego.

X.

Reunió grandes cantidades de oro, recogió además varias muestras de otros metales, y con ellas algunos frutos, diversas plantas y las más preciosas aves, con lo cual llenó los buques que debian darse á la vela.

Al mismo tiempo dispuso que fueran á bordo quinientos prisioneros indios, para que se vendieran en Sevilla é ingresase su producto en las arcas del Tesoro. (A.)

XI.

Aconsejéronle que enviasen á Caonabo; pero Colon no quiso.

En su palacio se le trataba, á pesar de estar prisionero, con los mayores miramientos, y lo mismo para la paz que para la guerra, podia servirle de mucho.

Se proponia manifestar á los indios que si cesaban las hostilidades, al cabo de algun tiempo, cuando estuviera convencido de su amistad, dejaria libre á Caonabo.

Si esto no bastaba, y por casualidad alguno de los jefes de la colonia caia en poder de los indígenas, podia servirle para el rescate.

De cualquier modo, resolvió que se quedase allí.

A los pocos dias de la llegada de Torres estaba todo dispuesto para su regreso con Diego Colon.

XII.

El hermano del almirante debia acompañar á Isabel Monteagudo, que desde la desaparicion de Alonso Velez habia permanecido subyugada por el peso de su desdicha.

Debia tanto á Colon, que durante su enfermedad no quiso separarse un solo instante de su lado.

Alonso habia logrado convencerla de su arrepentimiento.

Su corazon se habia abierto de nuevo á la esperanza.

El desengaño que sufrió fué terrible.

Al pronto deseó la muerte.

Pero despues, más encarnizada que nunca, deseó la vida, resuelta ya á no volver á creer en sus falsos halagos, y á satisfacer la sed de venganza que la devoraba.

Era natural que muy pronto saliese alguna expedicion con rumbo á España.

Si Colon la veia agitada, si adivinaba el rencor que ardia en su corazon, no la dejaria partir.

Aparentó una calma, una resignacion que no tenia.

Cuando llegó el momento, suplicó al almirante que la concediese su promesa de volver á España.

Colon accedió á sus ruegos.

Le dió una carta para los reyes, pidiéndoles que la hiciesen justicia y que la consideraran.

XIII.

Diego abrazó á sus hermanos.

Los colonos más enfermos fueron trasladados á bordo.

Sonó el cañonazo de leva, y las embarcaciones partieron.

Iban á llegar tarde.

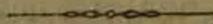
Las víboras que habia alimentado Colon en su pecho, habian arrojado ya el veneno que debia amargar los últimos años de la existencia del ilustre marino.

XIV.

La actitud de los indios obligó á Colon á pensar seriamente en los medios de contenerlos.

En vez de apaciguarse al verse sin su jefe, la ira ardía en su pecho; la sed de venganza les devoraba.

Vamos á ver qué es lo que habia hecho Anacaona.



Capítulo XXIII.

Entereza de Caonabo.

I.

La derrota de Manicaotex aumentó la desesperación de la esposa de Caonabo.

Aquel nuevo golpe que habían sufrido sus guerreros, les inhabilitaba por algún tiempo para esgrimir las armas contra sus enemigos, y la reina india, más enamorada que nunca de su esposo, necesitaba rescatarle.

¿Qué podía hacer para conseguirlo?

Resuelta á todo, sin decir nada á nadie, ni aun á su pobre hija, á quien confió al cuidado de una de sus más fieles servidoras, con seis indios abandonó precipitadamente su palacio de Xaragua, y á través de las espesas selvas, se encaminó hasta la fortaleza de Santo Tomás.

II.

Al verla el soldado que estaba de centinela, dió

parte de su llegada á Ojeda, y éste salió á su encuentro.

Anacaona habló al guerrero.

—Tú has sido,—dijo reconociéndole,—el que me ha arrebatado la felicidad; pero no vengo á culparte: eres enemigo de Caonabo y le has vencido: la gloria es tuya, pero compadécete de mi dolor.

Yo no puedo vivir sin él.

La alegría se ha alejado de mi corazón, el sueño de mis ojos; mi pobre hija Higuamota llora á su padre.

Compadécete de nuestra desventura; devuélveme á mi esposo, y yo te juro en nombre de Vagoniana aprisionarle en mis brazos para que no vuelva á esgrimir su punzante lanza contra tí y tus hermanos.

La emoción ahogaba á Anacaona.

—Yo nada puedo hacer para calmar tu pena,—dijo Ojeda;—vé á ver al almirante, implora su piedad, y para que te escuche, voy á hacer que te acompañe á su palacio uno de mis soldados.

III.

Dispuso Ojeda que Hernando de Guevara, joven oficial que se habia distinguido por su bravura, y que estaba dotado de los más nobles sentimientos, acompañase á Anacaona y á su servidumbre hasta la Isabela, para que pudiera presentarse á Colon.

Por el camino que habian trazado los españoles llegaron en breve Guevara y la esposa de Caonabo á la morada del almirante.

El infortunio de la pobre reina se habia hecho interesante á los ojos de su guia.

IV.

Habló á Colon, y el almirante recibió á Anacaona.

La desventurada reina repitió sus súplicas.

Colon la trató con la mayor benevolencia.

Consoló su quebranto, y le manifestó que sólo de una manera concederia la libertad á Caonabo.

—Yo te respondo de su vida,—le dijo;—no le faltará nada mientras esté bajo mis órdenes; pero es preciso que yo esté convencido de su arrepentimiento, que yo esté seguro de que ni él, ni los demás caciques de su isla, usarán hostilidad contra mí, y entonces volverá á tu lado y enjugará tus lágrimas.

—¿Cómo puedo probarte,—exclamó Anacaona,—mi voluntad de acceder á esas condiciones?

—Dándome franca entrada en el Cibao, dejándome establecer en los puntos que yo designe de la isla fortalezas con destacamentos de soldados míos, y sometiéndooos todos á la fé católica y al imperio de los reyes que aquí me han enviado.

—Déjame hablar con mi esposo, y te responderé despues.

V.

Colon dió orden para que llevasen á Anacaona á la habitacion en donde estaba encadenado Caonabo.

La desconsolada esposa quiso arrojarse en sus brazos.

Los soldados de Colon se lo impidieron.

Caonabo oyó de labios de su amada las proposiciones que le habia hecho Colon.

—No quiero mi libertad á ese precio,—exclamó.— Prefiero mil veces morir por mi patria. Y tú, tú has hecho mal en venir á arrojarte á las plantas del extranjero para pedirle perdon: los de nuestra raza sucumben antes.

Si algo me amas, si el amor de nuestra hija basta para que accedas á mis ruegos, para que cumplas mi voluntad, aléjate de aquí, corre á la montaña, llama á los caciques, busca á Biautex, el venerable butio, congégalos á todos, incítalos á la pelea, que caigan como rayos sobre los extranjeros, y si ha llegado para ellos la hora de la muerte, que arrastren en su destruccion á los que han venido á hollar nuestro vírgen suelo. La muerte es preferible á la deshonna.

VI.

Anacaona juró á Caonabo cumplir su voluntad.

Separándose de él, compareció de nuevo en la presencia de Colon.

—¿Accedes á mi pacto?—le dijo el almirante.

—No; tú me has herido de muerte; quiero la guerra, y la habré.

—Vuelve entonces á tu hogar,—contestó el almirante,—y ruega á Dios que te arrepientas pronto de esa resolucion, que envuelve tu desgracia y la de tus hermanos.

VII.

Anacaona se dispuso á partir.

Colon mandó á Guevara con cuatro soldados, para que la acompañasen hasta su territorio, encargándole que explorase de paso la verdadera aetitud de los indios, y contase sus fuerzas.

Uno de los soldados que acompañaban á Guevara se llamaba Roldan, y prendado de la hermosura de Anacaona, en el primer alto que hicieron para llegar al Cibao, aprovechándose de que dormían Guevara y sus demás compañeros, entró en la choza donde descansaba la reina con ánimo resuelto de ultrajarla.

Anacaona se evadió de sus manos, y llamando á Guevara, se vió libre de sus persecuciones.

Guevara castigó á Roldan, mandándole arrestado al fuerte de Santo Tomás con los otros tres soldados que le acompañaban.

VIII.

Anacaona agradeció en extremo al jóven español la proteccion que le habia dispensado.

—Desde este momento eres sagrado para mí y para los indios.

Y dándole el collar de guaninos que llevaba.

—Ponle á tu cuello,—añadió,—y no tengas cuidado: nadie se atreverá á disparar contra ti ninguna de sus flechas.

Guevara acompañó á Anacaona hasta Xaragua, y la afligida reina halló todavía en su alma generosidad para pagarle los favores que le habia dispensado.

Le hospedó en su palacio, y aunque ardía en su corazón un ódio inmenso hácia los extranjeros, colmó á Guevara de atenciones.

IX.

Este bizarro soldado cayó enfermo.

Durante quince días con sus noches no se separó de la cabecera de su hamaca Higuamota, la hermosa hija de Caonabo y de Anacaona, y le acompañaban para cuidarle las demás servidoras de la reina.

Anacaona obedeció las órdenes de Caonabo.

Antes de partir á buscar á Biautex para coaligarse con los demás caciques, se despidió de su hija.

X.

Higuamota, que en el lenguaje haitiano queria decir Flor de las Montañas, estaba en el albor de la juventud.

Era el vivo retrato de su madre.

Su belleza no tenia igual.

La pobre niña lloraba al saber que la tentativa de su madre habia sido inútil, que Caonabo no volveria, que gemia bajo el peso de las cadenas de los extranjeros.

VII.

Anacaona se dispuso á partir.

Colón mandó á Guevara con cuatro soldados, para que la acompañasen hasta su territorio, encargándole que explorase de paso la verdadera actitud de los indios, y contase sus fuerzas.

Uno de los soldados que acompañaban á Guevara se llamaba Roldán, y prendado de la hermosura de Anacaona, en el primer alto que hicieron para llegar al Cibao, aprovechándose de que dormían Guevara y sus demás compañeros, entró en la choza donde descansaba la reina con ánimo resuelto de ultrajarla.

Anacaona se evadió de sus manos, y llamando á Guevara, se vió libre de sus persecuciones.

Guevara castigó á Roldán, mandándole arrestado al fuerte de Santo Tomás con los otros tres soldados que le acompañaban.

VIII.

Anacaona agradeció en extremo al joven español la protección que le había dispensado.

—Desde este momento eres sagrado para mí y para los indios.

Y dándole el collar de guaninos que llevaba.

—Ponle á tu cuello,—añadió,—y no tengas cuidado: nadie se atreverá á disparar contra tí ninguna de sus flechas.

Guevara acompañó á Anacaona hasta Xaragua, y la afligida reina halló todavía en su alma generosidad para pagarle los favores que le habia dispensado.

Le hospedó en su palacio, y aunque ardia en su corazon un ódio inmenso hácia los extranjeros, colmó á Guevara de atenciones.

IX.

Este bizarro soldado cayó enfermo.

Durante quince dias con sus noches no se separó de la cabecera de su hamaca Higuanamota, la hermosa hija de Caonabo y de Anacaona, y le acompañaban para cuidarle las demás servidoras de la reina.

Anacaona obedeció las órdenes de Caonabo.

Antes de partir á buscar á Biautex para coaligarse con los demás caciques, se despidió de su hija.

X.

Higuanamota, que en el lenguaje haitiano queria decir Flor de las Montañas, estaba en el albor de la juventud.

Era el vivo retrato de su madre.

Su belleza no tenia igual.

La pobre niña lloraba al saber que la tentativa de su madre habia sido inútil, que Caonabo no volveria, que gemia bajo el peso de las cadenas de los extranjeros.

— ¡Pobre hija mia! — exclamó Anacaona; — tus hermosos ojos, que han tomado su luz del sol, se inundan de lágrimas. Calma tu agitacion; confia en el poder del brazo de nuestros guerreros, en la santidad de la causa que defendemos. No llores más, porque tus lágrimas abrasan mi corazon.

— Salva á mi padre, — exclamó la pobre niña, — y mientras tú vas á buscar á los guerreros, yo velaré por el extranjero que está en nuestro palacio. ¡Que tu piedad hácia él le inspire la piedad de los españoles hácia mi padre!

XI.

Era la media noche.

La luna derramaba un resplandor siniestro.

Parecia proyectar sobre Haiti la sombra de la muerte.

Anacaona, con las conchas sagradas en el cuello, ligera como el coris (B.), abandonó su palacio de Xaragua, en donde dejaba á su hermano Boechio enfermo, tambien como el español, y poseido de una intensa calentura.

Avida de encender el sentimiento de su venganza en el corazon de todos sus vasallos, atravesó los bosques y las llanuras, subió con los cabellos flotando al viento, adornados con negras plumas, simbolo de su desesperacion; subió, repito, las montañas con rapidez pasmosa.

Treinta flechas envenenadas con guao y jugo

de las yerbas mortíferas del Yuna (C.) llenaban su carcax.

Los caciques de las montañas salían á su encuentro asombrados.

Guaorocaya, sobrino de Anacaona y capitán de sus guerreros, oyó de sus labios las órdenes de Caonabo.

Inmediatamente puso en pié de guerra á todos sus soldados, y Umatex mismo, saliendo de su retiro y poniéndose al frente de los ciguayos, se dispuso á pelear.

Todos volaban al encuentro de Anacaona.

XII.

El cuadro era magnífico.

Anacaona en medio de la montaña, con su cabeza adornada de plumas negras, el carcax sobre el hombro, con el arco y la flecha envenenada en la diestra, estaba rodeada de sus caciques, y á corta distancia millares de guerreros aguardaban sus órdenes.

La desesperación se pintaba en el rostro de todos.

Mayabonex, jefe de los soldados de Guarionex, abandonando la entrada de una caverna, en donde se había colocado para vigilar los movimientos del enemigo, se presentó á Anacaona.

—¿Qué pretendes hacer?— la dijo. —¿Adónde guías tus pasos? ¿Qué sentimiento llena tu alma?

—Voy á la cumbre de Xaragua, en donde nace el río Nisao.

Nadie se había atrevido á llegar á aquella altura todavía.

Anacaona se puso en marcha, y los caciques la siguieron silenciosamente.

XIII.

Atravesó la Cuesta Rasa, siguiendo las orillas del Pani hasta llegar á un paraje en donde aquel inmenso río se quiebra y forma cuatro torrentes espantosos.

Al llegar allí, los caciques se detuvieron asombrados.

El formidable ruido que producian los torrentes al caer sobre el abismo bastaba á erizar sus cabellos.

Una estrecha vereda, suspendida como un puente colgado sobre el abismo, abría paso á una caberna, donde moraba el gran butio Biantex.

Anacaona avanzó por aquella vereda, y los caciques la aguardaron.

Tenía que atravesar el río.

Quitándose del cuello las conchas sagradas, las dejó á las orillas del Pani.

Los caciques quedaron custodiándolas.

XIV.

Anacaona se lanzó al agua, y cruzando las cristalinas ondas, llegó á la orilla opuesta.

Atravesó la Cuesta Rasa, subió de nuevo á las montañas, y con la ligereza del águila llegó á la cum-

bre del Xaragua, terrible roca suspendida sobre el Lago de la Muerte.

Biautex, el venerable butio, el respetado y temido cacique de las montañas, por medio de una calle que formaban las espesas guazumas (D.) que abrian paso á su choza, salió á su encuentro.

Capítulo XVII



Capítulo XXIV.

Una triste profecía.

I.

Una blanca cabellera coronaba su cabeza.

Una profunda cicatriz sombreaba su arrugada frente, y sus ojos, profundos y brillantes, parecían dos hogueras continuas en el fondo de un abismo.

Adornaban su cuello tres hicos, ó hilos de magey, de los que pendían dientes de caribes que había muerto con su propia macana (E.).

Un hacha de piedra, dura como el acero, incrustada en una rama de majagua, y armada con dientes de caiman, ocupaba su diestra.

II.

—Biautex, —exclamó Anacaona al verle, —oye mis penas, disponte á aconsejarme.

—Habla, Anacaona, habla,—respondió el anciano.

—El extranjero se ha apoderado de mi esposo Caonabo, del invencible guerrero, del grande y generoso soberano.

Guacanajari ha abandonado cobardemente á sus hermanos.

Boechío, moribundo en la hamaca de los reyes, espera exhalar el último suspiro, y los butios se preparan á separar del cuerpo su cabeza.

Guarionex, que ha sido débil y ha ofrecido su amistad á los españoles, convencido de su perfidia y temeroso de su denuedo, ha abandonado con su tribu las risueñas orillas del Faquí, y se ha ocultado en las montañas.

Gayacoa ha bajado á las profundas cabernas de Amayauna y de Cacibaxagua para consultar á los tzi-mes protectores.

El enemigo es cada día más cruel con ellos.

La patria está á punto de desaparecer.

En esta situación es necesario que abandones tu silenciosa morada y que acudas con tu consejo y tu poderoso brazo en nuestro socorro.

—Ven, desgraciada, ven,—exclamó Biautex, cogiendo de la mano á Anacaona, y conduciéndola hasta su morada.

III.

Al llegar allí clavó su penetrante mirada en el

tzimes, que con sus propias manos habia grabado sobre el pecho de Anacaona el dia en que nació.

Y despues de contemplarla un rato,
—¡Pobre reina!—exclamó.—Vagoniana ha querido que presencias los últimos dias de Haiti. Su maldición ha caido sobre nosotros.

Todos cuantos esfuerzos hagamos serán inútiles.

El extranjero destruirá nuestra raza y la esclavizará; nuestras ciudades serán arrasadas, y sobre sus escombros levantarán nuevos edificios nuestros enemigos.

Los quipos que contienen nuestra historia desaparecerán para siempre, y en lo sucesivo nada podrá saberse de nuestros antepasados ni de los héroes de nuestra raza (F).

La raza de los blancos poblará las campiñas despues de haber regado las verdes y risueñas colonias de Haiti con la sangre de sus tribus.

Más tarde perecerá tambien la raza blanca bajo la espada destructora de una raza completamente negra, que la conducirá con las cadenas de la esclavitud hasta las lejanas riberas en donde tuvo su principio la guerra.

Sus lágrimas no enternecerán la justicia del cielo.

La raza blanca perecerá.

La raza negra, libre de sus cadenas, engenarará de nuevo generaciones cobrizas como la nuestra.

La descendencia de Vagoniana abandonará la tumba, y la tierra de sus padres será poblada por los hijos de los hijos del sol y de la luna.

Tal es el destino que nos espera, y ahora sólo te resta saber morir como una reina.

Acércate á la laguna en cuyo seno duerme la muerte, baña tu frente en sus aguas cristalinas.

IV.

Anacaona se arrodilló en presencia del butio, en tanto que el anciano bañaba sus fatigados miembros con el jugo del hobo (G).

Biantex dió á Anacaona para calmar la sed que la devoraba raíz de Aniguarmar (H).

El butio la bendijo, y se separó de ella.

V.

Anacaona atravesó las ondas del río; llegó á la opuesta orilla.

Todos los caciques corrieron á su encuentro.

En vano trataron de penetrar el misterio de la revelacion que le habia hecho el cacique.

Guaorocaya, que habia guardado las conchas sagradas, las colocó de nuevo en el cuello de Anacaona, y con los demás caciques la acompañó hasta su palacio.

Antes de despedirse de ellos la reina,

—Reunid vuestras tribus,—dijo á los caciques;—conducidlas á las orillas del Bonao: es necesario morir ó vencer.

Anacaona quiso conciliar el sueño y no pudo.

Para calmar su pena buscó consuelo en la oración, y sentándose en el buho de los caciques, oró bastante tiempo (I).

Cayendo en una profunda melancolía, viendo próximo el fin de su raza, exclamó en medio de sollozos:

—Adios, sombra querida de mis antepasados; adios, cielo azul que nos cobijaste; adios, verdes colinas del Canta, del Xaragua y del Cibao; adios, fértil Ozama y transparente Neira (J).

Adios, Juna, coronada de flores, y tú, Cotuy, cuyas ondas arrastran polvo de oro; adios, Jánico, en cuyas agrestes y misteriosas orillas he oído la dulce voz de mi patria en las tranquilas noches de la primavera. Adios, palmeras coronadas de frutos deliciosos; adios, sarumas, xaguas, copeyes, majaguras, cuacoxes, macaguas y guayacanas, que rodeáis con vuestra sombra el palacio de los reyes (K)...

—Adios,—exclamó inundada de lágrimas,—ruiseñor melancólico, ligero tomegin, tímida tórtola, tocororo (L) de plumas de esmeralda.

Adios, carpintero de color de oro; adios, hermosas ramas de curia (LL), yerbas y flores por las que amaba con ternura indecible todo cuanto tiene vida, color, movimiento, voz é inteligencia en el suelo adorado de Haiti (M).

VII.

Diez días permaneció Anacaona en oración sin ver á nadie, ni aun á su propia hija.

Al cabo de este tiempo, el guerrero español que custodiaba en su palacio habia recuperado la salud.

Higuanamota, la Flor de las Montañas, la hermosa hija de Anacaona y Caonabo, corrió al encuentro de su madre.

—¡Cuánto sufres, madre mia!—le dijo.

—Mi dolor es inmenso.

—¿No podré calmar tu pena con un rayo de la alegría de mi corazón?

—¿Tú eres feliz?

—Sí, madre mia, sí; mi alma se ha despertado al amor.

—¿Tú amas, bien mio?—exclamó Anacaona, fijando con ansiedad sus ojos en los de la niña.

—Sí.

—¿A quién?

—Al extranjero.

VIII.

Anacaona miró con asombro á su hija.

Un sentimiento de odio iba á fulminar en sus labios una maldición; pero se detuvo.

El destino la habia anunciado su próxima muerte.

Si moria, ¿quién ampararia á su hija?

—Bendita seas, Higuanamota, bendita seas; no seré yo quien turbe la felicidad de tu alma.

—Ven, ven á verle,—añadió Higuanamota;—escucha de sus labios la promesa de amor que me hace, y bendicele.

IX.

Anacaona se dejó conducir suavemente por su hija.

Hernando de Guevara, que verdaderamente amaba á la jóven india, respondió afirmativamente á las preguntas de Anacaona.

—Yo te juro,—le dijo,—labrar su felicidad. La enseñaré á bendecir á Dios; nada la faltará á mi lado, y contará las horas de su vida por las esperanzas y las ilusiones de su corazón.

¿Qué podía hacer la infeliz madre sino bendecir la union de los amantes?

X.

Guevara pidió á la reina que aceptase la paz con que le brindaban los españoles.

—No, es imposible,—exclamó.—He jurado á Caonabo, y conmigo todos los caciques, destruir las cadenas que le sujetan, libertar á la patria ó morir.

La voluntad de Anacaona era inquebrantable.

Hernando de Guevara tenia que volver á la colonia.

Se despidió de Higuamota, jurándole de nuevo que volveria por ella.

La pobre niña comprendió el deber del guerrero, y tuvo valor para dejarle partir.

—Los guaninos que llevas al cuello,—le dijo Higuamota,—te preservarán de la muerte. No habrá

un solo indio que al verlos se atreva á disparar contra tí una sola flecha.

XI.

Guevara partió.

Al llegar á la colonia fué arrestado.

Roldán, el soldado á quien habia mandado preso á la fortaleza de Santo Tomás, se habia puesto de acuerdo con los tres camaradas que le habian conducido, y habia asegurado á Colon que, confabulado Guevara con Anacaona, de cuya hija se habia prendado, habia partido con ella á ponerse al frente de los indios para dirigirlos en el combate.

Guevara no ocultó á Colon el amor que le habia inspirado Higuamota.

XII.

El almirante se preparaba á lidiar, y no estaba seguro de la fidelidad de aquel hombre, que se sentía poseido de una pasión tan vehemente hácia la hija de Caonabo.

No era posible evitar la lucha.

El almirante, con los suyos, se dispuso á salir al encuentro de los indios.

Capítulo XXV.

La primera batalla en el Nuevo Mundo.

I.

Llegó la hora del combate.

Anacaona cubrió su frente con la corona de los reyes, adornó su cuello con las cibas y las conchas sagradas, blandiendo en su diestra la flecha emponzoñada con la sangre de las serpientes de Guanigua.

Los caciques la aguardaban en el batey (N).

Un acontecimiento fatal aumentó la amargura de Anacaona.

Bocchio su hermano había espirado, y todos sus vasallos querían jurarle fidelidad como reina de Xaragua.

¿Qué era una gota más de sangre en el cáliz que la desgracia acercaba á sus lábios?

Colocándose en medio de los caciques, los incitó al combate.

II.

Allí estaban los feroces guerreros del Cibao, de Higüey, de Guahava, de Sabana, de Guacayaricua y de Hamigayana, tribus salvajes, que vivían en cavernas subterráneas ó en las cimas de las montañas inaccesibles.

—Es necesario,—dijo,—sacudir el yugo del extranjero. Caonabo gime en la prision; su hermano Manicaotex está tambien cautivo.

Boechio ha muerto.

Guacanajari, seducido por nuestros enemigos, nos ha abandonado.

Ha llegado el momento de perecer ó de salvar á la patria de nuestros antepasados.

Yo os guiaré al combate; yo lucharé á vuestro lado; los caciques, al frente cada cual de su numeroso ejército, se dirigirán á las llanuras del Bonao.

III.

Empezaba á anochecer, y los guías encendieron las caobas, antorchas de pino que derramaban un resplandor siniestro.

Anacaona volvió á su palacio.

Confió su hija Higuana-mota á sus servidoras, y dejando en oración á las indias, partió á ponerse al frente del ejército.

Mandaba Gayacoa en jefe, y á su lado caminaba Guarionex.

Sus tropas iban dirigidas por el feroz Mayabonex.

Los guerreros del Xaragua y los de las sierras del Nisao obedecían al anciano Biautex.

A su lado iba la tribu de los ciguayos, los más diestros lanzadores de flechas.

Umatex los dirigía.

Detrás marchaban las tribus del Cibao, ansiosas de librar de las cadenas á Caonabo.

IV.

Unos iban armados con flechas, otros con macanas, algunos llevaban hondas, fabricadas con cortezas de majagua, y no pocos lanzas con huesos de manati, espinas de pescado ó dientes de caiman.

Entre todos los guerreros formaban una falanje numerosa.

Los espías habían dado la noticia del número de soldados con que contaban los extranjeros.

Para contar tenían necesidad de granos de maiz.

Colocaban en una mano por cada soldado que veían un grano de maiz, y al ver los indios las escasas fuerzas con que contaba Colon, no pudieron ménos de sonreirse.

¿Cómo tenía valor aquel puñado de hombres para luchar contra millares de guerreros?

V.

—A las armas gritaron todos.

Iban á continuar la marcha, cuando Biautex:

—Detenéos,—exclamó:

Mandó colocar en tierra cuatro caobas, que no tardaron en formar una hoguera.

Todos permanecieron silenciosos.

El butio arrojó sobre la hoguera las hojas del sacrificio, y después de permanecer algun tiempo en oración:

—Vamos á buscar la muerte,—exclamó.—Cuantos esfuerzos hagamos serán inútiles; la raza de Vagoniana vá á desaparecer de la tierra.

Los butios se adelantaron hácia donde estaba Biautex, y bebiendo en el güiro (Ñ.), permanecieron también silenciosos algunos momentos, y confirmaron las palabras de Biautex.

—Si es preciso morir, moriremos,—exclamó Anacona.

El ejército avanzó.

VI.

Colon, con sus soldados, les aguardaba en las llanuras de la Vega Real.

No podia ya sostener por más tiempo la política conciliadora que habia querido emplear para con los naturales del país.

Su enfermedad, las privaciones que sufrían los colonos, la ansiedad de los guerreros, todo le obligaba á resolver cuanto antes la cuestion, y se dispuso á emplear la fuerza, ya que la bondad habia sido estéril hasta entonces.

VII.

Entre todos los colonos que estaban en disposición de tomar las armas, no pudo reunir más que doscientos infantes y cincuenta ginetes.

Iban estos armados con espadas, flechas, lanzas y arcabuces.

Protegiales además de las flechas de sus adversarios, la cota de malla y la armadura, sin embargo de poder emplear en su auxilio contra los indios los formidables perros de presa que tenían.

Los perros infundían á los naturales del país un verdadero pánico.

Como estaban desnudos, apenas los azuzaban los españoles contra ellos, corrian á su encuentro, clavaban sus agudos dientes en sus piernas, se lanzaban á su cuello, les tiraban en tierra y los devoraban.

VIII.

Colón supo á un mismo tiempo, por Hernando de Guevara y por emisarios de Guacanajari, la coalición de todos los caciques, y su resolución de llegar hasta la colonia y darles la batalla decisiva.

Fiel Guacanajari á su promesa, envió al almirante gran número de sus vasallos para que luchasen á su lado.

No quiso el almirante aguardar á los indios en la Isabela.

Necesitaba para que maniobrasen sus guerreros ancho campo, y el 27 de Marzo del año 1495 salió de la colonia al frente de un pequeño ejército con su hermano Bartolomé; dejó en la colonia á los enfermos y á los débiles para que la defendieran; envió órdenes á Ojeda para que en caso necesario le prestase auxilio, y atravesando el camino llamado de los Hidalgos, llegó á la altura desde donde un año antes habia contemplado el precioso panorama que formaba la Vega Real.

IX.

La campaña en que iban á tomar parte los españoles era en extremo formidable.

Desde aquella altura pudieron ver las numerosas huestes de los indios, que llenaban todo el espacio con sus feroces gritos de guerra.

Los indios que le habia enviado Guacanajari formaban á lo lejos la retaguardia.

Bartolomé aconsejó á su hermano, como medio eficaz de destruir aquel formidable ejército, que dividiera sus tropas en muchos, aunque pequeños, destacamentos, para acorralarlos, y al mismo tiempo, por distintas partes, caer sobre ellos con denodado empuje, sin darles tiempo para reponerse del primer ataque.

Pareció al almirante muy prudente esta táctica, y dividiendo la infantería en veinte columnas, bajó con ellas á la Vega.

Los ginetes, divididos también en grupos, formaban la vanguardia.

X.

El ataque fué obra de un instante.

Cuando ménos lo esperaban los indios, llegó á su oído el estrépito de los tambores y trompetas.

Siguió instantáneamente á este rumor el de los disparos de los arcabuces.

Los ginetes desbarataron los grupos de indios.

Veinte perros de presa cayeron con furia sobre los infelices habitantes de Haití, y sobrecogidos todos al ver caer á centenares á sus hermanos, al sentir las heridas que producian las armas de los españoles en ellos, al ver los destrozos que causaban los perros, por más que los caciques quisieron contener á los indios, les fué de todo punto imposible.

Los que nó caían heridos, corrian á refugiarse en las cavernas y en los pliegues de las montañas.

XI.

Al mismo tiempo se lanzó sobre ellos de improviso Alonso de Ojeda con los soldados del fuerte de Santo Tomás, y en ménos de una hora aquel puñado de europeos derrotó por completo un ejército de más de veinte mil hombres.

Gayacoa y Guarionex, á pesar de su valor, tuvieron que huir amedrentados.

Mayabonex y Guaorocaya, cubiertos de heridas,

cayeron en tierra, mordiendo el polvo con desesperación.

Todos los caciques de las tribus de Guarionex, y más de dos mil indios, se hallaban en poder de los extranjeros.

Los indios de las sierras del Nisao salvaron á Biau-tex de la muerte.

Los vasallos de Anacaona, cogiéndola en sus hombros, corrieron con ella para librarla de los enemigos y la ocultaron en la caverna de Cacibaxagua.

Los prisioneros imploraban la piedad de los españoles.

XII.

La profecía se habia cumplido.

La raza de Haiti habia perdido su libertad.

Colon habia colocado en su cuello el dogal de la esclavitud.

Los restos del ejército haitiano, ó gemian en la esclavitud, ó vivian ocultos en las espesuras de los bosques, ó en las cavernas de las montañas.

El verdadero señor de Haiti era Colon, el cual, despues del triunfo recorrió toda la isla, estableciendo fuertes en los puntos más estratégicos, para someter á su voluntad á todos los habitantes del país.

Capítulo XXVI.

El tributo.

I.

Mientras Boechio estaba ausente, preso Caonabo y separado de su hermano Guacanajari, sólo dos grandes caciques quedaron en la isla: Guarionex y Gayacoa.

El primero, débil de carácter, imploró la piedad de Colon; declaró que si habia tomado parte en la contienda, habia sido obligado por los demás indios, y sometiéndose á su voluntad, le dió completa posesion de su territorio.

II.

Gayacoa compartió con Anacaona el trono, convirtiendo en uno sólo los tres Estados de Higüey, Xaragua y Maguana.

No habian llegado hasta ellos los españoles y entre

sus escarpadas sierras y espesos bosques se aglomeraron los indios de toda la isla, que huían amedrentados de sus enemigos ó se evadían de la esclavitud que les imponían.

III.

En posesion el almirante de la Vega Real, quiso continuar su marcha conquistadora por la isla; pero al internarse en las montañas encontró una tenaz resistencia por parte de los naturales, razon por la cual tuvo necesidad de enviar á Ojeda al frente de los ginetes para que abriera camino.

IV.

El valiente capitán aumentaba diariamente el número de las víctimas.

Los que se libertaban del choque de su lanza ó de las cuchilladas de su mandoble, no tenían más remedio que someterse ó aceptar el dogal de la esclavitud.

V.

Gran número de caciques, sin el consentimiento de Gayacoa, su único jefe entonces, pidieron paz á los extranjeros.

Los demás se refugiaron al rededor de una profunda bahía, y en el sitio llamado cabo Tiburon.

Anacaona y su hija se guarecieron tambien allí.

VI.

Una gran parte de la empresa que habia llevado á Colon al Nuevo Mundo, estaba realizada.

Aquellas poblaciones inmensas se hallaban dominadas por un puñado de hombres, que habian ido hasta allí en nombre de la civilizacion y enviados por reyes poderosos.

El prestigio moral estaba del lado de los europeos, y resolvió á su favor todas las contiendas con los indios.

VII.

Pero una vez sometidos los naturales del país, necesitaba Colon aprovechar este triunfo para amontonar las riquezas que ambicionaba, enviarlas á España, demostrar la importancia de su viaje y destruir las calumnias que contra él hubieran formulado sus enemigos.

VIII.

Triste, tristísimo es el papel que estos deseos obligaron á desempeñar al gran marino en aquellos momentos.

Hombre de corazon, dotado de sentimientos generosos, tenia que ver con pena aquellos numerosos habitantes de una nacion libre é independiente humillada á su voluntad, despues de una lucha desastrosa, y convertidos de señores en siervos.

IX.

Créese que si sus enemigos, los que habian venido á España, no le hubieran calumniado, no hubieran atentado á su reputacion, hubiera sido para aquellos infelices indios un amigo, un padre.

Pero necesitaba á toda costa amontonar riquezas.

Sus soldados tenian que defender los fuertes que habia establecido ó estaba fabricando, y para recoger el oro y los productos que debia enviar á España, no tenia más remedio que valerse de los mismos indios.

X.

Doloroso era obligarles á fabricar su misma cadena.

Grande era la amargura de Colon al dictar las tiránicas leyes que promulgó en la isla.

Pero se figuraba á sus enemigos acercándose al trono y calumniándole.

Comprendia que las declaraciones de su hermano Diego no bastarian á contrarestar las intrigas de sus adversarios, y pensaba que la mejor respuesta que debia dar á las acusaciones que fulminasen contra él, era enviar á las costas de España gran número de buques cargados de oro, argumento entonces, como siempre, poderoso, inquebrantable.

XI.

Y sofocando los sentimientos generosos, impuso á los naturales del país un tributo ominoso.

Mandó que todos los habitantes de la Vega, y especialmente los que habitaban en las regiones de las minas del Cibao, desde los catorce años en adelante tendrían que pagarle, de tres en tres meses, un tributo en polvo de oro.

XII.

Establecióse como medida un cascabel flamenco, que lleno debían entregarle en los plazos marcados; y los indios, que habían visto en aquel juguete un objeto de gran valor, que lo habían codiciado con tanto afán, no tuvieron más remedio que ver en él un continuo padron de su ignominia. ¡Sarcasmo horrible de la suerte!

Los caciques debían entregarle mayor cantidad de oro.

Su tributo consistía en media calabaza llena de aquel metal, cuyo importe ascendía á unos ciento cincuenta pesos.

XIII.

En los departamentos que carecían de oro, se impuso á los naturales como tributo la entrega cada tres meses de una arroba de algodón hilado.

Pero si parecía en extremo duro á los indios este

tributo, más doloroso fué para ellos el sello de ignominia que se puso á su cuello.

En el momento en que pagaban el tributo recibían una especie de medalla de cobre, que debían llevar al cuello como una prueba de que habían pagado.

Los que se hallaban sin ella eran presos y castigados severamente.

XIV.

Algunos días antes de acabarse el trimestre tenían que entregar á los capitanes de las fortalezas más próximas á los parajes en que habitaban las infamantes medallas, que les eran devueltas cuando hacían efectivo el impuesto.

¡Con qué horror miraban aquellas medallas los indios!

Al llevarlas al cuello, no se atrevían á mirarse unos á otros.

La muerte era preferible á la deshonor que implicaba aquel dogal que oprimía su garganta.

XV.

Para que la isla continuase sometida á ellos, levantó las fortificaciones en puntos estratégicos, reforzó la de la Isabela, reparó la de Santo Tomás; en las montañas del Cibao, á muy corta distancia de donde se fundó despues la ciudad de Santiago, estableció la de la Magdalena; en la Vega Real, en los límites de los dominios de Guarionex, erigió la de Santa Catali-

na, y en las orillas del Yagua, en el Cibao, la de la Esperanza.

La más importante de todas era la de la Concepcion, y dió su mando á Pedro Barahona.

XVI.

Una inmensa consternacion se apoderó de todos los indios.

Acostumbrados á la ociosidad, á la pereza, al bienestar, el trabajo que les imponian era durísimo.

En varias ocasiones manifestaban á Colon que les seria imposible de todo punto obedecer sus órdenes.

Las fértiles llanuras de algunos de ellos no producian oro, y aunque los rios arrastraban arena aurífera, carecian de medios para separar el oro de la arena.

Guarionex se acercó á Colon para pedirle que conmutase su impuesto por otro.

XVII.

—Yo me ofrezco,—le dijo,—á cultivar en una extension que atraviesa de mar á mar, el trigo que necesiteis para proveer á vuestra nacion durante el período de diez años (O). Pero no me exijas oro; me es imposible de todo punto dártelo.

No era trigo lo que habian ido á buscar allí los españoles.

Su proposicion fué desechada, y Guarionex no tuvo más remedio que someterse á la voluntad de sus dominadores.

XVIII.

Pero el almirante presenciaba continuamente los sacrificios que tenían que hacer para pagar el tributo, y su generosidad no pudo ménos de sobreponerse á su codicia.

Al fin y al cabo rebajó á una mitad el tributo que debía pagarle cada indio.

Pero de todos modos, nada habia más triste, más precario, más doloroso que la situacion de aquellos infelices.

Un célebre historiador pinta su situacion con tan vivos colores, que no hallo frases mejores que las suyas para describirla.

XIX.

«Una profunda desesperacion, dice, se apoderó de los habitantes del país.

»El trabajo les mortificaba.

»Indolentes por naturaleza, acostumbrados á vivir en la más completa ociosidad, disfrutando de su templado clima, preferian tal vez la muerte á la servidumbre que les imponian.

»Nada más lamentable que su abatimiento.

»Vivian sin esperanza de recobrar su libertad, aquel precioso bien que hasta entonces habian disfrutado sin pensar que algun dia podian perderla para siempre.

»Nada les quedaba ya de su pasada existencia.

»Si, les quedaban los recuerdos, los tristes recuerdos que laceraban á todas horas su corazón, que representándoles el pasado, aumentaban su amargura presente y entristecían más y más su porvenir.

»¡Cuánto echaban de ménos el regalado sueño á la sombra de las palmeras, el embeleso de la siesta junto á los cristalinos arroyos ó las murmuradoras fuentes!

»¡Con qué melancolía recordaban sus danzas, sus juegos y el sonido del tamboril indio, que se habia extinguido para siempre de su alma!

»En vez de reposar y de gozar, tenían que pasar el día en los rios y en los arroyos para recoger el oro que se les habia impuesto como tributo; tenían que cultivar los campos, y las largas veladas las pasaban cerniendo las arenas para encontrar el oro que ocultaban.

»Ni los más expansivos buscaban un consuelo en sus breves horas de descanso, reproduciendo sus danzas ó cantando los airecitos nacionales.

»La contemplacion del pasado les sumergia en un profundo abatimiento.

»La voz se extinguía en su garganta.

»Sus cantares, convertidos en lágrimas, brotaban de sus ojos.

»Hablaban de la felicidad de sus tiempos pasados, de aquella época dichosa en la que los europeos no habian hecho que se doblase su cuello bajo el yugo de la esclavitud y del trabajo, y hasta los mismos butios recordaban antiguas profecías, en las que anunciaban

la llegada de los españoles, cubiertos de invulnerables armaduras, y de la servidumbre en que bajo su dominacion vivirian sujetos los naturales del país.

»Al pronto habian pensado que despues de llevarse el oro se alejarian para siempre.

»Pero al ver que construian casas y fortalezas, al ver que se diseminaban por la ciudad, perdieron por completo la esperanza, y se entregaron á la más dolorosa desesperacion.

»Todos los dias desaparecian centenares de indios ó de indias, que llevando en brazos sus hijos, corrian á refugiarse en los dominios de Gayacoa.

XX.

Los soldados de Colon, envalentonados con el triunfo, continuaban aprovechándose brutalmente del temor que infundian á los indigenas para agravar su situacion, satisfaciendo sus infames pasiones.

Ni el mismo Guarionex pudo librarse de esta conducta bárbara.

Su desventura iba á darle un papel importante en una terrible tragedia.

Asistamos á ella.